



Maigret

SIMENON

Los sótanos del Majestic



Un mundo de novela ... www.miscolecciones.org

Un mundo de novela
www.miscolecciones.org



Emilienne Clark, una hermosa joven, rica y elegante, aparece estrangulada en los laberínticos sótanos del Majestic, el hotel donde se hospedaba. Dado que, su marido, Oswald Clark, es un importante empresario, el juez encargado del caso recomienda al comisario Maigret que sobre todo, actúe con discreción. Aunque los indicios apuntan a que Prosper Donge —el empleado que ha descubierto el cadáver— es el asesino, Maigret no quiere precipitarse.

¿Conocía Prosper Donge a la víctima? ¿Qué oscuro secreto ocultaba Emilienne a los que la rodeaban?

Cuando se produce un segundo crimen, Maigret olvida la discreción que tan encarecidamente le han recomendado.

Georges Simenon

Los sótanos del Majestic

Comisario Maigret - 20

Título original: *Les caves du Majestic*
Georges Simenon, 1942

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: ronstad y lector_número_13



Índice de contenido

Cubierta

Los sótanos del Majestic

El neumático de Prosper Donge

Maigret va en bicicleta

Charlotte en El Pélican

Gigi y el carnaval

El escupitajo en el cristal

La carta de Charlotte

La tarde de los «¿Qué dice?».

Maigret se adormece

El periódico de Charles

Cena en La Coupole

Velada de gala en la policía judicial

El neumático de Prosper Donge

El ruido de la portezuela del taxi. Ése era siempre el primer sonido del día. El motor, en la calle, seguía en marcha. Seguramente, Charlotte estrechaba la mano del taxista. Después el taxi se alejaba. Pasos. La llave en la cerradura y el chasquido de un interruptor.

Un fósforo chisporroteaba en la cocina, y el hornillo de gas, al prenderse, dejaba escapar un «pfffttt».

Charlotte subía lentamente, como alguien que ha pasado la noche en pie, los peldaños de la escalera demasiado nueva. Entraba en el dormitorio sin hacer ruido. Otro interruptor. Se encendía una bombilla, con un pañuelo rosa a modo de pantalla y borlas de madera en las cuatro esquinas del pañuelo.

Prosper Donge no abría los ojos. Charlotte se desnudaba mirándose en el armario de luna. Cuando llegaba al liguero y al sujetador, suspiraba. Era rolliza y sonrosada como las mujeres de los cuadros de Rubens, pero tenía la manía de ceñirse; por eso, una vez desnuda, se frotaba las marcas que la ropa le dejaba en la carne.

Tenía una desagradable manera de meterse en la cama: primero se arrodillaba encima de ésta, y eso hacía que el somier se inclinara hacia un lado.

—¡Levántate, Prosper!

Éste se levantaba. Al instante, ella se acurrucaba en el cálido hueco que dejaba él y, con las mantas subidas hasta los ojos, se quedaba inmóvil.

—¿Llueve? —preguntó él dejando correr el agua del lavabo.

Un gruñido confuso.

No tenía importancia. El agua para afeitarse estaba helada. Se oían pasar trenes.

Prosper Donge se vestía. De vez en cuando Charlotte suspiraba, porque le costaba dormirse si había luz.

En el momento en que, ya con la otra mano en el pomo de la puerta, Prosper extendió el brazo derecho hacia el interruptor, una voz pastosa dijo:

—No te olvides de pagar la letra del aparato de radio.

El café, en el hornillo de la cocina, estaba ya caliente, demasiado caliente. Se lo bebió de pie. Después, como las personas que hacen todos los días a la misma hora idénticos gestos, se envolvió el cuello en una bufanda de punto, se puso el abrigo y se encasquetó la gorra. Por último sacó la bici, que estaba en el pasillo.

A esa hora, la atmósfera era siempre húmeda y fría, poco acogedora; los adoquines estaban mojados aunque no había llovido, y las personas que dormían detrás de las persianas bajadas sólo conocerían sin duda una jornada soleada y tibia.

La calle, bordeada de casitas y jardincillos, descendía en pronunciada pendiente. A veces, entre dos árboles se veían, como al borde de un abismo, las luces de París.

Ya no era de noche, pero aún no se había hecho de día. El aire tenía un tono malva. Algunas ventanas empezaban a iluminarse; Prosper Donge apretó los frenos antes de alcanzar el paso a nivel, que estaba cerrado y que cruzaba por los portillos. Pasado el Pont de Saint-Cloud, giró a la izquierda. Un remolcador seguido de su rosario de gabarras silbaba rabiosamente para avisar a la esclusa. El Bois de Boulogne. Los estanques, donde los cisnes empezaban a despertarse, reflejaban un cielo más pálido.

En el momento en que llegaba a la Porte Dauphine, Donge notó de repente el suelo más duro bajo las ruedas. Recorrió unos metros más, saltó al suelo y comprobó que la rueda trasera de la bicicleta estaba pinchada.

Miró la hora en su reloj. Eran las seis menos diez. Empezó a caminar aprisa, empujando la bicicleta; delante de sus labios se formaba una nubecilla de vapor mientras el calor debido al esfuerzo le abrasaba el interior del pecho.

Avenue Foch. Persianas bajadas en todos los palacetes. Sólo un oficial superior, seguido de su ordenanza, trotaba en el paseo para caballos.

Resplandor detrás del Arco de Triunfo. Avivó el paso. Realmente, tenía calor.

Justo al llegar a la esquina de los Campos Elíseos, un agente con capa corta, apostado junto a un quiosco, le preguntó:

—¿Un pinchazo?

Prosper Donge asintió con la cabeza. Le faltaban trescientos metros. El Hôtel Majestic quedaba a la izquierda y tenía todas las persianas bajadas.

Las farolas apenas iluminaban ya.

Tomó la Rue de Berri y luego la Rue de Ponthieu. Había un pequeño bar abierto, y, dos casas más allá, una puerta que pasaba desapercibida a los transeúntes: la entrada de servicio del Majestic.

Un hombre salía por ella. Se le adivinaba el traje de etiqueta debajo del abrigo gris. No llevaba sombrero. Tenía el pelo engominado, y Prosper Donge supuso que era Zebio, el bailarín. Hubiera podido entrar a echar una ojeada en el bar de al lado para comprobarlo, pero no se le ocurrió. Sin dejar de empujar su bicicleta, entró en el largo pasillo gris, iluminado por una única bombilla.

Se detuvo delante del aparato de control de entradas, hizo girar la rueda, introdujo la ficha en su número, el 67, sin dejar de mirar el relojito, que marcaba las seis y diez. Un chasquido.

A partir de ese momento quedaba establecido que había entrado en el Majestic a las seis y diez de la mañana, diez minutos más tarde que los demás días.

Ésta fue, más o menos, la declaración oficial de Prosper Donge, jefe de la cafetería del lujoso hotel de los Campos Elíseos. Afirmó también que, a partir de ese momento, había seguido comportándose como cada mañana.

A esa hora los vastos sótanos del hotel, con sus complicados pasillos, puertas múltiples y paredes pintadas de gris, como la crujía de un buque de carga, estaban desiertos. A través de los tabiques acristalados sólo se veían las débiles bombillas, de filamentos amarillos, que constituían la iluminación nocturna.

Todo estaba acristalado: las cocinas, a la izquierda, y a continuación el taller de repostería; enfrente, la sala donde comía el personal importante y los sirvientes particulares de los clientes, doncellas y chóferes. Un poco más allá,

el comedor del personal subalterno, con sus largas mesas de madera blanca y bancos parecidos a los de un colegio. Finalmente, dominando el sótano, como la cabina de mando de un buque, había una especie de estrecha jaula acristalada: la del contable encargado de anotar todo cuanto salía de las cocinas.

Al abrir la puerta de la cafetería, Prosper Donge tuvo la impresión de que alguien subía la estrecha escalera que conducía a los pisos superiores, pero no prestó atención. Por lo menos eso hizo constar acto seguido en su declaración.

Al igual que Charlotte había hecho al entrar en su casita, Donge prendió un fósforo y el gas hizo «pfffttt» debajo de la cafetera más pequeña, la que encendía para los escasos clientes madrugadores.

Después se dirigió a los vestuarios. Era una habitación bastante grande a la que se accedía por uno de los pasillos. En ella había varios lavabos, un espejo grisáceo y, a lo largo de las paredes, armarios metálicos altos y estrechos, cada uno de ellos con un número.

Con su llave, abrió el armario 67. Guardó el abrigo, la bufanda y la gorra. Se cambió de calzado porque durante el día prefería zapatos de goma, más flexibles. Se puso una chaqueta blanca.

Transcurrieron unos minutos. A las seis y media, los sótanos empezaban a vivir.

Encima todo dormía, a excepción del portero de noche, que aguardaba en el vestíbulo desierto el momento del relevo.

La cafetera silbó. Donge llenó una taza de café y se metió por una escalera que se parecía a esas misteriosas escaleras que existen en los teatros por la zona de los bastidores y que desembocan en los lugares más inesperados.

Cuando empujó una puerta estrecha, se encontró en el guardarropa del vestíbulo; nadie habría adivinado que había allí una puerta, disimulada por un gran espejo.

—¡Café! —anunció dejando la taza en el mostrador del guardarropa—.
¿Todo bien?

—Todo bien —gruñó el portero de noche acercándose.

Donge volvió a bajar. Sus tres mujeres, «las Tres Gordas», como las llamaban, habían llegado. Eran pueblerinas, las tres feas, y una de ellas vieja y gruñona. En el fregadero ya se oía entrechocar de tazas y platos.

Donge, por su parte, realizó los movimientos de todos los días: alineó por orden de tamaño las cafeteras de plata de una taza, las cafeteras de dos tazas, las de tres tazas; después las jarritas de la leche, y las teteras.

En la garita acristalada vio a Jean Ramuel, que estaba despeinado.

«¡Vaya! Ha vuelto a dormir aquí», se dijo Donge para sus adentros.

Hacía tres o cuatro noches que el contable, Ramuel, dormía en el hotel en lugar de irse a su casa, situada por la zona de Montparnasse.

En principio, eso estaba prohibido. Al fondo del pasillo, cerca de la puerta que ocultaba la escalera que conducía al segundo sótano, donde se guardaban las botellas de vino, había una habitación con tres o cuatro camas. Teóricamente, estaban reservadas para los miembros del personal que necesitaran un momento de descanso en medio del trajín.

Donge saludó con la mano a Ramuel, quien le contestó con un gesto también vago.

A continuación apareció el jefe de cocinas, enorme, imponente, que regresaba de Les Halles en un camión que se detuvo en la Rue de Ponthieu y que los ayudantes descargaron.

A las siete y media, por lo menos treinta personas iban y venían por los sótanos del Majestic, y empezaban a oírse timbrazos, los montaplatos bajaban, se detenían, subían de nuevo con las bandejas, mientras Ramuel ensartaba papeletas blancas, azules y rosas en las varillas de hierro colocadas encima de su escritorio.

A esa misma hora, el portero de día, con uniforme azul claro, tomaba posesión del vestíbulo, y el encargado de la correspondencia, en su cuchitril, seleccionaba el correo. Los Campos Elíseos debían de estar soleados, pero en el sótano sólo se percibía el paso de los autobuses, que hacía vibrar los tabiques.

Poco después de las nueve, exactamente a las nueve y cuatro minutos — como llegaron a establecer—, Prosper Donge salió de la cafetería y al cabo de unos segundos entró en el vestuario.

«Me había olvidado el pañuelo en el abrigo», declaró Donge en el interrogatorio.

El caso es que se encontró a solas en la habitación de los cien armarios metálicos. ¿Abrió el suyo? No hubo ningún testigo. ¿Recogió su pañuelo? Es posible.

No había cien armarios, sino exactamente noventa y dos, todos ellos numerados, y los últimos estaban vacíos.

¿Por qué se le ocurrió abrir el armario 89, sin titular y que no estaba cerrado con llave?

«Fue un gesto maquinal», afirmó el encargado de la cafetería. «La puerta estaba entornada. Ni lo pensé». Pues bien, en ese armario había un cadáver que debían de haber colocado allí de pie y que se había doblado sobre sí mismo. Era el de una mujer de unos treinta años, de cabello rubio —teñido, hay que añadir—, vestida con un traje de fina lana negra.

Donge no gritó. Muy pálido, se acercó a la garita acristalada de Ramuel y se agachó para hablarle por la ventanilla.

—Venga a ver.

El contable le siguió.

—Quédese aquí. No deje que se acerque nadie. —Ramuel subió corriendo la escalera, salió al guardarropa del vestíbulo y preguntó al portero, que conversaba con un chófer—: ¿Ha llegado el director?

El portero, con la barbilla, le señaló la oficina de dirección.

Cuando Maigret llegó ante la puerta giratoria, estuvo a punto de vaciar la pipa golpeándola contra el talón de su zapato. Después se encogió de hombros y volvió a ponérsela en la boca. Era la primera pipa de la mañana, la mejor.

—El director le espera, señor comisario.

El vestíbulo no estaba todavía muy animado. Sólo había un inglés discutiendo con el encargado del correo y una joven que se paseaba sobre sus largas piernas de saltamontes, con una caja de sombreros que sin duda debía entregar.

Maigret entró en el despacho del director; éste le estrechó la mano en silencio y le señaló un sillón. Una cortina verde cubría la puerta acristalada,

pero bastaba con descorrerla un poco para ver todo lo que ocurría en el vestíbulo.

—¿Un cigarro?

—No, gracias.

Se conocían desde hacía tiempo. No necesitaban muchas palabras. El director llevaba un pantalón a rayas, una chaqueta negra con bordados y una corbata que parecía recortada de un material rígido.

—Aquí está.

Y empujó hacia su interlocutor una ficha de registro del hotel.

Oswald J. Clark, industrial, de Detroit, estado de Michigan (EE. UU.).

Llegado el 12 de febrero, procedente de Detroit.

Acompañado de: Mistress Clark, su esposa; Teddy Clark, 7 años, su hijo; Ellen Darroman, 24 años, institutriz; Gertrud Borms, 42 años, doncella.

Suite 203.

Llamadas telefónicas. El director contestó con impaciencia. Maigret dobló la ficha en cuatro y se la guardó en su cartera.

—¿Cuál de ellas es?

—Mistress Clark.

—¡Ah!

—El médico del hotel, al que he telefoneado inmediatamente después de avisar a la Policía Judicial y que vive muy cerca de aquí, en la Rue de Berri, está abajo. Afirma que Mistress Clark ha sido estrangulada entre las seis y las seis y media de la mañana.

El director estaba muy preocupado. Era inútil explicarle a un hombre como Maigret que para el hotel lo ocurrido significaba una catástrofe, y que si existía alguna posibilidad de silenciar el caso...

—Así pues, hace ocho días que llegó la familia Clark —murmuró el comisario—. ¿Qué clase de gente es?

—Correcta... Muy correcta. Él es un estadounidense alto, bien plantado y de carácter frío, de unos cuarenta años, quizá cuarenta y cinco. Su esposa, la pobre, debía de ser de origen francés; veintiocho o veintinueve años. La vi muy pocas veces. La institutriz es bonita. La doncella, que también se ocupa del niño, es bastante vulgar, digamos que poco atractiva. A propósito, olvidaba decirle que Clark salió ayer por la mañana en dirección a Roma.

—¿Solo?

—Por lo que sé, deduzco que viaja por Europa por negocios. Posee una fábrica de cojinetes de bolas; tiene que visitar las grandes capitales europeas y, durante ese tiempo, decidió dejar a su mujer, a su hijo y al servicio en París.

—¿En qué tren...? —preguntó Maigret.

El director descolgó el teléfono.

—¡Sí! ¿Portero?... ¿Qué tren tomó ayer Mister Clark?... La *suite* 203, sí... ¿No ordenó usted que llevaran su equipaje a la estación? ¿Se marchó con sólo una bolsa de viaje?... ¿Un taxi? ¿El taxi de Désiré?... Gracias. —Colgó y se dirigió a Maigret—: ¿Lo ha entendido, comisario? Salió ayer a las once de la mañana en taxi, en el taxi de Désiré, que casi siempre está aparcado delante del hotel. Sólo llevaba consigo una bolsa de viaje.

—¿Me permite telefonar?... ¡Sí! Señorita, con la Policía Judicial, por favor... ¿Policía Judicial? ¿Lucas?... Corre a la Gare de Lyon e infórmate sobre todos los trenes que han salido en dirección a Roma desde ayer a las once de la mañana. —Seguía dando instrucciones mientras la pipa se le apagaba—. Dile a Torrence que localice el taxi de Désiré... Sí. Suele estacionar delante del Majestic... Que le pregunte adónde llevó a un cliente, un estadounidense alto y delgado que se subió ayer en el hotel... De acuerdo. Adiós.

Buscó un cenicero para vaciar su pipa. El director le ofreció uno.

—¿De veras no quiere un cigarro?... La doncella está fuera de sí. Creí que lo correcto era comunicárselo. En cuanto a la institutriz, esta noche no ha dormido en el hotel.

—¿En qué piso está la *suite*?

—En el segundo. Tiene vistas a los Campos Elíseos. Está la habitación de Mister Clark, separada por un salón de la de su mujer; después la habitación del niño, la de la doncella y por último la de la institutriz. Pidieron estar juntos.

—Supongo que el portero de noche ya no debe de estar en el hotel.

—No, pero sé, porque un día lo necesité, dónde puede localizarse. Su mujer trabaja de portera en un edificio nuevo de Neuilly. —Tomó el teléfono—. ¡Sí! Que me llame.

Cinco minutos más tarde se enteraron de que la noche anterior Mistress Clark había ido sola al teatro y había regresado poco después de medianoche. La doncella no había salido. En cuanto a la institutriz, no había cenado en el hotel y todavía no había regresado.

—¿Y si bajáramos? —sugirió Maigret.

El vestíbulo empezaba a animarse, pero nadie sospechaba la tragedia que había tenido lugar mientras todo el mundo dormía.

—Pasaremos por aquí. ¿Quiere seguirme, señor comisario?

En ese instante, el director frunció el entrecejo. La puerta giratoria se movió. Una joven con traje de chaqueta gris entraba, al tiempo que un rayo de sol, y preguntaba en inglés, al pasar ante el encargado de la correspondencia:

—¿Hay algo para mí?

—Es ella, comisario. Miss Ellen Darroman.

Medias de seda finas y bien ceñidas. La corrección de quien acaba de arreglarse con esmero. Ni rastro de cansancio en el rostro sino, al contrario, la tez rosada, debido al estimulante aire de una hermosa mañana de febrero.

—¿Quiere hablar con ella?

—Sí, pero no ahora. Espere un momento. —Maigret se dirigió a un inspector que le había acompañado hasta el hotel y que esperaba en un rincón del vestíbulo—: No pierdas de vista a esa señorita. Si entra en su *suite*, quédate en la puerta.

Guardarropa. El gran espejo giró sobre sus goznes. El comisario y el director bajaron la estrecha escalera. De repente se habían terminado los dorados, los cactus y la elegante agitación. Llegaba hasta ellos el olor de las cocinas.

—¿Esta escalera lleva a todos los pisos?

—Sí. Hay dos como ésta. Van del segundo sótano a las buhardillas, pero uno ha de conocer bien el edificio para saber que existen. A los pisos se entra por una pequeña puerta como las de las habitaciones, pero sin número, y a un cliente jamás se le ocurriría...

Eran cerca de las once. Ya no eran cincuenta, sino quizá ciento cincuenta las personas que se movían en el sótano: unas con el gorro blanco de cocinero, otras con el de *maître*, o con el delantal de bodeguero, y mujeres,

como «las Tres Gordas» de Prosper Donge, encargadas de las tareas más pesadas.

—Por aquí. Tenga cuidado, no vaya a ensuciarse o a resbalar. Estos pasillos son muy estrechos.

Todos observaron al director, y sobre todo al comisario, a través de los tabiques acristalados. Jean Ramuel atrapaba como al vuelo las papeletas que le pasaban y controlaba de reojo el contenido de las bandejas.

Lo que sorprendía era la inesperada silueta de un agente de policía haciendo guardia delante del vestuario. El médico, jovencísimo, advertido de la llegada de Maigret, fumaba un cigarrillo mientras le esperaba.

—Cierre la puerta.

El cadáver estaba en el suelo, en medio de los armarios metálicos. El médico, sin dejar de fumar, murmuró:

—Debieron de atacarla por detrás. No se resistió mucho tiempo.

—Y no han arrastrado su cuerpo por el suelo —añadió Maigret examinando el traje negro del cadáver—. No hay restos de polvo. O bien el crimen se ha cometido aquí, o bien ha sido trasladada, probablemente por dos personas, porque en este laberinto de pasillos tan angostos sería difícil...

En el armario en que había sido descubierta había un bolso de piel de cocodrilo. El comisario lo abrió y sacó de él una pistola que se guardó en el bolsillo después de comprobar el seguro. Además de la pistola, en el bolso sólo había un pañuelo, una polvera y algunos billetes que no sumaban ni mil francos.

A sus espaldas, la colmena zumbaba. Los montaplatos no paraban de funcionar, los timbres sonaban sin cesar y, detrás del tabique acristalado de las cocinas, se veía manejar pesadas cacerolas de cobre y ensartar docenas de pollos.

—Habrà que dejarlo todo en su sitio para cuando lleguen los del juzgado —dijo Maigret—. ¿Quién lo ha descubierto?

Le señalaron a Prosper Donge, que en esos momentos limpiaba una cafetera. Era un tipo alto, de cabello pelirrojo, de ese color que llaman zanahoria. Podía tener entre cuarenta y cinco y cuarenta y ocho años. Sus ojos eran azules y tenía el rostro picado de viruelas.

—¿Hace mucho que trabaja aquí?

—Cinco años. Antes estaba en el Miramar, de Cannes.

—¿Serio?

—Como el que más.

Un cristal separaba a Prosper Donge del comisario. A través de ese cristal sus miradas se encontraron. Y una oleada de sangre subió a las mejillas del jefe de la cafetería, que, como todos los pelirrojos, tenía la piel delicada.

—Perdón, señor director, llaman al señor comisario por teléfono. —Era Jean Ramuel, el contable, que acababa de salir de su garita—. Si quiere, puede hablar desde aquí.

Mensaje de la Policía Judicial: desde las once de la mañana del día anterior sólo habían salido dos rápidos para Roma. Oswald J. Clark no había tomado ninguno de los dos. En cuanto al taxista, Désiré, al que habían localizado en una taberna de la que era fiel cliente, les dijo por teléfono que la víspera había llevado al estadounidense al Hotel Aiglon, situado en el Boulevard Montparnasse.

Voces en la escalera, una de ellas muy aguda, la de una joven que discutía en inglés con un mozo de habitación que intentaba impedirle el acceso.

Era la institutriz, Ellen Darroman, que se abrió paso y llegó hasta ellos.

Maigret va en bicicleta

Con la pipa entre los dientes, las manos en los bolsillos del amplio abrigo, con su célebre cuello de terciopelo y el sombrero hongo ligeramente echado hacia atrás, Maigret la vio discutir con vehemencia con el director del hotel. Bastaba observar al comisario para adivinar que entre él y Ellen Darroman sería difícil que se estableciera una corriente de simpatía.

—¿Qué dice? —preguntó interrumpiendo a la estadounidense, pues no conseguía entender ni una sola palabra.

—Pregunta si es cierto que Mistress Clark ha sido asesinada y si ya hemos telefonado a Roma para avisar a Oswald J. Clark. Quiere saber dónde han trasladado el cadáver y si...

Pero la joven no le dejaba terminar. Había escuchado con impaciencia, frunciendo el ceño; después había dirigido a Maigret una mirada carente de ternura, y ahora volvía a hablar, incluso con mayor violencia que antes.

—¿Qué dice? —quiso saber Maigret.

—Quiere que la acompañe al lugar donde está el cadáver y...

Maigret tomó suavemente a la estadounidense del brazo para acompañarla al vestuario. Estaba seguro de que el contacto la haría sobresaltarse. ¡Exactamente la clase de mujer (que a Maigret le horripilaba) que aparecía en las películas norteamericanas! ¡Un paso de tremenda precisión! A través de los tabiques acristalados, todo el personal del sótano tenía los ojos fijos en ella.

—Pase, por favor —murmuró el comisario con cierta ironía.

Ella dio tres pasos, contempló en el suelo el cuerpo cubierto con una manta, se quedó inmóvil y habló de nuevo en su idioma.

—¿Qué dice?

—Quiere que descubran el cadáver.

Maigret lo hizo, sin apartar los ojos de la institutriz. La vio sobresaltarse y recuperar de inmediato la sangre fría pese al horror del espectáculo.

—Pregúntele si identifica a Mistress Clark.

Encogimiento de hombros. Una manera especialmente desagradable de golpear el suelo con sus altos tacones.

—¿Qué dice? —quiso saber Maigret.

—Que usted lo sabe tan bien como ella.

—En ese caso, señor director, pídale que suba a su despacho y dígame que debo hacerle unas preguntas.

El director lo tradujo. Maigret aprovechó ese instante para cubrir de nuevo el rostro del cadáver.

—¿Qué dice?

—Dice que no.

—¿Cómo? Infórmele, por favor, de que soy el comisario jefe de la brigada especial de la Policía Judicial.

Ellen Darroman, mirando al comisario a los ojos, habló sin esperar a que le tradujeran esta frase. Y Maigret masculló su sempiterno:

—¿Qué dice?

—¿Qué dice? —repitió ella imitándole, presa de una irritación difícilmente justificable. Y volvió a hablar en inglés, como para sí misma.

—Tradúzcame lo que dice, por favor.

—Dice que..., que sabe perfectamente que usted es de la policía y que...

—Vamos, no tenga miedo, señor director.

—Y que le basta ver el sombrero que lleva en la cabeza y la pipa en su boca para... Discúlpeme, usted me pidió que se lo tradujera todo. Insiste en que no subirá a mi despacho y que no contestará a sus preguntas.

—¿Por qué?

—Voy a preguntárselo.

Ellen Darroman escuchó al director mientras encendía un cigarrillo; se encogió de hombros una vez más y soltó algunas palabras.

—Dice que no está obligada a dar cuentas de nada a nadie y que sólo declarará cuando reciba una citación oficial.

En ese momento la joven lanzó una última mirada a Maigret, dio media vuelta y se dirigió a la escalera con paso decidido.

El director, un poco nervioso, se volvió hacia el comisario y se sorprendió mucho al verlo sonreír.

El calor que reinaba en el sótano le había obligado a quitarse el abrigo, pero no el sombrero hongo ni la pipa. Así, tranquilo, caminaba por los pasillos con las manos a la espalda, deteniéndose de vez en cuando ante alguno de los tabiques acristalados, más o menos como si se parara delante de un acuario.

Tal era en parte la impresión que le provocaba ese vasto sótano iluminado todo el día con luz eléctrica: le parecía un museo oceanográfico. En cada una de las jaulas acristaladas se movían seres, más o menos numerosos. Se los veía ir y venir, trasladar fardos, marmitas o pilas de platos; poner en marcha montaplatos o montacargas; descolgar sin descanso unos pequeños aparatos que eran teléfonos.

«Si un salvaje procedente de lo más profundo de África presenciara este espectáculo...». La visita del personal del juzgado había durado pocos minutos y, como de costumbre, el juez de instrucción había autorizado a Maigret a obrar según su propio criterio. El comisario había telefoneado dos o tres veces desde la jaula del contable. Éste tenía la nariz tan torcida que siempre parecía mostrarse de perfil. Además, todo indicaba que padecía una dolencia hepática. Cuando le sirvieron su almuerzo en una bandeja, lo primero que hizo fue sacar del bolsillo de su chaleco una bolsita y desleír los polvos blancos que contenía en un vaso de agua.

Entre la una y las tres de la tarde la agitación alcanzó su apogeo, y el ritmo era tan rápido que parecía una película proyectada a mayor velocidad que la normal.

—Perdone... Disculpe...

A cada instante alguien chocaba con el comisario, quien, impasible, proseguía su paseo, se detenía, arrancaba de nuevo, formulaba a veces una pregunta.

¿A cuántas personas había dirigido la palabra? Por lo menos a veinte. El jefe de cocinas le había explicado su funcionamiento. Jean Ramuel le había contado a qué correspondían los diferentes colores de las papeletas.

A través de un cristal, como siempre, había asistido al almuerzo de los altos empleados. Gertrud Borms, la doncella de los Clark, había bajado. Era una mujer fuerte, de facciones duras.

—¿Habla francés?

—Ni una palabra.

Había comido copiosamente, sin dejar de charlar con un chófer vestido de librea que se había sentado delante de ella.

Durante todo este tiempo resultaba extraordinario ver a Prosper Donge en su cafetería. Parecía, literalmente, un gran pez rojo en su pecera. Porque era de un rojo muy subido. Tenía la tez casi de color ladrillo, como algunos pelirrojos, y sus labios gruesos recordaban la boca de un pez. También al igual que un pez, pegaba de vez en cuando su cara contra el tabique acristalado y abría desmesuradamente los ojos, desconcertado sin duda porque el comisario todavía no le hubiera dirigido la palabra.

Maigret había hablado con todo el mundo. Pero apenas prestaba atención a Prosper Donge, que era no obstante el testigo principal, pues él había encontrado el cadáver.

Donge también comió en su cafetería, en una mesita, mientras sus tres mujeres se afanaban a su alrededor. A cada instante un timbrazo anunciaba el montaplatos, que aparecía en una especie de taquilla. Donge recogía la papeleta de encima, en su lugar colocaba la bandeja con el pedido, y después el montaplatos se elevaba hasta algún piso del hotel.

Todas estas idas y venidas, en apariencia complicadas, eran en realidad bastante sencillas. El gran comedor del Majestic, donde en ese momento debía de haber doscientos o trescientos comensales, quedaba justo encima de las cocinas, y hacia él subían la mayoría de montaplatos. Cada vez que uno de ellos bajaba, se oía un rumor de música.

Algunos clientes, sin embargo, comían en su habitación, servidos por el camarero encargado del piso. A la misma altura que las cocinas, en el sótano, había otro comedor que, a partir de las cuatro de la tarde, se convertía en sala de baile.

Los empleados del Instituto de Medicina Legal habían venido a recoger el cadáver, y dos expertos de Identidad Judicial habían trabajado alrededor de

media hora, con potentes luces y cámaras fotográficas, en el armario 89, a fin de descubrir huellas dactilares.

Nada de eso parecía interesar a Maigret. Sabía que le comunicarían los resultados en el momento oportuno.

Viéndole, cualquiera hubiera creído que se trataba de un aficionado que estudiaba el funcionamiento de los servicios de un hotel de lujo. Se metió por la estrecha escalera y abrió una primera puerta; la cerró de inmediato porque se encontró en el gran comedor, inmerso en el estrépito de cubiertos, música y conversaciones.

Siguió subiendo. Un pasillo, infinitas puertas numeradas y una alfombra roja interminable.

En suma, cualquier cliente podía empujar esa puerta y alcanzar el sótano. Era como la entrada de la Rue de Ponthieu. Dos hombres encargados de los coches, un portero y varios botones vigilaban la puerta giratoria que daba a los Campos Elíseos; pero cualquier transeúnte podía entrar en el Majestic por la puerta de servicio, y, si eso ocurriera, probablemente nadie se inquietaría por su presencia.

Lo mismo sucede en la mayoría de los teatros: pese a las fuertes medidas de seguridad que se despliegan por un lado, por otro, por la zona de la entrada de los artistas, cualquiera puede circular como por su casa.

De vez en cuando entraban en el vestuario personas en ropa de trabajo, y al poco rato se las veía salir bien vestidas y con sombrero.

Los equipos se relevaban. El jefe de cocinas, como todos los días, fue a echar una siesta entre el ajetreo del almuerzo y el de la cena.

A partir de las cuatro estalló la música, vibrante, muy próxima esta vez, porque venía de la sala de baile. Prosper Donge, con aspecto abrumado, llenaba los estantes de teteras minúsculas y de jarritas de leche de tamaño microscópico, y luego se acercaba al tabique acristalado para echar de lejos una mirada llena de preocupación a Maigret.

A las cinco se fueron sus tres mujeres, y otras dos las sustituyeron. A las seis entregó un paquete de papeletas y una hoja, que debía de ser una relación, a Jean Ramuel. Después entró a su vez en el vestuario, del que salió vestido de calle, y recogió su bici, ya reparada por un botones.

En el exterior era de noche. La Rue de Ponthieu parecía un hormiguero. Prosper Donge se dirigió, sorteando taxis y autobuses, hacia los Campos Elíseos. De repente, poco antes de llegar a L'Etoile, dio media vuelta, regresó a la Rue de Ponthieu y entró en un almacén de artículos radiofónicos, donde pagó trescientos francos y pico en la caja a cambio de una de las letras mensuales que había firmado.

Los Campos Elíseos de nuevo. Luego, sin transición, la calma majestuosa de la Avenue Foch, por donde escasos coches circulaban en silencio, como deslizándose. Pedaleaba lentamente, como un hombre que tiene por delante un largo trayecto, como un buen burgués que recorre el mismo camino cada día a la misma hora.

Una voz cerca de él, a sus espaldas:

—¿No le molesta, Monsieur Donge, que le acompañe un trecho del camino?

Donge dio un frenazo tan brusco que se inclinó a un lado y estuvo a punto de chocar con la bicicleta de Maigret, porque era Maigret quien circulaba junto a él, en una bicicleta demasiado pequeña que había pedido a un empleado del Majestic.

—No entiendo —continuó Maigret— por qué todos los que viven en la periferia no acuden al trabajo en bicicleta. ¡Es mucho más sano y agradable que el autobús o el tranvía!

Entraban en el Bois de Boulogne, y no tardaron en ver los reflejos del alumbrado eléctrico sobre un estanque.

—Le he visto tan ocupado durante todo el día que no he querido molestarle en su trabajo.

Maigret también pedaleaba con la regularidad de quien está acostumbrado a ir en bicicleta. De vez en cuando se oía el suave rumor de la rueda libre.

—¿Sabe en qué trabajaba Jean Ramuel antes de entrar en el Majestic?

—Sí. Era contable en un banco, la Banque Atoum, en la Rue Caumartin.

—Hum... Banque Atoum. No me dice nada bueno. ¿No le parece que tiene cara de embustero?

—Está muy mal de salud —murmuró Prosper Donge.

—¡Cuidado! ¡Está a punto de subirse a la acera! Me gustaría hacerle otra pregunta, si no la considera indiscreta. Usted es jefe de cafetería, ¿verdad?

Pues me pregunto por qué ha elegido esa profesión. Trate de comprenderlo: me parece que ese oficio no obedece a una vocación; que en determinado momento, a los quince o diecisiete años, nadie se dice: «Yo seré jefe de cafetería». ¡Cuidado, si hace tantas eses le atropellará un coche! ¿Qué dice?

Donge explicó con voz lúgubre que de muy niño se quedó huérfano y hasta los quince años había vivido en una granja de los alrededores de Vitry-le-François. Después se había trasladado a la ciudad y había entrado a trabajar en un café, primero de chico de los recados, y luego como camarero.

—Al acabar el servicio militar, decidí vivir en el sur porque mi salud era delicada. Trabajé como camarero en Marsella y Cannes. Finalmente, en el Miramar, consideraron que mi aspecto no era adecuado para servir a los clientes; tenía un físico «poco agraciado», según me dijo el director. Me colocaron en la cafetería, y pasé allí varios años, hasta que acepté el puesto de jefe en el Majestic.

Cruzaban el Pont de Saint-Cloud. Después de girar dos o tres veces por unas callejuelas, llegaron al pie de una pendiente bastante pronunciada, y Prosper Donge se bajó de la bicicleta.

—¿Continúa? —preguntó al comisario.

—Si a usted no le importa... Después de pasar un día en los sótanos del hotel, comprendo mejor sus ganas de vivir en el campo. ¿Le gusta la jardinería?

—Un poco.

—¿Flores?

—Flores y legumbres.

Ahora subían la calle mal adoquinada y mal iluminada empujando las bicicletas; la respiración de ambos se hizo más jadeante y las frases más escasas.

—¿Sabe qué he descubierto merodeando por el sótano y charlando con unos y otros? Que al menos tres personas han dormido esta noche en los sótanos del hotel. En primer lugar, Jean Ramuel. Parece..., qué gracioso, parece que tiene una amante de muy mal carácter que periódicamente lo echa a la calle. Hace tres o cuatro días le volvió a ocurrir y por eso duerme en el Majestic. ¿El director lo permite?

—En principio está prohibido, pero hacen la vista gorda.

—El bailarín profesional también durmió en el hotel. Zebio, como usted le llama. Curioso muchacho, ¿eh? Por su aspecto, parece argentino. Según las fotos que se exhiben en la sala de baile, se llama Eusebio Fualdès; pero, según sus documentos, resulta que nació en Lille, pese a su cabello oscuro, y se llama en realidad Edgar Fagonet. Anoche hubo una cena con baile en honor de una actriz de cine, y Zebio se quedó hasta las tres y media de la madrugada. Al parecer es tan pobre que prefirió dormir en el hotel a tener que pagar un taxi.

Prosper Donge, con la tez sonrosada y la mirada ansiosa, se había detenido cerca de una farola de gas.

—¿Qué hace? —preguntó Maigret.

—Ya he llegado. Yo...

La luz se filtraba por debajo de la puerta de una casita de piedra.

—¿Le molestaría mucho que entrara y charláramos un momento?

Maigret habría jurado que las rodillas del fofo hombretón temblaban, que el hombre tenía un nudo en la garganta y que era presa del vértigo. Al fin, balbució con esfuerzo:

—Si así lo desea... —Abrió la puerta con una llave, empujó la bicicleta por el pasillo y anunció de modo maquinal, como debía de hacer todos los días—: ¡Soy yo!

Al final del pasillo había una puerta acristalada, la de la cocina, que estaba iluminada. Donge entró.

—Voy a presentarle a...

Charlotte estaba sentada ante el fogón, con los dos pies apoyados en el horno; recostada en una silla, remendaba una combinación de seda de color quisquilla. Turbada, retiró los pies del horno y buscó sus zapatillas debajo de la silla mientras exclamaba:

—¡Oh! Vienes acompañado. Discúlpeme, señor. —En la mesa había una taza que había contenido café y un plato en el que todavía se veían unas migajas de pastel—. Entre, siéntese. Es tan raro que Prosper venga con alguien...

Hacía calor. La radio, un hermoso y flamante aparato, estaba encendida. Charlotte llevaba una bata y las medias enrolladas debajo de las rodillas.

—¿Un comisario? ¿Qué ocurre? —se inquietó cuando Donge le presentó a Maigret.

—Nada, señora. Hoy he tenido la ocasión de trabajar en el Majestic y he conocido a su marido.

Ante la palabra «marido», ella miró a Prosper y se rió.

—¿Le ha dicho él que estamos casados?

—Supuse...

—¡Pues no! Pero siéntese. Simplemente vivimos juntos. Creo incluso que somos más amigos que cualquier otra cosa, ¿no es así, Prosper? ¡Hace tanto que nos conocemos! Claro que, si yo quisiera, se casaría conmigo; pero, como yo le digo una y otra vez, ¿qué cambiaría eso? Todos los que me conocen saben que he sido bailarina, y después tanguista, en la Costa Azul. Y que si no hubiera empezado a engordar, ahora no trabajaría como encargada de los lavabos en un local nocturno de la Rue Fontaine. Dime, Prosper, ¿te has acordado de pagar la letra?

—Sí.

La radio anunciaba un programa sobre agricultura y Charlotte la apagó; al descubrir que la bata se le entreabría, se puso un imperdible. Sobre el fogón se cocía a fuego lento un estofado. Charlotte se preguntaba si debía poner la mesa. Prosper, por su parte, no sabía qué hacer ni dónde meterse.

—Podríamos ir a la salita —propuso.

—Olvidas que allí no hay calefacción. ¡Se van a congelar! Si tienen que hablar, yo puedo subir a vestirme. Debo decirle, comisario, que nosotros dos vivimos como si jugáramos al escondite. Cuando yo llego a casa, él se va; cuando él viene, casi en seguida me toca a mí irme, y apenas tenemos tiempo de tomar un bocado juntos. Ni siquiera nos dan las vacaciones en los mismos días, de manera que, cuando él está descansando, tiene que prepararse la comida. ¿Tomará una copita? ¿Se la sirves, Prosper? Yo subo.

Maigret intervino rápidamente.

—No, por favor, señora. Le ruego que se quede. Soy yo quien se va. Resulta que esta mañana se ha cometido un asesinato en el Majestic y yo quería pedirle a su..., a su amigo alguna información, pues el crimen ocurrió en el sótano, a unas horas en las que él era prácticamente el único que se hallaba allí.

Era duro seguir adelante con ese juego cruel y ver la dolorosa angustia que el rostro de Donge —bien pensado, ¿se parecía a un pez o a un cordero? — expresaba. El hombre se esforzaba por permanecer tranquilo, y casi lo conseguía. Pero ¿a costa de qué desgaste interior?

Charlotte era la única que no parecía temer nada, y llenó de licor unas copitas de ribetes dorados.

—¿Alguien del personal? —preguntó sin alterarse.

—Ha ocurrido en el sótano, pero la víctima no era del personal. Eso es lo desconcertante de este caso. ¿Se imagina a una clienta, una clienta rica, que se aloja en el Majestic con su marido, su hijo, una doncella y una institutriz, en una *suite* de más de mil francos al día? Pues a las seis de la mañana han estrangulado a una mujer como ésa, pero no en su *suite*, sino en el vestuario del sótano. Y, según todas las probabilidades, allí se cometió el crimen. ¿Qué hacía esa mujer en el sótano? ¿Quién pudo atraerla allí, y cómo? Sobre todo a una hora en que, por lo general, las personas como ella duermen tranquilamente.

No fue gran cosa: una arruga en el entrecejo, como si a Charlotte se le hubiera ocurrido algo, que rechazó de inmediato. Una breve mirada a Prosper, que se calentaba las manos encima de la estufa. Éste tenía las manos muy blancas, con los dedos cuadrados y cubiertos de vello rojizo.

Maigret prosiguió, implacable:

—No será fácil averiguar qué buscaba Mistress Clark en el sótano.

Conteniendo la respiración, se esforzó por mantenerse inmóvil, por fingir que contemplaba el mantel de hule que cubría la mesa. Se habría oído caer una aguja.

Al parecer, Maigret quería dar tiempo a Charlotte para que calmara su emoción. Porque ella se había paralizado. Sus labios seguían entreabiertos, sin que saliera de ellos sonido alguno. Finalmente, se oyó una sílaba confusa, algo así como:

—¡Ah!

¡Daba igual! ¡Era su oficio! ¡Era su deber!

—Me pregunto si usted la conocía.

—¿Yo?

—No como Mistress Clark, el nombre bajo el que se ocultaba desde hace más de seis años, sino como Emilienne, o, mejor dicho, Mimi. Era tanguista en Cannes, en la época en que...

¡Pobre Charlotte, la gorda Charlotte! ¡Qué mala actriz era! Esa manera de mirar al techo con el aire de rebuscar en su memoria, esos ojos demasiado inocentes...

—¿Emilienne? ¿Mimi? No. No lo recuerdo. ¿Está seguro de que trabajaba en Cannes?

—En un local nocturno que se llamaba entonces La Belle Etoile, justo detrás de La Croisette.

—Es curioso, no recuerdo a ninguna Mimi. ¿Y tú, Prosper?

Éste no se ahogó de milagro. ¿Cómo iba a hablar, si tenía la garganta como atenazada por unas pinzas?

—No..., no.

Aparentemente nada había cambiado. La cocina seguía despidiendo aquel buen olor de las pequeñas viviendas, cuyas paredes despiden efluvios tranquilizadores; persistía también el aroma familiar de la carne que se cuece poco a poco sobre un lecho de cebollas doradas. El hule a cuadros rojos sobre la mesa. Migajas de pastel. Como la mayoría de las mujeres que tienen tendencia a engordar, Charlotte debía de celebrar en solitario auténticas orgías de pasteles.

¡Y la combinación de seda color quisquilla!

Pues bien, de repente, la tragedia se había abatido sobre la casa. No se notaba en nada preciso. Si alguien hubiera entrado en ese instante, habría pensado que la pareja Donge recibía amablemente a un vecino.

Sólo que ya nadie se atrevía a abrir la boca. El pobre Prosper, con la piel agujereada como un colador debido a la viruela, había cerrado sus ojos de color hierba doncella, y, de pie ante la estufa, se tambaleaba de tal modo que parecía a punto de desplomarse sobre las baldosas de la cocina.

Maigret se levantó dando un suspiro.

—Discúlpenme por haberles molestado. Ya es hora de que...

—Voy a abrirle la puerta —dijo Charlotte recuperando el habla—. He de vestirme. Tengo que estar allí a las diez, y de noche sólo hay un autobús cada hora y...

—Buenas noches, Donge.

—Buenas...

Quizá terminara la frase, pero no se le oyó. Maigret encontró su bicicleta en el exterior. La puerta se cerró. Estuvo a punto de mirar por la cerradura, pero alguien bajaba por la calle y no quiso que le sorprendieran en esa actitud. Frenó al final de la cuesta y se paró delante de una cervecería.

—¿Podrían guardarme la bicicleta? Mañana enviaré a alguien a recogerla.

Bebió cualquier cosa y se fue a esperar el autobús en el Pont de Saint-Cloud. El brigada Lucas llevaba más de una hora telefoneando a todas partes tratando en vano de encontrar a su jefe.

Charlotte en El Pélican

—¡Al fin te veo, Monsieur Maigret!

El comisario, de pie en el umbral de su piso, en el Boulevard Richard-Lenoir, no pudo evitar sonreír, no porque su mujer le llamara «Monsieur Maigret», lo cual solía hacer cuando bromeaba, sino porque la cálida bocanada que acababa de recibir en la cara le recordaba...

Se hallaba lejos de Saint-Cloud y en un ambiente muy distinto al que rodeaba a la falsa pareja Donge. Sin embargo, eso no impidió que a su vuelta se encontrara a Madame Maigret cosiendo, no en la cocina, sino en el comedor, no con los pies apoyados en el horno, sino encima de la estufa. Y habría jurado que, si se ponía a buscar, también encontraría restos de pastel en alguna parte.

Una lámpara iluminando la mesa redonda. Sobre el mantel, una gran sopera de boca ancha, una jarra de vino, otra de agua, servilletas en sus aros de plata. El olor que llegaba de la cocina era idéntico al del estofado de la otra casa.

—Te han llamado tres veces.

—¿De la Casa?

Así llamaban él y sus colaboradores a la Policía Judicial.

Se quitó el abrigo suspirando de alivio, se calentó un instante las manos encima de la estufa y recordó que, hacía un rato, Prosper Donge había hecho el mismo gesto. Finalmente, descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿Es usted, jefe? —preguntó al otro lado del hilo la sonora voz de Lucas—. ¿Todo bien? ¿Ninguna novedad? Yo tengo unas noticias para usted y por eso me he quedado. Primero, con respecto a la institutriz. Janvier la siguió cuando la vio salir del Majestic. ¿Sabe qué dice Janvier de ella? Asegura que, en su país, no debe de ser institutriz, sino gángster... ¡Sí, sí, de acuerdo! En

fin, le contaré rápidamente lo que ha ocurrido. Ella salió del hotel poco después de haber hablado con usted. En vez de tomar el taxi que el portero había llamado, se metió en otro que pasaba; Janvier sudó lo suyo para que no se le escapara. Al llegar a las grandes avenidas, se metió en el metro. Después utilizó el truco del edificio con dos salidas. Janvier no la perdió de vista y la siguió hasta la Gare de Lyon. Temía que tomara un tren, porque él no llevaba suficiente dinero encima. En la vía cuatro anunciaban la próxima salida del rápido a Roma. Faltaban todavía unos diez minutos. Ellen Darroman miró en todos los vagones. Y cuando, contrariada, estaba a punto de marcharse, un tipo alto y muy elegante llegó al andén con una bolsa de viaje.

—¡Oswald J. Clark! —exclamó Maigret que, mientras escuchaba, miraba vagamente a su mujer porque ésta quería decirle algo.

—Según cuenta Janvier, por lo visto su encuentro parecía más el de unos buenos amigos que el de un jefe y su empleada. ¿Ha visto a Clark? Es un tipo larguirucho y delgado, bien plantado, con la cara sana y franca de un jugador de béisbol. Los dos pasearon por el andén discutiendo, como si Clark se empeñara en viajar. Cuando el tren se puso en marcha, todavía no estaba del todo decidido, porque hizo amago de saltar al estribo. Al fin salieron de la estación. Tomaron un taxi. Minutos después entraban en la embajada de Estados Unidos, en la Avenue Gabriel. Después se dirigieron a la Avenue Friedland, al bufete de un abogado estadounidense, un *solicitor*, como ellos dicen. El *solicitor* telefoneó al juez de instrucción y, cuarenta y cinco minutos después, los tres personajes llegaban al Palacio de Justicia; una vez allí, entraron de inmediato en el despacho del juez. No sé qué ocurrió, pero el juez quiere que le telefonee usted lo antes posible. Parece muy urgente.

»Para terminar con el informe de Janvier, nuestros tres personajes, tras abandonar el Palacio de Justicia, se dirigieron al Instituto de Medicina Legal para identificar el cadáver. Finalmente, regresaron al Majestic, y allí Clark tomó dos whiskies en el bar acompañado del *solicitor*, mientras la señorita subía a su *suite*. Bueno, eso es todo, jefe. El juez parece tener prisa en hablar con usted. ¿Qué hora es?... Hasta las ocho estará en su casa: Turbigio 25-62. Después cena en casa de unos amigos y me ha dado el número de teléfono... Espere. Galvani 47-53. ¿Me necesita, jefe?... Entonces, adiós. Esta noche Torrence se quedará de guardia.

—¿Puedo servir ya la sopa? —preguntó Madame Maigret suspirando y sacudiéndose el traje para que se le desprendieran los hilos sueltos.

—Prepárame primero el esmoquin.

Como ya eran más de las ocho, llamó a Galvani 47-53. Era el número de un joven juez sustituto. Le contestó una doncella y oyó rumor de cubiertos y algunas risas.

—Avisaré al señor juez. ¿De parte de quién?... ¿El comisario Négret?

Por la puerta abierta del dormitorio, el comisario veía el armario de luna y a Madame Maigret sacando el esmoquin.

—¿Es usted, señor comisario?... Hum. Bien. Usted no habla inglés, ¿verdad?... ¡Sí! No cuelgue. Lo suponía. Verá, quería decirle... ¡Hum! Es con respecto a ese caso, evidentemente. Creo que sería preferible que no se ocupara usted..., quiero decir, no directamente, de Mister Clark y de su personal.

Una vaga sonrisa flotaba en los labios de Maigret.

—Mister Clark ha venido a verme esta tarde en compañía de la institutriz. Es un personaje bastante relevante que cuenta con importantes relaciones. Antes de su visita, yo había recibido una llamada telefónica de la embajada estadounidense para darme los mejores informes sobre él. Me entiende, ¿verdad? En tales condiciones hay que evitar las torpezas. Mister Clark vino a verme acompañado de su *solicitor* e insistió en que le tomara declaración. ¿Sigue al aparato, señor comisario?

—¡Claro que sí, señor juez! Estoy escuchándole.

Rumor de cubiertos como fondo. Las conversaciones habían cesado. Sin duda los invitados del juez sustituto escuchaban con atención el monólogo del juez.

—Le resumiré lo que ha declarado, aunque mañana por la mañana mi secretario le hará llegar el texto completo de la declaración. Mister Clark debía viajar a Roma, en efecto, y después a otras capitales donde le reclamaban sus negocios. Desde hace algún tiempo es el prometido de Miss Ellen Darroman...

—Perdone, señor juez, ¿ha dicho «prometido»? Yo creía que Mister Clark estaba casado.

—¡Evidentemente, evidentemente! Pero pensaba divorciarse en breve, aunque todavía no había puesto al corriente de ello a su esposa. Así que podemos decir que estaba «prometido». Aproveché ese viaje a Roma...

—... para pasar antes una noche en París en compañía de Miss Darroman.

—Exacto. Sin embargo, señor comisario, se equivoca al emplear ese tono irónico. Clark me ha producido la mejor impresión. Las costumbres de su país no son como las nuestras, y allí el divorcio... En suma, me ha comunicado espontáneamente en qué empleó la noche. Al no encontrarle a usted, se lo he transmitido al inspector Ducuign para que lo verificara, pero estoy convencido de que Mister Clark no ha mentado. En tales circunstancias, cometeríamos una torpeza si...

En otras palabras, más sinceras: «Nos hallamos ante un hombre de mundo, protegido por la embajada de Estados Unidos. En tales circunstancias haga usted el favor de no entrometerse, porque se arriesga a cometer una indelicadeza, y él podría contrariarse. Encárguese de la gente del sótano, los empleados y demás. ¡Pero de Clark ya me ocuparé yo mismo!».

—De acuerdo, señor juez. Mis respetos, señor juez. —Y volviéndose a su mujer, le dijo—: ¡Ya puedes servir la sopa, Madame Maigret!

Faltaba un poco para la medianoche. El inmenso pasillo de la Policía Judicial estaba vacío, mal iluminado, y parecía invadido por una niebla polvorienta. Los zapatos de charol de Maigret, que raras veces utilizaba, crujían como los de un niño el día de su primera comunión. Al entrar en su despacho, empezó por atizar la estufa y calentarse las manos; con la pipa entre los dientes, abrió la puerta del despacho de los inspectores.

Encontró allí a Ducuign, ocupado en contar a Torrence una historia que debía de ser divertida, porque los dos estaban de excelente humor.

—¿Qué tal, muchachos?

Maigret se sentó en una esquina de la mesa, llena de manchas de tinta, y tiró las cenizas de la pipa al suelo. Allí se podía estar como en casa y echarse el sombrero hacia atrás. Los dos inspectores habían hecho subir cervezas de la Brasserie Dauphine y el comisario comprobó con satisfacción que no se habían olvidado de él.

—¿Sabe, jefe? Ese tal Clark es un tipo curioso. Fui al bar del Majestic para observarle bien y grabarme sus señas en la cabeza. Allí me pareció un

duro hombre de negocios, un tipo más bien adusto. En cambio, ahora que sé cómo empleó el tiempo ayer por la noche, puedo asegurarle que es un auténtico chiquillo.

Torrence no podía dejar de mirar de reojo el plastrón deslumbrante de blancura, adornado con dos perlas, del comisario, a quien no solían ver ataviado de esa manera.

—Escúcheme y verá. En primer lugar, la señorita y él cenaron en un pequeño restaurante de éstos de menú a doce francos, en la Rue Lepic, ¿se lo imagina? El dueño se fijó en ellos porque no es muy frecuente que le pidan *champagne* auténtico. Después preguntaron dónde había un tiovivo; se explicaban muy mal, y acabaron por mandarles a la Foire du Trône. Allí recuperé su pista. No sé si subieron al tiovivo, supongo que sí. Después fueron a una caseta de tiro al blanco, lo sé porque Clark se dejó allí más de cien francos, lo que sorprendió mucho a la buena mujer de la caseta. Imagínese el cuadro: debían de ir cogidos del brazo, en medio de la multitud, como dos jóvenes enamorados. Pero respire hondo, le queda por oír lo mejor.

»¿Conoce la barraca de Eugène “Brazo de Acero”? Al final de su número, Eugène arrojó los guantes en medio de la gente. Ahora tiene a una especie de coloso que se dedica a la lucha libre. ¡Pues bien! Nuestro Clark se ofreció a pelear contra él, se desnudó detrás de un trozo de cortina impregnada de orines y le dio una soberana paliza al coloso en cuestión. Supongo que la señorita, en la primera fila del público, debió de aplaudir a rabiar. Me han dicho que la gente gritaba: “¡Vamos, inglés! ¡Arráncale la nariz!”.

»Después nuestra pareja de enamorados se fue a bailar al Moulin de la Galette. Hacia las tres resulta que estaban en La Coupole comiéndose unas salchichas, e imagino que después se fueron sabiamente a dormir. El Hôtel Aiglon no tiene portero, sólo un vigilante nocturno que duerme en una garita y tira del cordón sin preocuparse demasiado por quién entra. Recuerda haber oído hablar en inglés alrededor de las cuatro de la madrugada, y afirma que nadie salió. Eso es todo. ¿No le parece una curiosa manera de pasar la noche para unas personas que se alojan en el Majestic?».

Maigret ni asintió ni negó; miró la hora en su reloj de pulsera, que sólo llevaba en las grandes ocasiones (era un regalo con motivo de sus veinte años de matrimonio), y se levantó de la mesa que le había servido de asiento.

—Buenas noches, muchachos.

Ya estaba en la puerta cuando retrocedió para apurar su cerveza. Tuvo que recorrer doscientos o trescientos metros antes de encontrar un taxi.

—Rue Fontaine.

Era la una de la madrugada. La vida nocturna de Montmartre se hallaba en su apogeo. Un negro le recibió en la puerta del Pélican, y al comisario no le quedó más remedio que dejar su sombrero y su abrigo en el guardarropa. Cuando entró en la sala, donde revoloteaban bolas de algodón multicolores y serpentinas, se bamboleó un poco, como un hombre que no se siente demasiado cómodo.

—¿Una mesa cerca de la pista? ¡Por aquí! ¿Va usted solo?

Maigret estuvo a punto de soltarle al *maître*, que no le había reconocido: «¡Imbécil!».

El *barman*, que sí lo había reconocido de lejos, les susurraba quién había entrado a dos tanguistas que estaban en la barra, con los codos apoyados en el mostrador de caoba.

Maigret se sentó como un cliente más y, dado que no servían cerveza, pidió un coñac con agua. No habían pasado ni diez minutos cuando el dueño, advertido, se sentaba delante de él.

—Supongo que no se trata de nada malo, ¿no, señor comisario? Usted sabe que aquí siempre tenemos todo en regla y...

Buscaba en la sala a alguien que pudiera provocar esta inopinada visita de la policía.

—Nada —replicó Maigret—. Tenía ganas de distraerme.

Sacó la pipa del bolsillo, pero, por la mirada del dueño, comprendió que sería inadecuado y se la guardó dando un suspiro.

—Si necesita alguna información... —murmuró el otro con un guiño—. Pero conozco a todo mi personal y no creo que ninguno de ellos pueda interesarle. En cuanto a los clientes, ya ve, los de siempre: extranjeros, provincianos... ¡Mire! Aquél que está con Léa es un diputado.

Maigret se levantó y se dirigió pesadamente a la escalera que conducía a los lavabos, situados en el sótano.

Una habitación muy clara, con las paredes recubiertas de mosaico azulado. Cabinas telefónicas de caoba barnizada. Espejos. Y, sobre una larga

mesa, múltiples utensilios: peines, cepillos, un estuche de manicura, polvos de todos los tonos imaginables, carmín, pares de...

—¡Siempre que bailo con él me pasa lo mismo! Dame un par de medias, Charlotte.

Una chica menudita en traje de noche estaba sentada en una silla y se había quitado una media. Con la falda levantada, contemplaba su pie desnudo mientras Charlotte buscaba en un cajón.

—¿De la talla cuarenta y cuatro, finas?

—Sí, eso es. Dame. Cuando un tipo no sabe bailar, tiene que...

Vio a Maigret por el espejo y siguió poniéndose las medias nuevas, dirigiéndole de vez en cuando una mirada de reojo. Charlotte, al volverse, descubrió a su vez al comisario, y éste la vio palidecer.

—¡Ah! Es usted.

Intentaba sonreír. No tenía nada que ver con la mujer de la casita de Saint-Cloud, que se calentaba los pies en el horno y se atiborraba de pasteles.

Sus cabellos rubios estaban peinados con tanto esmero que los rizos parecían inmutables. La piel tenía el tono rosa de un caramelo. El vestido de seda negro, muy sencillo, le destacaba las formas redondeadas, y llevaba encima un bonito delantal de encaje de los que sólo se ven en las doncellas de las obras de teatro.

—Te las pagaré junto con el resto, Charlotte.

—No te preocupes.

La joven comprendió que el visitante esperaba a que ella desapareciera y, después de calzarse, subió corriendo hacia la sala.

Charlotte, por su parte, mientras fingía ordenar los objetos del tocador, se decidió por fin a preguntar:

—¿Qué quiere de mí?

Maigret no contestó. Acababa de sentarse en la silla que había dejado libre la joven. Aprovechó que estaba en el sótano para llenar una pipa, lentamente, con un cuidado meticuloso.

—Si cree que sé algo, se equivoca.

¿No es curioso que las mujeres de temperamento plácido sean las que manifiestan más abiertamente su emoción? Charlotte habría deseado

permanecer tranquila, pero no podía evitar que su rostro se sonrojara, ni que sus manos asieran los objetos con tal torpeza que se le cayera una lima.

—Antes, en casa, ya me di cuenta, por la manera en que me miraba, que usted se imaginaba...

—Como ya me dijo, usted no conoció a ninguna bailarina o tanguista llamada Mimi, ¿no?

—¡Jamás!

—Sin embargo, usted trabajó mucho tiempo de tanguista en Cannes. Y se hallaba allí en la época en que la tal Mimi...

—En Cannes hay muchos clubes nocturnos, y no todo el mundo se conoce.

—¿Estaba usted en La Belle Etoile?

—Sí, ¿y qué?

—Nada. He venido simplemente a charlar un momento con usted.

Permanecieron en silencio durante más de cinco minutos, porque bajó un cliente, se lavó las manos, se peinó y luego pidió un paño para lustrarse los zapatos de charol. Después de que el cliente dejara una moneda de cinco francos en el platillo, el comisario continuó:

—Siento mucha simpatía por Prosper. Apuesto a que es el hombre mejor del mundo.

—Más que eso. ¡Usted no le conoce! —exclamó ella con vehemencia.

—Ha tenido una infancia desgraciada y parece haber luchado siempre por...

—¿Y si yo le dijera que nunca ha ido a la escuela y que todo lo ha aprendido por su cuenta? Si buscara en su cafetería, encontraría libros que las personas como nosotros no estamos acostumbrados a leer. Siempre le ha apasionado instruirse. Su sueño habría sido... —Enmudeció de súbito e intentó contenerse—. ¿No ha sonado el teléfono?

—Creo que no.

—¿Qué le decía?

—Que su sueño habría sido...

—¡Bah! No es ningún secreto. Le habría gustado tener un hijo, ser padre. El pobre ha tenido mala suerte conmigo, porque desde que me operaron no puedo tener hijos.

—¿Conoce usted a Jean Ramuel?

—No. Sé que es el contable y que está enfermo, eso es todo. Prosper habla poco de las historias del Majestic. No es como yo, que le cuento todo lo que pasa aquí.

Maigret, viendo que ella estaba más tranquila, intentó avanzar un poco más.

—Mire usted, lo que me ha sorprendido es que... No debería contárselo, han decretado el secreto del sumario, pero estoy seguro de que lo que voy a decirle no saldrá de aquí. Imagínese usted que la pistola que se ha encontrado en el bolso de la tal Mistress Clark fue comprada la víspera en una armería del Faubourg Saint-Honoré. ¿No le parece extrañísimo?

»Una mujer rica, casada, madre de familia, con domicilio en Nueva York, alojada en un hotel de lujo de los Campos Elíseos, que de repente siente la necesidad de comprar una pistola... Tenga en cuenta que no se trata de una pistolita de mujer, sino de un arma peligrosa. —Evitaba mirarla; contemplaba la brillante puntera de sus zapatos, como asombrado de verse tan elegante—. Cuando se comprueba que esa misma mujer, horas después, se mete por una escalera de servicio para llegar al sótano del hotel, ¿cómo no pensar que tiene una cita? ¿Y cómo no deducir que ha comprado el arma en previsión de esa cita?

»Suponga ahora que esa mujer tan honorable tuviera un pasado tormentoso, y que un testigo de ese pasado intentara chantajearla. A propósito, ¿sabe si Ramuel ha vivido en la Costa Azul? ¿Y cierto bailarín profesional apodado Zebio?

—No le conozco.

Aunque no la miraba, sabía que estaba a punto de llorar.

—Por otro lado, también el portero de noche pudo asesinarla, porque bajó al sótano hacia las seis de la mañana; Prosper Donge oyó pasos en la escalera de servicio. También pudo hacerlo cualquier encargado de piso. Realmente, es una lástima que usted no hubiera conocido a Mimi en Cannes; habría podido informarme sobre las personas que ella trataba en esa época. ¡En fin, mala suerte! Quería evitar viajar a Cannes, pero ahora veo que no me queda otro remedio. Muy mal tendrían que salirme las cosas para que no encontrara allí a alguien que la hubiera conocido.

Se levantó, vació la pipa y rebuscó en su bolsillo como para dejar una moneda en el platillo.

—¡Faltaría más! —protestó ella.

—Buenas noches. Me pregunto a qué hora saldrá un tren hacia allí.

En cuanto llegó a la sala, pagó su consumición y corrió al bar de enfrente, un café frecuentado por el personal de todos los clubes y salas de baile del barrio.

—¿El teléfono, por favor?

Llamó a la oficina central de la compañía telefónica.

—Aquí Policía Judicial. Desde el Pélican van a pedirle comunicación con un número de Cannes. Demore la comunicación, por favor. Y espéreme, voy hacia ahí ahora mismo.

Al instante subía a un taxi. Entró en la central telefónica y se presentó ante el jefe de servicio nocturno.

—Deme una mesa de escucha. ¿Han pedido ya con Cannes?

—Hace un momento. He averiguado a quién pertenece el número: se trata de la Brasserie des Artistes, que permanece abierta toda la noche. ¿Puedo pasar ya la llamada?

Maigret se colocó los auriculares y esperó. Las empleadas, también con los auriculares puestos, le miraban llenas de curiosidad.

—Señorita, le pongo con el 18-43 de Cannes.

—Gracias. ¡Sí! ¿La Brasserie des Artistes?... ¿Quién está al aparato?... ¿Eres tú, Jean? Aquí, Charlotte... ¡Claro que sí! Soy Charlotte, de La Belle Etoile. Espera, voy a cerrar la puerta. Me parece que hay alguien.

Se oyó cómo hablaba, probablemente con un cliente, y después el ruido de una puerta que se cierra.

—Escúchame bien, Jean. Se trata de algo muy importante. Te escribiré para explicártelo. ¡O mejor, no! Es demasiado peligroso. Más adelante, cuando todo haya terminado, iré a verte. ¿Sigue Gigi ahí? ¿Qué?... Vaya, pero no creo que eso la haga cambiar mucho. Escucha, es muy importante que le digas que si le preguntan sobre Mimi, ¿la recuerdas?... ¿No? Claro, tú todavía no estabas ahí. En fin, dile que si le preguntan cualquier cosa sobre Mimi... Exacto: que no sabe nada. Sobre todo que no hable de Prosper.

—¿Qué Prosper? —preguntó la voz de Jean al otro lado del hilo.

—No te preocupes. Ella no conoce a Prosper, ¿me oyes? Ni a Mimi... ¡Sí! No corte la conferencia. ¿Quién está al aparato?

Maigret adivinó que se alarmaba, que quizá se le acababa de ocurrir que escuchaban su conversación.

—¿Me has entendido, querido Jean? ¿Puedo confiar en ti? Cuelgo porque hay alguien.

Maigret se quitó los auriculares y encendió la pipa.

—¿Ha averiguado lo que quería? —preguntó el jefe de servicio.

—Pues sí. Póngame con la Gare de Lyon. Necesito saber a qué hora sale el próximo tren para Cannes. Ojalá tenga... —Miraba enfadado su esmoquin. Ojalá tuviera tiempo de...—. ¡Sí!... ¿Cómo dice? ¿A las cuatro y diecisiete?... ¿Y llega a las dos de la tarde? Gracias.

Tenía tiempo de pasar por su casa, en el Boulevard Richard-Lenoir, y de reírse del mal humor de Madame Maigret.

—Un traje, ¡rápido! Y una camisa, un par de calcetines...

A las cuatro y diecisiete minutos se hallaba en el tren que se dirigía a la Costa Azul, sentado frente a una señora que sostenía un horrible pequinés en sus rodillas y que miraba a Maigret de reojo, sin duda porque sospechaba que no le gustaban los perros.

Aproximadamente a la misma hora, Charlotte subía a un taxi, como cada noche. Era un taxi que trabajaba sobre todo con la clientela del Pélican y que la llevaba gratis a su casa.

A las cinco, Prosper Donge oyó una puerta que se cerraba, el ruido del motor, unos pasos, la llave en la cerradura.

Pero no oyó el «pfffttt» habitual del gas en la cocina. Sin detenerse en la planta baja, Charlotte subió la escalera y empujó la puerta del dormitorio gritando:

—¡Prosper, escucha! No te hagas el dormido. El comisario... —Antes de dar explicaciones, tuvo que desabrocharse el corchete del sujetador y bajarse el liguero, y las medias se le deslizaron formando pliegues—. ¡Tenemos que hablar seriamente! ¡Levántate de una vez! ¿Crees que es fácil discutir con alguien que está acostado?

Gigi y el carnaval

Durante tres horas, a Maigret no le abandonó la desagradable impresión de chapotear en una especie de *no man's land* entre la realidad y el sueño. ¿Era quizá culpa suya? Hasta Lyon e incluso más allá, tal vez hasta Montélimar, el tren había avanzado a través de un túnel de húmeda niebla. La mujer del perrito, enfrente del comisario, no había abandonado su asiento, y no quedaba ningún compartimento vacío.

Maigret no acababa de sentirse cómodo. Hacía demasiado calor, pero cuando bajaba la ventanilla, sentía demasiado frío. Entonces se dirigió al vagón-restaurante y, para entonarse, bebió de todo: primero café, después un coñac y, finalmente, cerveza.

Alrededor de las once, notándose el estómago revuelto, pensó que se sentiría mejor si comía algo y pidió unos huevos con beicon, que le sentaron tan mal como lo anterior.

En suma, se resentía de haber pasado una noche sin dormir, de las horas de tren, y estaba con los nervios a flor de piel. Pasada la estación de Marsella, se durmió en su rincón, con la boca abierta, y cuando oyó gritar «¡Cannes!» se sobresaltó, atontado y perplejo.

Mimosas por todas partes bajo un deslumbrante sol digno de un 14 de Julio. ¡Mimosas en las locomotoras, en los vagones, en los postes de hierro de la estación! Y un hervidero de viajeros con trajes de color claro, pantalones blancos.

De un vagón automotor bajaban docenas de ellos, con gorra de uniforme e instrumentos musicales de cobre en los brazos. Tan pronto como salieron de la estación, se tropezaron con otra banda de música que lanzaba al aire notas vibrantes. Era una orgía de luz, sonidos y colores. Banderas por doquier,

estandartes, banderines y, sobre todo, aquí y allá, mimosas de tonos dorados que impregnaban la ciudad entera de un olor dulzón.

—Perdone, sargento —le preguntó a un agente de policía que también tenía un aire festivo—, ¿podría decirme qué ocurre aquí?

El otro lo miró como si Maigret cayera de la Luna.

—¿Y para qué cree que es el desfile de carrozas engalanadas?

Otras fanfarrias surcaban las calles en dirección al mar, que en ocasiones se divisaba, de color azul pastel, al término de la perspectiva de una calle.

Recordó haber visto antes a una niña disfrazada de Pierrot que su madre arrastraba velozmente de la mano, sin duda para conseguir un lugar en el desfile. No habría tenido nada de extraordinario si la chiquilla no hubiera llevado una máscara alucinante, con una narizota, pómulos colorados y unos bigotes caídos como de chino. Sus rollizas piernecitas trotaban y trotaban.

No necesitó preguntar el camino. Por una calle tranquila llegó a La Croisette y en una bocacalle descubrió un letrero: «Brasserie des Artistes». Y una puerta, más allá: «Hôtel». Y supo de inmediato de qué clase de hotel se trataba.

Entró. Cuatro clientes con traje negro, pechera blanca y corbata rígida jugaban a las cartas en espera de ir a ocupar su puesto de crupier en el casino. Una chica, cerca de la ventana, comía *choucroute*. El camarero limpiaba las mesas. Un joven, sin duda el dueño, leía el periódico detrás del mostrador. Y del exterior, lejanos y próximos, de todas partes, llegaban los ecos de las fanfarrias, el fuerte olor a mimosas, el polvo levantado por los pies de la multitud, gritos, bocinazos.

—¡Una cerveza! —gruñó Maigret, liberándose finalmente de su pesado abrigo.

Casi se sentía molesto por ir tan de oscuro como los crupieres. Desde que entró, el dueño y él no habían dejado de cruzarse miradas.

—Dígame, Jean...

Era evidente que Jean pensaba: «Seguro que es un poli».

—¿Hace mucho que tiene la *brasserie*?

—Pronto hará tres años que la subarrendé. ¿Por qué?

—¿Y antes?

—Si tanto le interesa, le diré que antes trabajaba de *barman* en el Café de la Paix, en Montecarlo.

A menos de cien metros, a lo largo de La Croisette, se alineaban los grandes hoteles: el Carlton, el Miramar, el Martínez y otros. A todas luces, la Brasserie des Artistes era como los bastidores de esa vida elegante. Por otra parte, ocurría lo mismo en toda la calle, atestada de tintorerías, peluquerías, bares para taxistas, modestos negocios a la sombra de los grandes hoteles.

—El local está abierto toda la noche, ¿no?

—Sí, toda la noche.

No para los turistas, sino para el personal del casino, de los hoteles, para las bailarinas, las tanguistas, los botones, los reclamos de los hoteles, intermediarios de todo tipo, chulos, vendedores de información de las carreras o «ganchos» de las salas de baile.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Jean con voz cortante.

—Me gustaría que me dijera dónde puedo encontrar a una tal Gigi.

—¿Gigi? No la conozco.

La mujer de la *choucroute* les lanzaba miradas cansinas. Los crupieres se levantaron porque estaban a punto de dar las tres.

—Dígame, Jean, ¿ha tenido alguna vez problemas con las máquinas tragaperras o con algo parecido?

—¿Y a usted qué le importa?

—Se lo pregunto porque, si ya ha cumplido una condena, el caso sería mucho más grave. Charlotte es muy simpática; llama a sus amigos para pedirles un favor, pero se olvida de decir de qué se trata en concreto. Ahora bien, cuando alguien dirige un negocio como el suyo y ya ha tenido pequeños problemas, en general es mejor no comprometerse. ¡En fin! Voy a llamar a la brigada de costumbres, creo que no le costará mucho decirme dónde puedo encontrar a Gigi... ¿Tiene una ficha de teléfono?

Se había levantado y se dirigía a la cabina telefónica.

—¡Espere! Usted ha hablado de comprometerse, ¿no? ¿Es un asunto grave?

—Pues sí, se trata de un crimen. Cuando un comisario de la brigada especial viene adrede desde París...

—Un momento, señor comisario. ¿Necesita usted ver a Gigi?

—He recorrido más de mil kilómetros para eso.

—De acuerdo. Aunque le advierto que ella no podrá contarle gran cosa. ¿La conoce? Dos días de cada tres está para el arrastre. Quiero decir..., cuando ha encontrado droga, ¿me entiende? Pues bien, ayer...

—Ayer, por casualidad, después de la llamada telefónica de Charlotte, se topó con ella, ¿verdad? ¿Dónde está?

—Aquí mismo. Tiene una habitación en algún lugar de la ciudad, pero la pasada noche no podía ni caminar y... —Una puerta comunicaba con la escalera del hotel. El dueño señaló una habitación en el primer piso—. ¡Preguntan por ti, Gigi! —gritó.

Y esperó en el rellano a que Maigret cerrara la puerta. Después, encogiéndose de hombros, volvió a su mostrador y, un poco inquieto, pese a todo, siguió leyendo el periódico.

Las cortinas corridas sólo dejaban filtrar un halo luminoso. La habitación estaba desordenada. En una cama de hierro había una mujer tendida, completamente vestida, despeinada, con el rostro hundido en la almohada. Preguntó con voz pastosa:

—¿Quién es? —Después abrió un ojo, un ojo muy negro—. ¿Ya estás aquí? —Nariz contraída. Piel como la cera. Gigi era delgada, angulosa y tostada como una ciruela—. ¿Qué hora es? ¿No te desnudas? —Se incorporó sobre un codo para beber un sorbo de agua, miró a Maigret esforzándose por recobrarse, y al verlo con expresión seria, sentado en una silla junto a su cabecera, preguntó—: ¿Eres el médico?

—¿Qué te ha dicho Jean esta noche?

—¿Jean? Sí, buen tipo, Jean. Me ha dado... Pero ¿a ti qué te importa?

—Te ha dado cocaína, ya lo sé. Quédate acostada, así. Y además te ha hablado de Mimi y de Prosper.

En el exterior seguían las fanfarrias, acercándose y alejándose, y el constante aroma dulzón de las mimosas, su peculiar olor.

—¡El bueno de Prosper!

Hablaba como en sueños. En determinados momentos su voz adoptaba inflexiones infantiles. Después, de repente, los párpados se le contraían y la

frente se le arrugaba como si experimentara un intenso dolor. Tenía la boca pastosa.

—Dime, ¿tienes un poco?

Quería más droga. Y Maigret tenía la desagradable impresión de estar arrancando secretos a un enfermo delirante.

—Querías mucho a Prosper, ¿verdad?

—No es un hombre como los demás. Es demasiado bueno. No se merecía tropezarse con una mujer como Mimi, pero siempre ocurre lo mismo. ¿Le conoces?

¡Vamos! ¡Un esfuerzo! A fin de cuentas, ¿acaso todo eso no formaba parte del oficio de Maigret?

—La conoció cuando él estaba en el Miramar, ¿verdad? Vosotras tres, Mimi, Charlotte y tú, bailabais en La Belle Etoile, ¿no?

Ella tartamudeó con seriedad:

—No debes hablar mal de Charlotte. Es una buena chica, y estaba enamorada de Prosper. Si él me hubiera escuchado...

—Supongo que os reuníais aquí, en la Brasserie des Artistes, en los ratos libres. Y Prosper era el amante de Mimi.

—Estaba tan enamorado de ella que parecía haberse vuelto estúpido. ¡Pobre Prosper! Y después, cuando ella... —De repente, desconfiada, se incorporó—. ¿Seguro que eres amigo de Prosper?

—... cuando ella tuvo un niño, ¿no?

—¿Quién te lo ha dicho? Sólo lo sé yo, me lo contó por carta. Pero no es así como empezó todo... —Prestó atención a la música, que se oía más cercana—. ¿Qué es?

—Nada.

Las carrozas engalanadas desfilaban por La Croisette, y cada vez que salía una lo anunciaban a cañonazos. Sol deslumbrante, el mar de un solo color, lanchas que trazaban círculos sobre el agua y pequeños veleros que se balanceaban graciosamente.

—¿Seguro que no tienes un poco de...? ¿No podrías pedírsela a Jean?

—¿Se fue con el estadounidense?

—¿Te lo ha contado Prosper? Anda, sé bueno y dame otro vaso de agua. Conoció a un estadounidense en La Belle Etoile. El tipo se enamoró de ella;

se la llevó a Deauville y después a Biarritz. Reconozco que era muy espabilada, no como nosotras. Y Charlotte, ¿sigue trabajando en el Pélican? En cuanto a mí, bueno... —Soltó una carcajada, una carcajada atroz, mostrando sus dientes estropeados—. Un buen día, Mimi me escribió anunciándome con la mayor naturalidad del mundo que iba a tener un hijo y que se las arreglaría para hacer creer al estadounidense que el hijo era de él. ¿Cómo se llamaba el tipo?... En fin, volvió a escribirme diciendo que el asunto estuvo a punto de salirle mal, porque el bebé era pelirrojo como una zanahoria. ¿Te das cuenta? Además, no quería que yo se lo contara a Prosper.

Tal vez se debiera a los dos vasos de agua que había bebido: sacó, una tras otra, sus piernas de la cama, unas largas y flacas piernas que no debían de atraer en exceso las miradas de los hombres. Cuando se levantó, se vio que era muy alta, esquelética. ¡Cuántas horas debía de pasar recorriendo las aceras en sombra o meditando ante una mesa antes de obtener algún resultado!

Su mirada se había vuelto más fija. Examinaba a Maigret de pies a cabeza.

—Eres de la policía, ¿eh? —El furor la invadía. Sin embargo, una bruma seguía embotándole la memoria y ella trataba de disiparla—. ¿Qué me dijo Jean? ¡Espera! Y en primer lugar, ¿quién te ha traído hasta aquí? Jean me hizo prometer que no hablaría con nadie de esto. ¡Confíesalo! Confiesa que eres de la policía. Y yo... ¿Qué puede importarle a la policía que Prosper y Mimi...? —El ataque de nervios estalló, repentino, violento, repulsivo—: ¡Cochino! ¡Puerco! Te has aprovechado de mí... —Abrió la puerta, y los rumores del exterior se oyeron con mayor nitidez—. Si no te vas inmediatamente, yo, yo...

Era ridícula y digna de lástima. Maigret estuvo a punto de recibir un golpe de jarro en las piernas y, mientras bajaba las escaleras, ella siguió insultándole.

La *brasserie* estaba vacía. Aún era pronto.

—¿Qué tal? —preguntó Jean desde el mostrador.

Maigret se puso el abrigo y el sombrero, y dejó una propina para el camarero.

—¿Le ha contado lo que quería saber?

Se oyó una voz que gritaba desde la escalera del hotel:

—¡Jean! ¡Eh, Jean! Ven, tengo que hablar contigo.

La lamentable Gigi había bajado descalza y entreabría, desgañada, la puerta del local.

Maigret prefirió irse.

Seguro que en La Croisette, con su abrigo y su sombrero negro, le tomaron por un provinciano en su primera visita a los carnavales de la Costa Azul. Las máscaras tropezaban con él. Le costaba trabajo alejarse de las farándulas. En la arena algunos turistas, indiferentes a la fiesta, tomaban el sol: cuerpos casi desnudos, ya bronceados, embadurnados de aceite.

El Miramar estaba allí, un enorme bloque amarillo con doscientas o trescientas ventanas, con su portero, sus encargados de los coches, sus reclamos. Estuvo a punto de entrar, pero ¿para qué? ¿Acaso no sabía ya cuanto quería saber? Y dudaba de si tenía sed o de si había bebido demasiado. Se metió en un bar.

—¿Tiene una guía de trenes?

—¿Quiere ir a París? Si es así, sale un rápido a las veinte y cuarenta minutos.

Tomó otra cerveza. Faltaban horas para que partiera el tren. No sabía qué hacer. Y a continuación recordó, como una pesadilla, las escasas horas que había pasado en Cannes en un ambiente festivo.

Por momentos, el pasado se hacía tan real para él que veía literalmente a Prosper —con su pelo rojizo, sus grandes ojos bondadosos y su rostro picado de viruelas— salir del Miramar por la puerta trasera y plantarse de un salto en la Brasserie des Artistes.

Las tres mujeres, que tenían seis años menos en aquella época, estaban allí, almorzando o cenando. Prosper era feo. Lo sabía. Y se había enamorado apasionadamente de Mimi, la más joven y bonita de las tres. ¿Acaso al principio no se habían carcajeado las tres al ver las miradas ardientes que Prosper le dirigía?

«Te equivocas, Mimi», debió de decirle Charlotte. «Es un buen tipo. Y nunca se sabe lo que puede ocurrir...». Luego, de noche, La Belle Etoile. Prosper no lo pisaba. No era un lugar para él. Pero al amanecer volvía a verlas, mientras tomaban sopa de cebolla en la Brasserie des Artistes.

«Si a mí me quisiera un hombre así...». Porque Charlotte debía de ser sensible a esa pasión tan humilde. Gigi todavía no tomaba cocaína.

«¡No se preocupe, Monsieur Donge! Ella hace como si se burlara de usted, pero en el fondo...». ¡Y fueron amantes! ¡Quizá llegaron a vivir juntos! Prosper se gastaba en regalos la mayor parte de sus ahorros. Hasta el día en que un viajero estadounidense...

¿Le habría dicho Charlotte a Prosper, tiempo después, que el niño de Mimi tal vez fuera de él?

¡Bien por Charlotte! Sabía que él no la amaba, que seguía queriendo a Mimi, y, sin embargo, vivía amistosamente con él, en la casucha de Saint-Cloud.

Entretanto, Gigi iba de mal en peor.

—¿No quiere mandarle flores a su amiguita, señor?

La florista había empleado un tono irónico, pues Maigret no parecía uno de esos hombres que tienen amiguitas. Sin embargo, envió una cesta con mimosas a Madame Maigret.

Después, como todavía faltaba media hora para que saliera el tren, movido por una especie de intuición telefoneó a París. Estaba en un pequeño bar, cerca de la estación de ferrocarril. Los músicos de las bandas tenían ahora los pantalones llenos de polvo. Regresaban, ocupando vagones enteros, a las localidades vecinas, y en el aire se arrastraba el cansancio del final de un hermoso domingo.

—¿Sí?... ¿Es usted, jefe? ¿Sigue en Cannes? —El inspector Lucas, a juzgar por su voz, estaba nervioso—. Aquí hay novedades. El juez de instrucción está furioso, acaba de telefonar para saber qué hacía usted... ¡Sí! Lo han descubierto hace menos de tres cuartos de hora... Torrence, que estaba de guardia en el Hôtel Majestic, ha telefoneado y...

Maigret, inmóvil en la estrecha cabina, escuchaba soltando gruñidos de vez en cuando. A través del tragaluz podía ver, en el sol poniente que invadía el bar, a los músicos en pantalón blanco y gorra con galones plateados; en ocasiones, uno de ellos, en broma, extraía un prolongado sonido de su helicón o de su trombón, mientras un líquido opalino brillaba en sus copas.

—¡Está bien! Llegaré mañana por la mañana... ¡No!... Evidentemente. Claro, si el juez así lo quiere, que lo detengan.

Por decirlo de algún modo, acababa de ocurrir. Los sótanos del Majestic... La hora en que abrían la sala de baile, con la música que se filtraba por todos los tabiques... Prosper Donge, como un enorme pez rojo en su jaula de cristal; Jean Ramuel, amarillo como un membrillo, en la suya...

Según Lucas —aunque las diligencias todavía no habían empezado—, ese día habían visto caminar por los pasillos del hotel al portero de noche; vestía de calle. No sabían qué había ido a hacer; todos estaban tan ocupados que no prestaban atención a lo que sucedía delante de ellos.

El portero de noche se llamaba Justin Colleboeuf. Era un hombrecillo tranquilo e insignificante que pasaba las noches solo en el vestíbulo. No leía. No tenía con quién hablar. Tampoco dormía. Esperaba durante horas, sentado en una silla, mirando al frente.

Su mujer trabajaba de portera en un edificio nuevo de Neuilly.

¿Por qué se había presentado Colleboeuf en el hotel a las cuatro y media de la tarde?

Zebio, el bailarín, había ido al vestuario a ponerse su esmoquin. Todo el mundo había pasado por ahí. Ramuel había salido varias veces de su garita.

A las cinco, Prosper Donge se había dirigido al vestuario. Se había quitado la chaquetilla blanca del uniforme y se había puesto su chaqueta, el abrigo y recogido su bicicleta.

Ahora bien, minutos después había entrado un botones en el vestuario. Había notado que la puerta del armario 89 estaba entreabierta. Al instante alborotaba a todos con sus chillidos.

En el armario había un cuerpo replegado sobre sí mismo: el del portero de noche, con abrigo gris. Su sombrero flexible estaba en el fondo del armario. Justin Colleboeuf, al igual que Mistress Clark, había sido estrangulado. El cadáver todavía estaba tibio.

Entretanto, Prosper Donge circulaba tranquilamente en su bicicleta por el Bois de Boulogne, cruzaba el Pont de Saint-Cloud y se apeaba para subir la empinada calle que llevaba a su casita.

—¡Un *pastis*! —pidió Maigret, pues no veía otra cosa en el mostrador.

A continuación subió al tren, con la cabeza tan pesada como cuando, de niño, regresaba de una excursión demasiado larga, bajo un sol abrumador.

El escupitajo en el cristal

El tren había recorrido ya gran parte de su trayecto. Maigret se había quitado la chaqueta, la corbata y el cuello postizo, porque el compartimento, una vez más, estaba excesivamente caldeado, o, más bien, parecía que un calor especial, con olor a ferrocarril, transpirara de todas partes, de los tabiques, del suelo, de los asientos.

Se agachó para desabrocharse los zapatos. Sin importarle que la administración le hubiera puesto dificultades, no se había contentado con su billete gratuito de primera clase y había tomado una litera. El revisor, además, le había prometido que estaría solo en el compartimento.

De repente, mientras seguía inclinado sobre sus zapatos, tuvo la desagradable sensación de que alguien lo miraba desde muy cerca. Alzó la cabeza. En el pasillo, al otro lado del cristal, había un rostro macilento. Dos ojos oscuros. Una enorme boca mal pintada, que parecía mayor aún debido a dos manchones de carmín colorado trazados a la buena de Dios y que parecían correrse poco a poco.

Lo más impresionante era la expresión de desprecio, de odio. ¿Cómo había llegado hasta ahí Gigi? Maigret no había tenido tiempo de calzarse un zapato cuando la mujer, con una mueca de asco, escupió en el cristal y se alejó después por el pasillo.

Impasible, se vistió de nuevo. Antes de abandonar el compartimento, encendió una pipa como para recuperar el aplomo. Después recorrió los pasillos, de vagón en vagón, mirando en el interior de cada compartimento. El tren era largo. Maigret cruzó por lo menos diez fuelles, tropezó con portezuelas y molestó a unas cincuenta personas.

—Perdón... Perdón...

Se terminaron las alfombras. Se encontraba en los vagones de tercera clase. Los pasajeros, seis por banco, dormitaban. Otros comían. Y algunos niños miraban fijamente al frente.

En un compartimento donde viajaban dos marineros de Toulon que «subían» a París y una pareja de ancianos que daba cabezadas con la boca abierta, sin que la mujer soltara la cesta que llevaba sobre las rodillas, descubrió a Gigi acurrucada en un rincón.

Hacía un momento, en el pasillo, no se había fijado en cómo iba vestida. Le había impresionado tanto que no se había dado cuenta de que ya no se trataba de la Gigi de la Brasserie des Artistes, la de mirada vaga y labio colgante.

Envuelta en un abrigo de pieles de dos mil francos, con las piernas cruzadas —se le veían los tacones torcidos de los zapatos y una gran carrera en la media—, miraba al frente. ¿Había conseguido salir por sí sola del estado comatoso en que se hallaba por la tarde? ¿Le habrían hecho tomar algún medicamento? ¿Acaso una nueva dosis de cocaína le había levantado el ánimo?

Descubrió a Maigret en el pasillo, pero no se inmutó. El comisario la observó un buen rato e intentó hacerle una seña; ella siguió sin hacerle caso. Entonces Maigret abrió la puerta.

—¿Le importaría salir un momento?

Ella dudó. Los dos marineros la miraban. ¿Montar un escándalo? Encogiéndose de hombros, se levantó y fue al encuentro del comisario mientras él cerraba la puerta.

—¿Aún no tiene bastante? —murmuró ella con desdén—. Estará usted contento, ¿eh? ¡Y orgulloso! Se ha aprovechado de una pobre chica que se encontraba en ese estado...

Maigret, al percatarse de que ella estaba a punto de llorar y que su boca mal pintada se hinchaba, giró la cabeza.

—Y se ha apresurado a meter a Prosper entre rejas, ¡claro!

—Dígame, Gigi, ¿cómo sabe que han detenido a Prosper?

Un gesto de cansancio.

—¿Todavía no se ha enterado? Creía que los teléfonos pinchados funcionaban mejor. Da igual que se lo diga, porque no tardará en enterarse.

Charlotte llamó a Jean: resulta que Prosper acababa de volver de su trabajo cuando llegó un taxi lleno de polis y se lo llevaron. Charlotte, fuera de sí, me llamó para preguntar si yo había hablado. Y he hablado, ¿verdad? Dije lo suficiente para permitirle... —Un traqueteo más violento del tren la empujó contra Maigret y retrocedió horrorizada—. ¡Pero le juro que me las pagará! Aunque Prosper haya matado realmente a la asquerosa de Mimi... Voy a decirle una cosa, comisario. Palabra de Gigi, de una ramera, de una basura que no tiene nada que perder: le juro que si le condenan le buscaré a usted y le meteré una bala en el cuerpo.

Esperó un rato en actitud despectiva. Él callaba. Se daba cuenta de que no era una amenaza gratuita, de que la mujer, en efecto, le esperaría en cualquier esquina y descargaría sobre él todas las balas de una pistola.

Los dos marineros les observaban desde el compartimento.

—Buenas noches —suspiró Maigret.

Regresó a su compartimento, se desnudó por fin y se acostó.

La lamparilla del techo difundía un tenue resplandor azul. Maigret, con los ojos cerrados, fruncía el entrecejo.

Le desazonaba un interrogante. ¿Por qué el juez de instrucción había ordenado la detención de Prosper Donge? ¿De qué datos disponía el magistrado, que no había salido de París y no conocía a Gigi ni la Brasserie des Artistes? ¿Por qué detener a Donge y no a Ramuel o a Zebio?

Sentía una vaga inquietud. Conocía al juez. Cuando Maigret lo había visto llegar al Majestic acompañado del fiscal, no dijo nada, pero puso mala cara, porque ya había trabajado antes con él.

No cabía duda de que el juez era un hombre honesto, incluso bondadoso, padre de familia y coleccionista de encuadernaciones especiales. Tenía una barba cuadrada, de un bonito color gris. En cierta ocasión, ordenaron a Maigret que le acompañara a realizar un registro a un garito de juego clandestino. Era pleno día, cuando no había nadie en los locales. El juez señaló las grandes mesas de bacará cubiertas con sus fundas y preguntó cándidamente: «¿Son billares?».

Después, con la ingenuidad de un hombre que jamás ha puesto los pies en un lugar de mala reputación, se asombró al descubrir que había tres salidas a tres calles diferentes, una de ellas a través de unos sótanos que comunicaban

con otro edificio. También se asombró al enterarse, por los libros de contabilidad, de que algunos jugadores recibían importantes adelantos, pues ignoraba que, para que la gente juegue, es necesario estimularla.

¿Por qué el juez, que se llamaba Bonneau, había decidido de repente arrestar a Donge?

Maigret durmió mal, despertándose en cada una de las paradas y confundiendo los rumores del tren y los traqueteos con sus pesadillas.

Cuando bajó del tren, en la Gare de Lyon, todavía era de noche y caía una fina lluvia helada. Lucas le esperaba allí, con el cuello del abrigo subido, golpeando el suelo con los pies para entrar en calor.

—¿Está muy cansado, jefe?

—¿Has venido con otro agente?

—No, pero si necesita un inspector, he visto a uno de los nuestros en la comisaría de la estación.

—Ve a buscarlo.

Gigi bajó, estrechó amablemente la mano de los dos marineros de su compartimento y pasó al lado del comisario encogiéndose de hombros. Había dado algunos pasos cuando se volvió hacia Maigret.

—Puede seguirme, si quiere. Le informo de antemano que voy a ver a Charlotte.

Lucas regresó.

—No he encontrado al inspector.

—No tiene importancia. Vámonos.

Tomaron un taxi.

—Ahora, cuéntame. ¿Cómo es posible que el juez...?

—Iba a explicárselo en seguida. Cuando el juez me mandó llamar, ya se había descubierto el segundo crimen y había ordenado que detuvieran a Donge. Me preguntó si poseíamos algún dato nuevo, si usted había llamado, etcétera. Después, con una sonrisa maliciosa, me enseñó una carta, una carta anónima. No recuerdo las palabras exactas, pero en la carta aseguraban que Mistress Clark, que había trabajado como bailarina bajo el nombre de Mimi, había sido amante de Donge y había tenido un hijo suyo, y que él la había amenazado varias veces. Jefe, parece que eso le contraría, ¿no?

—Sigue.

—Eso es todo. El juez estaba exultante. «Como ve, es un asunto sencillísimo», afirmó. «Un vulgar chantaje. Y como sin duda Mistress Clark no quiso pagarle... Iré a interrogar inmediatamente a Donge a su celda».

—¿Fue?

El taxi ya había llegado al Quai des Orfèvres. Eran las cinco y media de la madrugada. Una niebla amarillenta subía del Sena. La portezuela del taxi se cerró.

—¿Está en prisión preventiva?... Ven conmigo.

Para llegar al Quai de l'Horloge tenían que rodear el Palacio de Justicia, y se dirigieron hacia allí caminando lentamente.

—Sí, el juez fue a hablar con él. Hacia las nueve de la noche me llamó otra vez para decirme que Donge se negaba a declarar. Al parecer manifestó que sólo hablaría con usted.

—¿Has dormido algo esta noche?

—Dos horas, en un diván.

—Vete a dormir. Pásate por la Policía Judicial al mediodía.

Cuando Maigret entró en la prisión preventiva, salía de allí un coche celular. Habían realizado una redada en la zona de la Bastille y acababan de detener a unas treinta mujeres y a algunos extranjeros desprovistos de documentación. Los detenidos se hallaban hacinados en la inmensa sala mal iluminada, sentados en unos tablones. Reinaba un olor a cuartel, se oían voces cascadas y bromas obscenas.

—Lléveme a la celda de Donge. ¿Duerme?

—No ha dormido ni un minuto. Ya lo comprobará usted mismo.

Las celdas individuales, con puertas dotadas de rejas, recordaban los compartimentos de las cuadras para caballos. En uno de esos compartimentos había un hombre sentado con la cabeza entre las manos. En la penumbra sólo se distinguía su silueta.

La llave giró en la cerradura. Los goznes chirriaron. El hombre se levantó, alto, grueso, desmadejado, como si despertara de un sueño. Le habían quitado la corbata y los cordones de los zapatos. Sus cabellos pelirrojos estaban despeinados.

—Oh, es usted, comisario —murmuró. Y se pasó la mano por la frente, como para cerciorarse de que era él quien estaba ahí, en esa celda.

—Parece que quiere hablar conmigo.

—Creo que será lo mejor —dijo. Y, con un candor infantil, preguntó—: ¿Se ha enfadado el juez? ¿Qué habría podido decirle yo? Estaba convencido de que yo era culpable. Llegó a mostrarle mis manos a su secretario afirmando que eran las manos de un estrangulador.

—Venga.

Maigret titubeó un instante. ¿Para qué esposarle ahora? Sin duda le habían colocado las esposas antes, para conducirlo a la prisión preventiva. Y todavía conservaba las marcas en las muñecas.

Recorrieron, el uno detrás del otro, extraños pasillos que se parecían muy poco a los subterráneos del Majestic. A través de los sótanos del inmenso Palacio de Justicia, llegaron a los locales de la Policía Judicial, donde aparecieron de repente en el corredor iluminado.

—Entre. ¿Ha comido algo?

El otro dijo que no. Maigret, que también tenía hambre y, sobre todo, sed, mandó a un agente que estaba de guardia a comprar cervezas y bocadillos.

—Siéntese, Donge. Gigi ha venido a París. A estas horas debe de estar con Charlotte. ¿Un cigarrillo?

El comisario no fumaba cigarrillos, pero siempre tenía en su cajón. Prosper lo encendió torpemente, como un hombre que en pocas horas ha perdido toda su entereza. Le incomodaban los zapatos, que le bailaban en los pies, la falta de corbata y el olor que, tras pasar una sola noche en la celda, desprendían sus ropas.

Maigret atizaba la estufa. En los demás despachos habían instalado calefacción central, pero a él le horrorizaba, y había conseguido conservar su vieja estufa de hierro, que llevaba allí veinte años.

—Siéntese. Nos traerán algo de comer.

El otro dudaba en hablar y, cuando finalmente se decidió, balbució con voz angustiada:

—¿Ha visto al pequeño?

—No.

—Yo le he visto un momento en el vestíbulo del hotel. Le juro, comisario, que es...

—¡Su hijo, lo sé!

—Ya verá. Su pelo es tan pelirrojo como el mío. Las manos, los huesos grandes, los ha heredado de mí. Cuando yo era pequeño se reían de mis huesos porque eran muy grandes.

Trajeron las cervezas y los bocadillos. Maigret comió de pie, yendo y viniendo por el despacho, mientras el cielo comenzaba a clarear sobre París.

—No puedo —suspiró Donge, devolviendo tímidamente su bocadillo a la bandeja—. No tengo hambre. Ahora, pase lo que pase, no me readmitirán en el Majestic ni en ninguna otra parte. —Le temblaba la voz. Esperaba ayuda, pero el comisario no se la ofrecía—. ¿Usted también cree que la he matado?

Como Maigret no contestaba, movió la cabeza, desanimado. Habría querido explicarlo todo a la vez, convencer a su interlocutor, pero no sabía por dónde empezar.

—Debe usted entender que no he conocido a muchas mujeres. En nuestro oficio, casi siempre en los sótanos... Algunas se carcajaban cuando me ponía sentimental. Nada más verme la cara, ¿verdad?... Por eso, cuando conocí a Mimi, en la Brasserie des Artistes... Eran tres, eso ya debe de saberlo... Así es la vida: si hubiera elegido a cualquiera de las otras dos... ¡Pero no! El caso es que me enamoré de ella. ¡Estaba locamente enamorado, señor comisario! ¡Enamorado hasta el punto de volverme idiota! ¡Habría hecho de mí lo que hubiera querido! Y yo imaginaba que un día accedería a casarse conmigo. Pues bien, ¿sabe usted lo que me dijo el juez anoche? No recuerdo las palabras exactas. Yo me sentía tan mal que... Bueno, dijo que a mí me interesaba sobre todo el dinero que ella me daba. Me tomó por un...

Maigret, para no incomodarle, contemplaba por la ventana el Sena, que iba tomando un pálido tono plateado.

—Ella se fue con aquel estadounidense. Yo confiaba en que, en cuanto regresaran a Estados Unidos, él la abandonaría y Mimi volvería conmigo. Un buen día nos enteramos de que se habían casado. Caí enfermo. Y Charlotte, como una buena amiga, me animaba. Le dije que ya no podía seguir viviendo en Cannes, que cada una de las calles me traía recuerdos. Busqué un trabajo en París, y Charlotte quiso venir conmigo. Y durante cierto tiempo, aunque no se lo crea, vivimos como hermanos.

—¿Sabía usted que Mimi tenía un hijo? —preguntó Maigret, vaciando su pipa en el cubo del carbón.

—Yo no sabía nada, salvo que ella vivía en algún lugar de Estados Unidos. Y cuando Charlotte creyó que ya me había curado... Con el tiempo, ¿sabe?, acabamos por formar una auténtica pareja. Una noche, un vecino irrumpió en nuestra casa, estaba excitadísimo porque su mujer iba a dar a luz mucho antes de lo previsto. Estaba asustado, pedía ayuda, y Charlotte fue a su casa. A la mañana siguiente me dijo: «¡Pobre Prosper! ¿Cómo te habrías sentido tú si...?». Entonces, no sé cómo, de confianza en confianza, me confesó que Mimi tenía un hijo. Mimi, en la carta en que se lo había comunicado a Gigi, le había explicado que había utilizado al niño para casarse, aunque seguramente fuera mío. Me fui a Cannes. Gigi me enseñó la carta, porque aún la conservaba, pero se negó a dármela, y creo que luego la quemó. Yo escribí a Estados Unidos. Le supliqué que me devolviera a mi hijo o que, al menos, me mandara una fotografía de él. No me contestó. Ni siquiera sabía si la había enviado a la dirección correcta. Y yo pensaba a cada instante: «Mi hijo estará haciendo esto, mi hijo estará haciendo aquello...».

Se calló; tenía un nudo en la garganta. Maigret fingía sacarle punta a un lápiz, y en la Policía Judicial empezaban a sonar portazos.

—¿Sabía Charlotte que usted había escrito a Mimi?

—No, porque escribí la carta en el hotel. Al cabo de tres años, un día, mientras hojeaba unas revistas extranjeras que los clientes habían dejado en las mesas, me sobresalté al ver una fotografía de Mimi con un niño de cinco años. Era un periódico de Detroit, en el estado de Michigan, y el titular decía algo así como: «La elegantísima esposa de Oswald J. Clark y su hijo regresan de un crucero por el Pacífico». Volví a escribirle.

—¿Qué le decía en la carta? —preguntó Maigret con indiferencia.

—No lo sé. Yo estaba enloquecido. Le suplicaba que me contestara. Le dije..., creo que le dije que iría allí, que haría pública la verdad o que, si no me entregaba a mi hijo, yo la...

—¿Usted la...?

—Juro que no lo habría hecho. Pero es posible que la amenazara con matarla. Cuando pienso que pasó ocho días unos pisos más arriba de la cafetería, con el niño, sin que yo sospechara nada...

»Hizo falta una casualidad para que... Usted ya ha visto el comedor de los altos empleados, ¿no? Para los que trabajamos en el sótano, los nombres

no existen. Sabemos que por las mañanas el de la ciento diecisiete toma chocolate, y el de la cuatrocientos cincuenta y dos, huevos con beicon. Conocemos a la doncella de la ciento veintitrés, y al chófer de la doscientos dieciséis.

»Todo ocurrió de la manera más idiota. Al entrar en el comedor de los altos empleados, oí a una mujer que, mientras hablaba en inglés con un chófer, pronunciaba el nombre de Mistress Clark. Como yo no sé inglés, le pedí al contable que la interrogara. Le pregunté si se trataba de Mistress Clark, de Detroit, y si iba acompañada de su hijo. Cuando supe que se alojaban en el Majestic intenté verlos, durante el día, en el vestíbulo o en el pasillo de su *suite*. Pero nosotros no podemos movernos por donde queremos, y no conseguí dar con ellos.

»Por otro lado... No sé si me entenderá usted. Verá: si Mimi me hubiera dicho que quería volver a vivir conmigo, yo no habría podido acceder. ¿Acaso ya no la quería? ¡Es posible! Lo seguro es que no me sentía con valor para abandonar a Charlotte, que había sido tan buena conmigo. O sea, que yo no quería cambiar la situación de Mimi, sino que ella hallara un modo de devolverme a mi hijo. Estaba seguro de que a Charlotte le habría encantado criarlo.

Maigret miró a Prosper Donge en ese instante y se sorprendió de la intensa emoción que lo embargaba. De no haber sabido que sólo había tomado una cerveza —¡y ni siquiera entera!—, habría jurado que estaba borracho. La sangre se le había subido a la cabeza. Los ojos, unos enormes ojos saltones, le brillaban. Ya no lloraba, pero jadeaba.

—¿Tiene usted hijos, señor comisario?

Ahora le tocó a Maigret desviar la mirada, porque el no tener hijos era lo que más apenaba a Madame Maigret. En cuanto a él, procuraba no hablar nunca del tema.

—El juez no ha parado de discursar. Según él, he hecho esto y lo otro por tal o cual razón. Pero no ocurrió así. Después de pasarme un día entero, en los momentos libres, merodeando por los interiores del hotel con la vana esperanza de ver a mi hijo... Ya no sabía lo que me hacía. Y luego el teléfono, el montaplatos, mis tres ayudantes, las cafeteras y las jarritas de leche que había que llenar... Me senté en un rincón.

—¿En la cafetería?

—Sí. Escribí una carta. Quería ver a Mimi, y como a las seis de la mañana yo estaba casi siempre solo en las cocinas, le supliqué que bajara a esa hora.

—¿No la amenazó?

—Es posible que al final de la carta..., sí, supongo que escribí que, si no acudía en tres días, yo haría lo necesario...

—¿Y qué entendía por «lo necesario»?

—No lo sé.

—¿La hubiera matado?

—No habría podido.

—¿Habría secuestrado al niño?

Sonrió débilmente, con una mueca que rozaba la idiotez.

—¿Cree usted que es posible hacer eso?

—Tal vez ella se lo había contado todo a su marido.

Los ojos de Donge se desorbitaron.

—¡No, se lo juro! Aunque creo... Sí, creo que, llegado a un extremo, podría haberla matado en un ataque de ira. Pero justo esa mañana se me reventó un neumático al llegar a la Avenue Foch. Entré en el Majestic casi un cuarto de hora tarde. Como no vi a Mimi, supuse que había venido y que, al no encontrarme, había vuelto a subir a su *suite*. Si hubiera sabido que su marido estaba de viaje, habría subido por la escalera de servicio. Pero ya le he dicho que nosotros, los que trabajamos en los sótanos, no sabemos nada de lo que ocurre encima de nuestras cabezas. Estaba preocupado, y esa mañana debieron de notarme extraño.

Maigret le interrumpió de un modo brusco.

—¿Qué le llevó a abrir el armario ochenta y nueve?

—Se lo explicaré en seguida. Por otra parte, lo del armario prueba que no miento, por lo menos para alguien del oficio, porque de haber sabido que estaba muerta no hubiera actuado de ese modo. Eran quizá las nueve menos cuarto cuando el camarero del segundo piso pasó el encargo de la doscientos tres. La ficha (puede usted comprobarlo, porque la dirección las conserva) decía: «Un chocolate completo, dos huevos con beicon y té».

—¿Y qué?

—¡Espere! Yo sabía que el chocolate era para el niño y los huevos con beicon para la doncella. Deduje que sólo había dos personas, porque otros días, a la misma hora, pedían siempre café y unas tostadas para Mimi. Por eso añadí a la bandeja café y tostadas. Mandé el montaplatos. Al cabo de unos instantes me devolvieron el café y las tostadas. Puede parecerle extraño que concedamos importancia a esos detalles, pero no olvide que, en los sótanos, es prácticamente todo lo que conocemos del mundo. Descolgué el teléfono y pregunté: «¿Oiga? ¿Mistress Clark no ha querido desayunar?». Me respondieron: «Mistress Clark no está en su *suite*». Créame si quiere, señor comisario, pues el juez no me creerá. Temí que hubiera ocurrido algo.

—¿En qué pensó en ese momento?

—¡Se lo diré! Pensé en el marido. Me dije que si la había seguido...

—¿A través de quién le mandó la carta?

—De un botones, y éste me dijo que se la había entregado en mano. Pero esos chicos mienten más que hablan; viven rodeados de personas extrañas... Por otro lado, y si el chico me había mentido, Clark pudo descubrir la carta y... Escuche. Yo no sé si me vieron, pero abrí casi todas las puertas de los sótanos. Abajo nadie se preocupa de lo que hacen los demás, y mis movimientos pudieron pasar desapercibidos. Entré en el vestuario...

—¿La puerta del armario ochenta y nueve estaba de verdad entreabierta?

—¡No! Abrí todos los armarios vacíos. ¿Me cree usted? ¿Me creerá alguien? No, ¿verdad? Por ese motivo no conté la verdad. Esperaba..., confiaba en que nadie sospecharía de mí. Sólo cuando vi que yo era el único al que usted no interrogaba... Jamás he sufrido tanto como ese día, mientras usted iba y venía por los sótanos sin dirigirme la palabra; más aún, ¡sin mirarme siquiera! Ya no sabía lo que me hacía. Me olvidé de la letra que tenía que ir a pagar, retrocedí, luego usted me alcanzó en el Bois y comprendí que iba a por mí. A la mañana siguiente, Charlotte me dijo al despertarme: «¿Por qué no me contaste que la habías matado?». Como ve, si la propia Charlotte...

Ya era de día, y Maigret no se había dado cuenta. Autobuses, taxis y camiones de reparto se precipitaban por el puente. París había empezado a bullir.

Tras un largo silencio, Prosper Donge murmuró con voz más alterada:

—¡El niño ni siquiera habla francés! Me he informado. ¿Irá usted a verle, señor comisario? —Y de repente exclamó, horrorizado—: ¡Oiga! No dejará usted que se vaya otra vez, ¿no?

—¿Sí? ¿Comisario Maigret?... El jefe quiere verle.

Maigret suspiró y salió de su despacho. Era la hora del informe. Pasó veinte minutos en el despacho del director de la Policía Judicial. Cuando regresó, Prosper Donge estaba sentado, echado hacia delante, inmóvil, con los brazos cruzados sobre la mesa y la cabeza apoyada en ellos.

El comisario, a su pesar, se inquietó. Pero, cuando tocó con el dedo el hombro del detenido, éste levantó lentamente la cabeza y mostró, sin falsas vergüenzas, su rostro marcado por la viruela, ahora lleno de lágrimas.

—El juez de instrucción le interrogará de nuevo en su despacho. Le aconsejo que le repita exactamente lo que me ha contado a mí.

Un inspector esperaba en la puerta.

—Discúlpeme si... —Maigret sacó las esposas del bolsillo y se oyó un doble chasquido—. Son las normas —dijo, dando un suspiro.

Al quedarse solo en el despacho, fue a abrir la ventana y respiró el aire húmedo. Pasaron diez minutos largos antes de que abriera la puerta de los inspectores.

Ahora parecía despejado y en forma, y exclamó, como solía:

—¿Qué tal, muchachos?

La carta de Charlotte

Los dos gendarmes que estaban sentados en el banco, con la espalda apoyada en la pared y los brazos cruzados sobre el pecho, estiraban al máximo sus piernas y pies calzados con botas, obstruyendo de ese modo la mitad del pasillo.

De la puerta que tenían al lado salía un murmullo monótono. A lo largo del pasillo había otras puertas y bancos, casi siempre ocupados por gendarmes, y a veces con un individuo esposado en medio de ellos.

Era mediodía. Maigret, con la pipa entre los dientes, esperaba ser recibido por el juez de instrucción Bonneau.

—¿Qué asunto? —preguntó a uno de los gendarmes señalando la puerta.

La respuesta fue tan lacónica y elocuente como la pregunta:

—Joyería de la Rue Saint-Martin.

Una joven recostada en un banco, sin dejar de contemplar, ansiosa, la puerta del despacho de otro juez, se sonaba la nariz, se tapaba los ojos, entrecruzaba los dedos y tiraba de ellos en un paroxismo nervioso.

La amenazadora voz del juez Bonneau se hizo más clara. Se abrió la puerta. De manera maquinal, Maigret se hundió la pipa, sin apagar, en el bolsillo. El muchacho que salía, y del que los gendarmes volvieron a hacerse cargo, mostraba la insolencia de un auténtico golfo. Se volvió para decir irónicamente al magistrado:

—Hasta la vista, y tanto gusto, señor juez.

Al ver a Maigret, frunció el ceño y después, como tranquilizado, guiñó el ojo al comisario. Éste le miraba con la imprecisión de quien recuerda algo vagamente pero no puede acabar de concretarlo.

Detrás de la puerta, que había quedado entornada, oyó cómo decían:

—Haga pasar al comisario... Gracias. Ya puede irse, Benoît. No le necesitaré en toda la mañana.

Maigret entró, aún con la mirada interrogante. ¿Qué le había sorprendido al ver salir al detenido del despacho?

—Buenos días, señor comisario. Qué, ¿muy cansado? Siéntese, por favor. Vaya, no veo la pipa, pero si quiere puede usted fumar. ¿Qué tal el viaje a Cannes?

Probablemente Monsieur Bonneau no fuera una mala persona, ¡pero se lo veía tan entusiasmado con sus hallazgos, obtenidos al margen de la policía! Por otra parte, se esforzaba por ocultarlo, pero no podía impedir que una llamita vivaracha bailoteara por sus pupilas.

—Qué gracioso que nos hayamos enterado de lo mismo, yo en París, sin abandonar mi despacho, y usted en la Costa Azul, ¿verdad?

—Sí, muy gracioso, en efecto. —Maigret sonreía como un invitado al que la anfitriona obliga a repetir del plato que detesta.

—En fin, ¿qué piensa del caso, señor comisario? Ese Prosper Donge... Tengo aquí su declaración. Parece que no ha hecho más que repetir lo que le ha contado a usted esta mañana. En fin, lo confiesa todo.

—Excepto los dos asesinatos —murmuró Maigret suavemente.

—Excepto los dos asesinatos, claro está. ¡Sería demasiado bonito! Confiesa que amenazaba a su antigua amante; confiesa que la citó a las seis de la mañana en el sótano del hotel, y la carta no debía de ser tranquilizadora, pues la pobre mujer corrió a comprar una pistola. Nos cuenta también esa fantasía de la rueda pinchada que le hizo retrasarse...

—Eso no es una fantasía.

—¿Cómo lo sabe usted? Bien pudo pinchársele la rueda al entrar en el hotel.

—No fue así. He hablado con el guardia que esa mañana lo interpelló con respecto a la rueda en la esquina de la Avenue Foch.

—Sólo es un detalle —se apresuró a replicar el juez Bonneau, que no quería ver derrumbarse su hermoso edificio—. Dígame, señor comisario, ¿está usted al corriente del pasado de Prosper Donge? —Esta vez la chispa se hizo más visible en los ojos de Monsieur Bonneau, quien no podía dejar de alisarse su barba con impaciencia—. Imagino que no le habrá dado a usted

tiempo de informarse. Yo he tenido la curiosidad de dirigirme al departamento de Archivos. Me han bajado su expediente y al leerlo he descubierto que nuestro hombre, de aspecto tan inocente, resulta que ha cometido ya otros delitos. Es un delincuente.

Maigret se sintió obligado a adoptar una actitud contrita.

—Es curioso —proseguía el magistrado—. Tenemos los Archivos encima de nuestras cabezas, en los desvanes del Palacio de Justicia, ¡y nos olvidamos con tanta frecuencia de utilizarlos! Mire. A los dieciséis años, Prosper Donge, que trabajaba de mozo lavaplatos en un café de Vitry-le-François, roba cincuenta francos de la caja, escapa y lo encuentran en un tren que se dirige a Lyon. Prometedor, ¿eh? Se libra del correccional por los pelos y lo mantienen bajo vigilancia especial durante dos años.

Extrañamente, Maigret, durante ese rato, se preguntaba: «¿Dónde diablos he visto esa...?». No se refería a Donge, sino al muchacho con el que se había cruzado al entrar.

—En Cannes, quince años después, lo condenan a tres meses de prisión por lesiones, resistencia e insultos a un agente de policía, aunque le conceden la libertad condicional. Y ahora, señor comisario, quizás haya llegado el momento de que le enseñe algo...

Mientras hablaba le tendió un pedazo de papel cuadriculado, de ése que venden en las tiendas de comestibles o se encuentra en las carpetas que los pequeños cafés tienen a disposición de los clientes que piden papel para escribir. El texto estaba escrito con tinta violeta, habían utilizado una pluma estilográfica que manchaba el papel con borrones, y la caligrafía correspondía a la de una mujer poco instruida.

Era el célebre anónimo que el magistrado había recibido y en el que le informaban acerca de los amores de Prosper y Mimi.

—Ahí tiene el sobre. Como verá, fue echado al buzón entre la medianoche y las seis de la mañana... El buzón de la Place Clichy, ¿entiende? Place Clichy. Ahora examine este cuaderno.

Un cuaderno escolar no muy limpio, con manchas de grasa. Contenía recetas de cocina, algunas recortadas de periódicos y pegadas, otras copiadas a mano. Esta vez, Maigret pestañeó, y el juez no pudo contener una sonrisa de triunfo.

—¿Diría usted que se trata de la misma caligrafía? Yo estoy seguro. Pues bien, comisario, este cuaderno ha sido requisado del aparador de una cocina que usted debe de conocer; está en Saint-Cloud, en casa de Prosper Donge, por decirlo todo, y estas recetas han sido copiadas por una tal Charlotte. — Estaba tan satisfecho que fingió disculparse—. Sé que la policía y nosotros, los jueces, no siempre coincidimos. Ustedes, los del Quai des Orfèvres, sienten hacia determinadas personas, hacia determinadas situaciones irregulares, una indulgencia que a la magistratura le es difícil compartir. Confiese, comisario, que no siempre somos nosotros los que nos equivocamos. Y si el tal Prosper fuera el buen hombre que aparenta, dígame por qué su propia amante, esa Charlotte que también juega a parecer una buena chica, me enviaría una carta anónima para aniquilarle.

—No lo sé.

Maigret parecía derrotado.

—¡Ya verá cómo esta investigación no va a durar mucho! He encerrado a Donge en la Santé. Cuando usted haya interrogado a la tal Charlotte... En cuanto al segundo asesinato, se explica fácilmente. El pobre portero de noche..., se llama Colleboeuf, ¿no?, debió de presenciar algo relacionado con el primer asesinato; en cualquier caso, sabía quién era el asesino de Mistress Clark. No pudo dormir en todo el día. Torturado sin duda por los escrúpulos de conciencia, acabó por regresar al Majestic para advertirle al asesino de que iba a denunciarle.

Timbrazo de teléfono.

—¿Sí?... Sí. Voy en seguida. —Se dirigió a Maigret—: Es mi mujer, que me recuerda que tenemos unos amigos invitados a almorzar en casa. Prosiga su investigación, comisario. Creo que ahora tiene datos suficientes para...

Maigret estaba a punto de salir cuando retrocedió, gesticulando como si por fin hubiera descubierto algo que llevaba tiempo buscando.

—A propósito de Fred, señor juez... Porque era Fred el Marsellés al que usted estaba interrogando cuando yo llegué, ¿no?

—Es la sexta vez que lo interrogo sin conseguir que confiese el nombre de sus cómplices.

—Hará unos veinte días vi a Fred en el local de Angelino, en la Place d'Italie...

El juez le miró, preguntándose qué importancia podía tener eso.

—Angelino, cuyo local no goza de muy buena fama, vive desde hace un año con la hermana de Harry el Tuerto.

El magistrado seguía sin comprender. Y Maigret, con modestia, encogiéndose cuanto se lo permitía su enorme silueta, concluyó:

—Harry el Tuerto ha sufrido tres condenas por robo con fractura, y cuando trabajaba de albañil era especialista en perforar paredes. — Finalmente, asiendo el pomo de la puerta, añadió—: Los ladrones de la Rue Saint-Martin, ¿no entraron en la bodega perforando dos paredes? Hasta la vista, señor juez.

Pese a todo, seguía de mal humor. Esa carta de Charlotte... Quien hubiera visto al comisario habría jurado que no sólo estaba enfadado, sino también triste.

Habría podido enviar allí a un inspector. Pero ¿podía un inspector olisquear como él la atmósfera de una casa?

Un gran edificio nuevo, lujoso, completamente blanco, con una puerta de hierro forjado, en la Avenue de Madrid, en los lindes del Bois de Boulogne. A la derecha del vestíbulo, la puerta acristalada de la portería, que era un auténtico salón. Tres o cuatro mujeres sentadas moviendo la cabeza. Una bandeja con tarjetas de visita. Otra mujer, con los ojos enrojecidos, entreabrió la puerta y preguntó:

—¿De qué se trata?

Por la puerta abierta de una segunda habitación se veía un cuerpo en una cama, con las manos juntas, un rosario entre los dedos, dos cirios cuyas llamas bailoteaban en la penumbra y una rama de boj en un cuenco con agua bendita.

Hablaban en voz baja. Se sonaban. Caminaban de puntillas. Maigret se santiguó, roció al muerto con agua bendita y permaneció un momento en silencio contemplando la nariz del difunto, que las velas iluminaban de un modo extraño.

—Es espantoso, señor comisario. ¡Un hombre tan bondadoso, que no tenía un solo enemigo!

Encima de la cama, en un marco ovalado, colgaba la fotografía ampliada de Justin Colleboeuf, en uniforme de brigada, de la época en que todavía lucía enormes mostachos. En el marco de la fotografía habían prendido una cruz de guerra con tres insignias, así como una medalla militar.

—Era militar de carrera, señor comisario. Cuando le llegó la edad del retiro, no sabía qué hacer con tanto tiempo libre y se puso a buscar trabajo con afán. Por un tiempo, entró de vigilante en un club del Boulevard Haussmann. Después le ofrecieron el puesto de portero de noche en el Majestic y aceptó. Debo decirle que era un hombre que apenas necesitaba dormir. En el cuartel, casi todas las noches se levantaba para hacer la ronda.

Las vecinas, o tal vez familiares del difunto, movían la cabeza, compungidas.

—¿Qué hacía durante el día? —preguntó Maigret.

—Regresaba a las siete y cuarto de la mañana, justo a tiempo para sacar los cubos de la basura, porque no me dejaba hacer los trabajos pesados. Se fumaba una pipa en el portal mientras esperaba al cartero, con el que charlaba un momento. Hay que decir que el cartero sirvió en el regimiento de mi marido. Después se acostaba hasta el mediodía; eso le bastaba. Cuando había almorzado, se iba a pie por el Bois hasta los Campos Elíseos. A veces entraba en el Majestic para saludar a su colega de día. Luego iba a jugar una partida de cartas a un pequeño bar de la Rue de Ponthieu y a las seis ya estaba de vuelta; a las siete salía otra vez para trabajar en el hotel. Era tan regular que los vecinos ajustaban la hora de sus relojes al verlo pasar.

—¿Hace mucho que no llevaba bigote?

—Se lo afeitó al abandonar el ejército. ¡Me causó un efecto tan extraño! Había quedado como encogido, tanto que parecía más pequeño.

Maigret se inclinó de nuevo ante el difunto y se alejó de puntillas.

No estaba muy lejos de Saint-Cloud. Sentía gran impaciencia por dirigirse allí y, al mismo tiempo, sin una razón muy clara, se resistía a ese deseo. Pasó un taxi. Estiró el brazo. ¡Daba igual!

—A Saint-Cloud. Ya le indicaré.

Lloviznaba. El cielo estaba gris. Aunque sólo eran las tres de la tarde, parecía haber llegado el crepúsculo. Las casitas, en medio de jardines sin flores ni hojas, tenían un aspecto desolado.

Llamó al timbre. No acudió a abrir Charlotte, sino Gigi, mientras la amiga de Donge se asomaba por la puerta de la cocina para ver quién era el visitante. Sin decir palabra, sin abandonar su pose despectiva, Gigi se retiró a un rincón. Sólo hacía dos días que Maigret había estado ahí y, sin embargo, notó que la casa había cambiado. Tal vez Gigi hubiera aportado ya un poco de su desorden. En la mesa de la cocina estaban los restos del almuerzo.

Gigi se había puesto sobre el camisón una bata de Charlotte que le quedaba demasiado ancha, y en los pies desnudos llevaba unas zapatillas de Prosper. Fumaba un cigarrillo y el humo la obligaba a entornar los ojos.

Charlotte, que se había quedado de pie, no sabía qué decir. No se había arreglado. Tenía el rostro alterado y el pecho, sin sujetador, se veía caído.

¿Quién sería el primero en hablar? Los tres se miraban, ansiosos y suspicaces, y Maigret, por hacer algo, se sentó con el sombrero hongo sobre las rodillas.

—Esta mañana he mantenido una larga conversación con Prosper — murmuró finalmente.

—¿Qué dice él? —preguntó de inmediato Charlotte.

—Que no ha matado a Mimi ni al portero de noche.

—¿Lo ves? —exclamó Gigi con tono de triunfo—. ¿Qué te decía yo?

Charlotte no sabía qué decir. Se la veía a la deriva. No había nacido para los dramas y parecía buscar siempre algo a que agarrarse.

—También he hablado con el juez de instrucción. Ha recibido un anónimo hablando de Prosper y de Mimi.

Ni la menor reacción. Charlotte seguía mirándole con curiosidad, con los párpados caídos de cansancio y el cuerpo abandonado.

—¿Un anónimo?

Él le mostró el cuaderno de recetas, pues se lo había llevado consigo.

—Usted escribió en este cuaderno, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Sería tan amable de traer una pluma estilográfica? Si puede ser, una pluma vieja, que raspe. Y tinta, papel...

Había un tintero y una pluma encima del aparador. Gigi miraba alternativamente a Maigret y a su compañera, como dispuesta a intervenir en el momento en que husmeara algún peligro.

—Póngase cómoda. Escriba.

—¿Qué tengo que escribir?

—¡No escribas nada, Charlotte! Con esta gente nunca se sabe.

—Escriba. No corre ningún peligro, le doy mi palabra. «Señor juez, me tomo la libertad de escribirle con respecto al caso Donge, del que me he enterado a través de la prensa...». ¿Por qué ha escrito «libertaz», con zeta?

—No sé. ¿Qué hay que poner?

En el anónimo que tenía en la mano aparecía una «t».

«La americana no es una auténtica americana, sino que era bailarina y se llamaba Mimi». Maigret se encogió de hombros con impaciencia.

—Basta —dijo—. Ahora mire esto.

Era exactamente la misma letra. Sólo cambiaban las faltas de ortografía.

—¿Quién lo ha escrito? —preguntó Charlotte.

—Eso precisamente me gustaría saber.

—¿Cree que lo he escrito yo?

La rabia la hacía enmudecer, y el comisario se apresuró a calmarla.

—Yo no creo nada. He venido para preguntarle quién, aparte de usted y de Gigi, estaba al corriente de los asuntos sentimentales de Prosper y Mimi, y sobre todo de la historia del niño.

—¿Se te ocurre a ti, Gigi?

Pensaron largo rato, de manera perezosa. Vivían como a cámara lenta, en esa casa desordenada que adoptaba de repente un aspecto sórdido. A veces a Gigi se le estremecían las aletas de la nariz, y Maigret comprendió que no tardaría mucho en precipitarse a algún lugar equívoco en busca de un poco de droga.

—Nadie. A excepción de nosotros tres.

—¿Quién recibió, tiempo atrás, la carta de Mimi?

—Yo —dijo Gigi—. Y, antes de irme de Cannes, la encontré en una caja en la que guardo mis recuerdos. La he traído.

—Démela.

—A condición de que me jure...

—¡Claro que sí, tonta! ¿No se da cuenta de que intento sacar a Prosper del atolladero? —replicó Maigret.

Estaba serio y malhumorado. Adivinaba confusamente que detrás de este caso se ocultaban extrañas complicaciones, pero no poseía el menor indicio que pudiera servirle de punto de partida.

—¿Me la devolverá?

Se encogió de nuevo de hombros y leyó:

Mi querida Gigi,

¡Uf! ¡Ya está! ¡Me ha llevado tiempo, pero ya está! Charlotte y tú os reíais cuando os decía que conseguiría convertirme en una auténtica señora.

Pues bien, hija mía, lo he logrado. Ayer nos casamos Oswald y yo, y fue incluso una boda divertida, porque él quiso que se celebrara en Inglaterra, donde nada es como en casa. En realidad, es todo tan distinto que hay momentos en que me pregunto si estoy realmente casada.

Cuéntaselo a Charlotte. Dentro de tres o cuatro días, nos embarcamos para Estados Unidos. Como hay huelgas, no sabemos el día exacto de la salida.

En cuanto al pobre Prosper, creo que es mejor que no le digas nada. Es un buen chico, pero un poco bobalición. Todavía me pregunto cómo he podido vivir con él casi un año. Debía de ser mi año bondadoso...

Sin embargo, sin saberlo, me ha prestado un gran servicio. No lo comentes con nadie, salvo con Charlotte, que es una sentimental.

Hace algún tiempo, descubrí que estaba embarazada. Imagínate cómo me sentí en un primer momento. Antes de confesárselo a Oswald, corrí a ver a un médico. Echamos cuentas y... En fin, estamos seguros de que el niño no puede ser de Oswald. O sea, que el pobre Prosper es... ¡Que no se entere jamás! ¡Sería capaz de entrarle la vena paterna!

Explicártelo todo sería demasiado largo. El médico fue muy amable. Mintiendo un poco en el momento del nacimiento (fingiremos un parto prematuro), conseguiremos definitivamente que Oswald crea que es el padre.

Y Oswald se ha tomado la noticia muy bien.

Al contrario de lo que podría pensarse viéndolo por primera vez, no es nada frío. Cuando estamos solos, se divierte como un niño, y el otro día, en París, nos recorrimos todos los merenderos y subimos al tiovivo.

En fin, me he convertido en la esposa de Oswald J. Clark, de Detroit (Michigan), y ahora sólo hablo inglés, porque, como recordarás, Oswald no sabe ni una palabra de francés.

A veces pienso en vosotras dos. Y Charlotte, ¿sigue teniendo tanto miedo a engordar? ¿Continúa haciendo punto en sus ratos libres? ¡Verás como acabará detrás del mostrador de una mercería de provincias!

En cuanto a ti, mi querida Gigi, no creo que te aburgueses jamás. Como decía cómicamente aquel cliente de las polainas blancas (¿te acuerdas?, aquél que se bebió una botella de *champagne* de un trago), ¡llevas el vicio en la piel!

Saluda a La Croisette de mi parte y vigila que no se te escape la risa cuando veas a Prosper y pienses que será papá sin saberlo.

Te mandaré postales.

Besitos,

Mimi.

—¿Me permite que me lleve esta carta?

Intervino Charlotte.

—Déjasela, Gigi. En la situación en que estamos... —Después, mientras despedía al comisario, le pidió—: Dígame, ¿cree que yo podría conseguir una autorización para ir a verle? Tiene derecho a encargarse de sus comidas fuera, ¿verdad? Permítame... —Y, sonrojándose, entregó al comisario un billete de mil francos—. Si Prosper pudiera recibir también algunos libros... ¡sobre todo, ése que leía sin parar durante su tiempo libre!

La lluvia. El taxi. Las farolas se encendían. De nuevo, el bosque que Maigret había cruzado en bicicleta, pedaleando en compañía de Donge.

—Déjeme en el Majestic, por favor.

El portero, algo preocupado, se acercó, solícito, cuando Maigret cruzó el vestíbulo sin dirigirle la palabra y, en el guardarropa, le ayudó a quitarse el abrigo y el sombrero. A través de la cortina entreabierta, el director también le vio. Todos conocían a Maigret. Todos le seguían con la mirada.

¿Al bar? ¿Por qué no? Tenía sed. Pero una música lejana lo atrajo. En algún lugar de los sótanos, una orquesta desgranaba perezosamente un tango. Se metió por una escalera cubierta con una mullida alfombra y entró en un ambiente de luz azulada. Los clientes comían pastelillos en unas mesitas. Otros bailaban. El *maître* se acercó al comisario.

—Tráigame una cerveza.

—Pero...

Maigret lo miró de tal manera que el otro obedeció y garrapateó algo en una papeleta. Una papeleta como las que... Maigret siguió con la mirada las peregrinaciones de ésta: en un tabique, al fondo de la sala de baile, a la derecha de la orquesta, había una especie de trampilla.

Muy próximos a ese tabique estaban las jaulas acristaladas, la cafetería, las cocinas, los fregaderos, el comedor del servicio y, al final, muy al final, cerca del reloj de control de entradas, el vestuario con sus casi cien armarios metálicos.

Sentía que alguien lo miraba, y descubrió a Zebio, que bailaba con una mujer de mediana edad cubierta de joyas. ¿Se trataba de una ilusión? A Maigret le pareció que la mirada de Zebio le señalaba algo. Buscó y se quedó

un tanto impresionado al descubrir a Oswald J. Clark bailando en compañía de la institutriz de su hijo, Ellen Darroman.

Ambos parecían indiferentes a cuanto les rodeaba. Vivían, del todo extasiados, un joven amor. Serios, sin apenas sonreír, se creían solos en la pista, solos en el mundo, y cuando la música cesó permanecieron un instante inmóviles antes de dirigirse a su mesa.

Maigret observó entonces que Clark llevaba en la solapa de su chaqueta una fina cinta de tela negra: era su manera de llevar luto.

La mano del comisario arrugaba en su bolsillo la carta que Mimi le había escrito a Gigi. Sentía terribles deseos de...

Pero el juez de instrucción le había prohibido ocuparse de Clark, demasiado *gentleman* sin duda para ser molestado por un policía.

El tango dio paso a un «lento». Una espumosa cerveza recorría, en sentido inverso, el trayecto que la papeleta del *maître* había hecho un momento antes. La pareja bailaba de nuevo.

Maigret se levantó, salió, olvidándose de pagar su consumición, y regresó al vestíbulo a grandes zancadas.

—¿Hay alguien en la doscientos tres? —preguntó al portero.

—Creo que la doncella y el niño están arriba. Pero... Bueno, si me permite que llame por teléfono...

—No lo haga, por favor.

—Tiene el ascensor a su izquierda, señor comisario.

¡Demasiado tarde! Maigret había enfilado ya la escalera de mármol y subía lentamente, gruñendo.

La tarde de los «¿Qué dice?».

No fue más que una idea pasajera que Maigret no tardó en olvidar. Había alcanzado el segundo piso del Majestic y se detuvo un instante para recuperar el aliento. En la escalera se había cruzado con un *maitre* que llevaba una bandeja y con un botones que corría con un fajo de periódicos extranjeros en la mano.

Ahora, frente a él, unas mujeres muy elegantes entraban en el ascensor y, sin duda, se dirigían abajo a tomar el té en la sala de baile. Despedían un penetrante olor a perfume.

«Todos están en el lugar que les corresponde», se dijo, «unos entre bastidores, otros en los salones y en el vestíbulo. Los clientes a un lado, el personal al otro». No, no quería decir eso exactamente. ¡Veamos! Cada cual, a su alrededor, estaba en el lugar que le correspondía, cada cual hacía lo que debía. Es normal, por ejemplo, que una rica extranjera tome el té, fume cigarrillos y acuda a la modista. Es natural que un camarero lleve bandejas, que una doncella haga las camas o que un ascensorista manipule el ascensor. En suma, la situación de cada persona, fuera cual fuese, estaba clara y era aceptada de una vez por todas.

No obstante, si alguien hubiera preguntado a Maigret qué hacía él allí, ¿qué habría contestado? «Intento meter a un hombre en la cárcel, casi que le corten el cuello». No le ocurría nada: tal vez un titubeo, ocasionado a buen seguro por el escenario demasiado lujoso en que se movía —de un lujo agresivo—, por la atmósfera de la sala de baile que acababa de abandonar.

209, 207, 205, 203... Maigret dudó un instante y llamó. Al acercarse a la puerta, oyó la voz de un niño que pronunciaba unas palabras en inglés, y después la voz más lejana de una mujer que, según le pareció al comisario, le invitaba a entrar.

Atravesó rápidamente un pequeño vestíbulo y se encontró en un salón cuyas tres ventanas daban a los Campos Elíseos. Cerca de una de esas ventanas, una mujer de cierta edad, vestida con una bata blanca, como las de las enfermeras, se entregaba a una labor de costura. Era la doncella, Gertrud Borms, a quien las gafas daban un aspecto aún más severo.

Pero el comisario no se interesó por ella. Miraba a un niño de unos seis años que llevaba pantalones de golf y el menudo torso ceñido por un jersey. El niño estaba sentado en la alfombra, con los juguetes esparcidos a su alrededor, entre ellos un gran barco y coches que imitaban de modo escrupuloso modelos de distintas marcas. Sobre las rodillas tenía un libro ilustrado que hojeaba cuando llegó Maigret; después de conceder sólo una mirada al visitante, inclinó de nuevo la cabeza sobre el libro.

Cuando el comisario le contó la escena a Madame Maigret, lo hizo aproximadamente en los siguientes términos:

«La mujer me dijo algo así como: *You we you we we well*. Y yo, para ganar tiempo, repliqué al instante: “Supongo que ésta es la *suite* de Mister Oswald J. Clark, ¿no?”. Pero ella, insistente, repitió: *You we you we we well*, o algo parecido. Entretanto, yo aprovechaba para observar al chiquillo: la cabeza, muy grande para su edad, cubierta, como me habían informado, por un cabello de un color rojo encendido; los mismos ojos de Prosper Donge, del color de la hierba doncella o de algunos crepúsculos de verano; el cuello, flaco. El niño empezó a hablar, también en inglés, con su doncella, mientras me miraba, y lo que decía me sonó casi igual que lo de antes: *You we we you we we well*.

»Evidentemente, los dos se preguntaban qué quería yo y por qué seguía ahí, plantado en el centro del salón. ¿Acaso yo lo sabía? En un gran jarrón chino había unas flores que valían varios centenares de francos... La doncella acabó por levantarse. Dejó su labor en el sillón, descolgó un teléfono y habló. “¿No comprendes el francés, pequeño?”, le pregunté al niño. Él se limitó a lanzarme una mirada suspicaz. Instantes después, un empleado con levita entraba en la *suite*. La doncella habló con él, y luego el hombre se dirigió a

mí: “Pregunta qué desea”. “Quisiera ver a Mister Clark”, contesté. “No está aquí. Dice que tal vez lo encuentre usted abajo”. “Muchas gracias”».

¡Ya estaba! ¡Eso era todo! Maigret había querido ver a Teddy Clark y lo había visto. Bajó pensando en Prosper Donge, que estaba encerrado en una celda de la Santé. Sin darse cuenta, llegó a la sala de baile y, como todavía no se habían llevado su cerveza, se sentó en el asiento que había ocupado antes.

Se hallaba en un estado que conocía muy bien. Era algo así como un amodorramiento: se percataba de lo que ocurría a su alrededor, pero no le daba importancia, no intentaba situar cosas y personas en el tiempo o en el espacio.

En ese estado vio que un empleado se acercaba a Ellen Darroman y le decía algo. Ella se levantó y se dirigió a una cabina telefónica en la que sólo permaneció unos instantes.

Cuando salió, la mujer buscó a Maigret con la mirada. Después volvió junto a Oswald Clark, con quien habló a media voz, sin dejar de observar al comisario.

En ese momento, el comisario Maigret tuvo la clarísima sensación de que iba a producirse algo desagradable. Era consciente de que lo mejor que podía hacer era desaparecer, y, sin embargo, se quedó.

Le habría resultado difícil explicar por qué se quedaba. No era por escrúpulos profesionales. No tenía necesidad alguna de demorarse en la sala de baile, en la que estaba fuera de lugar.

¡Precisamente! No podía explicárselo a sí mismo. ¿Acaso el juez de instrucción no había detenido a Prosper Donge sin consultarle? ¿No le había prohibido, por otra parte, ocuparse del estadounidense? Eso equivalía a decir: «Ese hombre no es de su medio. Usted no puede entenderle. Déjemelo a mí».

Y Maigret, plebeyo hasta los huesos, hasta la médula, se sentía hostil a todo cuanto ahora le rodeaba.

¡Daba igual! ¡Se quedó! Vio a Clark, quien a su vez lo buscó con la mirada, frunció el ceño, rogó sin duda a su compañera que no se moviera de donde estaba y se levantó. Acababa de comenzar una pieza de baile. Una

iluminación rosada sucedió a la azul. El estadounidense se deslizó entre las parejas y se acercó al comisario, parándose delante de él.

Para Maigret, que no entendía una palabra de inglés, el discurso de Clark le sonó también a: *Well you well we we well*. Pero esta vez el tono era agresivo, y se notaba que a Clark le costaba contener su ira.

—¿Qué dice? —preguntó el comisario.

El otro se enfureció.

Esa noche, Madame Maigret le dijo moviendo la cabeza: «Confiesa que lo hiciste adrede. Conozco tan bien esa expresión... Sacarías a un ángel de sus casillas».

No lo confesó, pero sus pícaros ojos le brillaban. ¿Qué había hecho, a fin de cuentas? Se había quedado de pie delante del estadounidense, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, mirando la cara de su interlocutor como si le pareciera un espectáculo curioso.

¿Era culpa suya? Seguía pensando en Donge, quien, a diferencia de Clark, estaba en la cárcel y no bailaba con la preciosa Miss Darroman. Ésta, intuyendo sin duda el drama, se acercó. Antes de que llegara hasta ellos, Oswald Clark, furioso, asestó a Maigret un puñetazo en la cara con ese gesto seco, como automático, que se ve en las películas norteamericanas.

Dos mujeres que tomaban el té en la mesa contigua se levantaron gritando. Algunas parejas dejaron de bailar.

Clark parecía contento. Después del puñetazo, debía de pensar que la situación se había aclarado y que ya no había nada que añadir.

Maigret, por su parte, ni siquiera se llevó la mano a la barbilla. Había oído el impacto del puño contra la mandíbula, pero el rostro del comisario seguía tan impasible como si le hubieran propinado un simple papirotazo.

En realidad, si bien no había buscado nada concreto, estaba muy satisfecho de lo que el azar le ofrecía, y sonreía de modo involuntario al pensar en la cara que pondría el juez de instrucción.

—¡Señores! ¡Señores!

Creyendo que se arrojaría sobre su adversario y la pelea continuaría, el *maître* se interpuso entre los dos. Ellen, por un lado, y un bailarín, por el otro,

intentaban inmovilizar a Clark, que hablaba sin parar.

—¿Qué dice? —preguntó Maigret con toda tranquilidad.

—¡No importa! Señores, les pido que tengan la amabilidad de...

Y Clark no paraba de hablar.

—¿Qué dice?

Entonces, ante la sorpresa general, Maigret empezó a jugar indolentemente con un objeto brillante que se había sacado del bolsillo. Las bellas damas miraban con estupor las famosas esposas de las que habían oído hablar, pero que nunca habían contemplado tan de cerca.

—¿Quiere traducírselo, *maître*? Dígale a este caballero que me veo obligado a detenerle por agresión a un funcionario público en el ejercicio de sus funciones. Añada que, si no está dispuesto a seguirme por su propia voluntad, no me quedará más remedio que esposarle.

Clark, sin inmutarse, se calló y apartó a Ellen, que pretendía seguirle y que le sujetaba un brazo; sin reclamar su sombrero ni su abrigo, caminó detrás del comisario. Cuando los dos cruzaron el vestíbulo, seguidos por algunos curiosos, el director del hotel, que los vio desde su despacho, alzó los brazos al cielo con desesperación.

—Taxi. Al Palacio de Justicia.

Había caído la noche. Subieron las escaleras, recorrieron los pasillos y se detuvieron ante la puerta del despacho del juez Bonneau. Maigret adoptó entonces la actitud humilde y contrita que Madame Maigret conocía tan bien y que tenía el don de exasperarla.

—Estoy desolado, señor juez. Me he visto obligado, con gran pesar por mi parte, a detener a Mister Clark, aquí presente.

El magistrado no podía adivinar la verdad. Supuso que Maigret sospechaba que el estadounidense era el asesino de su esposa y del portero de noche.

—¡Dígame! ¿En virtud de qué orden se ha permitido...?

Clark fue quien contestó, y Maigret seguía oyendo su discurso como una sucesión de onomatopeyas.

—¿Qué dice?

¡Pobre juez! Fruncía el ceño y arrugaba la frente, porque sus conocimientos de inglés eran escasos y le costaba seguir a su interlocutor.

Replicó algo a su vez, y ordenó a su secretario que fuera a buscar a otro funcionario que hacía con frecuencia de intérprete.

—¿Qué dice? —murmuraba Maigret de vez en cuando.

Y Clark, al que esas palabras ponían furioso, repetía imitando al comisario y apretando los puños:

—¿Qué dice? ¿Qué dice?

Y, acto seguido, echaba una nueva parrafada en su idioma.

El intérprete entró en la habitación. Era un hombrecillo tímido y calvo, de una humildad conmovedora.

—Dice que es ciudadano estadounidense y que no tolerará que unos policías...

¡A juzgar por el tono, cabía suponer que Mister Clark sentía un profundo desprecio por los miembros de la policía!

—... que unos policías lo sigan constantemente. Insinúa que ha tenido a un inspector pegado a sus talones...

—¿Es así, señor comisario?

—Probablemente tenga razón, señor juez.

—Afirma que otro policía ha seguido a Miss Ellen Darroman.

—Pues sí, es muy posible.

—Y que usted irrumpió, mientras él se hallaba ausente, en su *suite*.

—Llamé cortésmente a la puerta y pregunté, con la mayor educación del mundo, a la respetable persona que allí se hallaba si podía ver a Mister Clark. Después bajé a la sala de baile para tomar una cerveza. Y entonces el caballero aquí presente consideró oportuno propinarme un puñetazo en la mandíbula.

El juez Bonneau estaba consternado. ¡Como si el caso no fuera de por sí bastante complicado! Hasta ese momento habían conseguido evitar a la prensa, pero, después de la riña en la sala de baile, los periodistas asaltarían el Palacio de Justicia y la Policía Judicial.

—Comisario, no entiendo que un hombre como usted, con veinticinco años de experiencia...

Estuvo a punto de indignarse al ver que Maigret, en lugar de atenderle, jugaba con un pedazo de papel que se había sacado del bolsillo. Era una carta, escrita en un papel azulado.

—No cabe duda de que Mister Clark se ha excedido. Pero no es menos cierto que usted, por su parte, no ha mostrado el tacto que cabía esperar en circunstancias que...

Un chasquido. Maigret se vio obligado a girar la cabeza para no dejar traslucir su alegría. En efecto, el pedazo de papel había acabado por hipnotizar a Oswald Clark, y éste por fin se acercaba y tendía la mano.

—*Please.*

Maigret, haciéndose el sorprendido, le entregó la carta. El juez, que cada vez entendía menos la situación, sospechaba, no sin razón, alguna maniobra del comisario.

Mister Clark acabó por acercarse al intérprete; le mostró la carta y le habló muy rápido.

—¿Qué dice?

—Afirma que reconoce la escritura de su mujer y pregunta por qué posee usted una carta de ella.

—¿De qué se trata, Monsieur Maigret? —preguntó Monsieur Bonneau en tono severo.

—Discúlpeme, señor juez. Es un documento que acaban de entregarme. Quería comunicárselo y adjuntarlo al expediente. Lamento que Mister Clark se haya apoderado de él antes de que...

Mister Clark seguía hablando, dirigiéndose al intérprete.

—¿Qué dice? —exclamó el juez, contagiado.

—Me pide que le traduzca la carta. Además, advierte que, si se ha hurgado entre las pertenencias de su mujer, se quejará ante la embajada y...

—Traduzca.

Entonces Maigret, con los nervios en tensión, procedió a llenar una pipa y se acercó a la ventana, detrás de la cual las farolas de gas parecían estrellas rodeadas de un halo de humedad.

El pobre intérprete, con la calva cabeza empapada en sudor, empezó a traducir, palabra por palabra, la carta de Mimi a su amiga Gigi; estaba tan asustado que a cada instante se preguntaba si tendría el valor de proseguir. El magistrado se había acercado para leer por encima de su hombro, pero Mister Clark, más tajante que nunca, lo alejó con un gesto, murmurando:

—*Please.*

Diríase que custodiaba algo que le pertenecía, y trataba de evitar que le arrebataran la carta, que intentaran destruirla o que se saltaran frases en la traducción. Señalaba las palabras con el dedo, y exigía su significado exacto.

Monsieur Bonneau, como último recurso, se acercó al comisario, que fumaba con aparente indiferencia.

—¿Lo ha hecho adrede, comisario?

—¿Cómo podía yo prever que Mister Clark me daría un puñetazo en la cara?

—¡Esta carta lo explica todo!

—¡Y con un cinismo absoluto!

¡Vaya! El juez, actuando por su cuenta, había encarcelado a Prosper Donge sin tener la certeza de que fuera culpable. Y estaba dispuesto a hacer lo mismo con Charlotte, con Gigi o con cualquiera de los que estaban de ese lado.

El intérprete y Mister Clark seguían de pie, ambos inclinados sobre la mesa, donde la pantalla verde sólo dibujaba un círculo de luz.

Al fin, Clark se incorporó. Golpeó el escritorio con el puño murmurando algo parecido a:

—*Damned!*

Después se comportó de manera muy distinta a lo que habría cabido prever. No se movió ni miró a nadie. Las facciones se le endurecieron y la mirada se inmovilizó. Tras permanecer largo rato quieto —rato durante el cual el pobre intérprete pareció a punto de pedirle excusas—, se volvió, descubrió una silla en un rincón y fue a sentarse con tranquilidad y sencillez, con una simplicidad que tenía algo de trágico.

Maigret, que le observaba de lejos, vio que unas perlas de sudor le brotaban de la piel encima del labio superior.

En ese instante Mister Clark se parecía vagamente a un boxeador que acaba de recibir el golpe definitivo, pero que sigue en pie por la fuerza de la inercia y que de modo instintivo busca un apoyo antes de desplomarse.

Un silencio absoluto reinó en el despacho del juez, y se oyó el teclear de una máquina de escribir en un despacho contiguo.

Clark no se movía. Sentado en su rincón, con los codos en las rodillas y la barbilla en las manos, se miraba fijamente los pies, calzados con zapatos de

punta cuadrada.

Al cabo de un rato, se le oyó mascullar:

—*Well! Well!*

Y Maigret, en voz muy baja, interrogó al intérprete:

—¿Qué dice?

—«Bien. Bien». El juez, para disimular, fingía examinar unos papeles. El humo de la pipa de Maigret subía lentamente y tendía a desplazarse hacia el foco luminoso de la lámpara.

—*Well...* —repitió Mister Clark.

La palabra parecía venir de muy lejos. Dios sabe adónde lo llevaban sus pensamientos. Al fin se movió. Los demás se preguntaron qué se disponía a hacer. Sacó de su bolsillo una pitillera de oro macizo, la abrió, tomó de ella un cigarrillo, y la pitillera se cerró con un seco chasquido. Después, vuelto hacia el intérprete, pidió:

—*Please.*

Quería un fósforo. El intérprete no fumaba. El comisario le ofreció una caja y Clark, al aceptarla, alzó los ojos hacia él y le dirigió una larga mirada que expresaba muchas cosas.

Cuando se incorporó, debía de sentirse vacío, pues su silueta parecía flotar. Pero estaba tranquilo. Sus facciones habían recuperado la serenidad. Comenzó por hacer una pregunta. El juez miró a Maigret como para esperar la respuesta.

—Pregunta si puede conservar esta carta.

—Preferiría que antes la fotografiaran. Puede hacerse en pocos minutos; basta con llevarla arriba, a Identidad Judicial.

Traducción. Mister Clark, que dio su consentimiento, se inclinó y alargó el papel al secretario y éste se lo llevó. Después siguió hablando. Era crispante no entender nada. El discurso más corto parecía interminable, y el comisario tenía permanentes deseos de preguntar: «¿Qué dice?».

—En primer lugar, dice que tiene que consultar con su *solicitor*, porque no había previsto este reciente descubrimiento que lo cambia todo.

¿Por qué se emocionó Maigret en ese instante? Aquel muchachote fornido que, sólo tres días antes, subía a un tiovivo en compañía de Ellen, y que hacía un rato bailaba el tango envuelto en una luz azulada, acababa de

recibir un golpe mucho más directo que el que había propinado al comisario. Pues bien: al igual que éste, apenas se había inmutado. Una palabrota, un puñetazo en la mesa, unos minutos de silencio...

«*Well! Well!*». ¡Lástima que no pudieran hablarse! Maigret habría conversado gustosamente con él.

—¿Qué dice?

—Que, a partir de este momento, ofrece una prima de mil dólares al policía que descubra al asesino.

Mientras lo traducían, Clark miraba a Maigret con el aspecto de decir: «Ya ve que soy un buen jugador».

—Contéstele que, si ganamos esos mil dólares, los donaremos al orfanato de la policía.

Era curioso. Ahora cabía pensar que estaban rivalizando en cortesías. Clark escuchó la traducción e inclinó la cabeza.

—*Well.*

Y habló de nuevo, esta vez casi en el tono de un hombre de negocios.

—Supone, aunque no quiere hacer nada antes de hablar con su *solicitor*, que una entrevista entre él y ese hombre..., en fin, Prosper Donge, puede ser de mucha utilidad. Pregunta si podrá conseguir la autorización y si...

Le correspondió entonces al juez de instrucción inclinarse con expresión compungida. Parecía que todo fuera a acabar en mutuas felicitaciones.

—Usted primero.

—Por favor.

—¡Faltaría más!

A continuación, Oswald Clark formuló unas preguntas volviéndose frecuentemente hacia Maigret.

—Pregunta, señor comisario, qué ocurrirá con el asunto del puñetazo y si tendrá consecuencias. Ignora la repercusión que ese acto pueda tener en Francia. En su país...

—Pues dígame que no sé de qué me está hablando.

El juez contemplaba la puerta con preocupación. ¡Todo era demasiado bonito! Temía que algún nuevo incidente pudiera destruir esa preciosa armonía. Ojalá los de Identidad Judicial devolvieran rápidamente la carta y...

Silencio. Esperaban. Ya nada tenían que decirse. Mister Clark, después de pedir con un gesto los fósforos de Maigret, encendió otro cigarrillo.

Al fin, el secretario regresó con el terrible pedazo de papel azul.

—Ya está, señor juez. ¿Puedo...?

—Sí, entréguele la carta a Mister Clark —contestó el juez.

Clark la guardó cuidadosamente en su cartera, y se metió ésta en el bolsillo trasero del pantalón; olvidando que había venido sin sombrero, lo buscó por las sillas. Cuando recordó que no lo había traído, sonrió maquinalmente y se despidió de todos.

Una vez cerrada la puerta, y después de que el intérprete se marchara, Monsieur Bonneau carraspeó dos o tres veces, dio la vuelta a su escritorio y tomó unos papeles con los que no sabía qué hacer.

—Hum... ¿Eso pretendía usted, comisario?

—¿A usted qué le parece, señor juez? —replicó Maigret.

—Creo que soy yo quien le ha hecho la pregunta.

—Es verdad, discúlpeme. Pues sí, evidentemente. Mire: tengo la sensación de que Mister Clark no tardará en volver a casarse. Y esa criatura, en definitiva, es el hijo de Donge.

—De un hombre que está actualmente en la cárcel y sobre el que pesan...

—... ciertas acusaciones, ¡claro está! —suspiró Maigret—. Pero, sea como sea, se trata de su hijo. Así son las cosas.

También él buscó su sombrero, que se había quedado en el Majestic, y le pareció tan extraño abandonar el Palacio de Justicia con la cabeza descubierta que se sintió obligado a tomar un taxi para regresar al Boulevard Richard-Lenoir.

Cuando llegó, el golpe en la barbilla ya se había amoratado. Madame Maigret lo descubrió en seguida.

—Vaya, ¡has vuelto a pelearte! —comentó al poner la mesa—. Y, claro está, has perdido el sombrero. ¿Dónde te has metido hoy?

El comisario, contento, esbozó una amplia sonrisa al sacar la servilleta de su aro de plata.

Maigret se adormece

No era tan desagradable: repantigado ante su escritorio, con la estufa que roncaba a su espalda; a la izquierda, la ventana que la bruma matutina cubría como de estameña; enfrente, la parte superior de la chimenea estilo Luis Felipe, de mármol negro, las manecillas del reloj detenidas en las doce desde hacía veinte años; en la pared, en un marco negro y dorado, una foto de un grupo de caballeros con levita y chistera, mostachos inauditos y perillas puntiagudas: ¡los miembros de la asociación de secretarios de comisaría, de cuando Maigret tenía veinticuatro años!

Cuatro pipas ordenadas por su tamaño en el escritorio.

«UNA RIQUEÍSIMA ESTADOUNIDENSE,
ESTRANGULADA
EN LOS SÓTANOS DEL MAJESTIC».

El titular ocupaba la portada de un periódico de la tarde, con fecha de la víspera. Estaba claro que, para los periodistas, las estadounidenses son siempre «riqueísimas». Lo que más hizo sonreír a Maigret fue su propia fotografía, con abrigo, sombrero hongo, la pipa entre los dientes y el rostro inclinado sobre algo que no se veía. «El comisario Maigret examina a la víctima», decía el pie de foto.

Se trataba de una fotografía tomada hacía un año en el Bois de Boulogne, mientras examinaba, en efecto, a una víctima: un ruso abatido de un disparo.

Había otros documentos más importantes en carpetas de cartulina.

Informe del inspector Torrence con respecto a una investigación sobre Monsieur Edgar Fagonet, alias Eusebio Fualdès, alias Zebio, de 24 años, natural de Lille.

Hijo de Fagonet, Albert, Jean-Marie, contraamaestre en las Fábricas Lecoeur, fallecido hace tres años; y de Jeanne, Albertine, Octavie Hautbois, esposa del anterior, de 54 años, profesión sus labores.

La siguiente información nos ha sido facilitada por la portera del número 57 de la Rue Caulaincourt, donde Edgar Fagonet vive en compañía de su madre y su hermana, así como por los vecinos y comerciantes del barrio y, telefónicamente, por el comisario de policía del barrio de la fábrica de cocinas, en Lille. También hemos contactado por teléfono con el Sanatorio Chevalet, en Megève, y hemos interrogado al dueño del cine Imperia, en el Boulevard des Capucines.

A la espera de comprobaciones posteriores, las informaciones siguientes nos parecen exactas:

La familia Fagonet, que llevaba en Lille una vida decente, ocupaba una casa de una planta en el barrio moderno de la fábrica de cocinas. Al parecer, los padres de Edgar Fagonet ambicionaban que su hijo estudiara, y, en efecto, éste entró en el instituto a la edad de once años.

Pronto tuvo que abandonarlo durante un año para ingresar en un sanatorio preventivo de la isla de Oléron. Aparentemente restablecida su salud, reanudó sus estudios, pero desde entonces éstos se vieron interrumpidos con frecuencia a causa de su débil constitución. A los diecisiete años tuvieron que enviarlo a la montaña y pasó cuatro años en el Sanatorio Chevalet, cerca de Megève. El doctor Chevalet se acuerda muy bien de Fagonet, pues el joven, muy apuesto, gozaba de mucho éxito entre las enfermas, con las que tuvo algunas aventurillas. También allí se convirtió en un bailarín consumado, porque las normas del establecimiento son muy benévolas y, según parece, los internos generalmente están ávidos de placeres. El consejo de revisión lo dio de alta definitivamente.

A los veintiún años, Fagonet regresa a Lille, a tiempo de reunirse con su padre en su lecho de muerte. Si bien éste deja algunos ahorros, son insuficientes para mantener a la familia. La hermana de Fagonet, Emilie, de diecinueve años de edad, padece una enfermedad ósea debido a la cual se halla en un estado de casi invalidez; además, posee una inteligencia inferior a la media y exige cuidados constantes.

Según todos los indicios, en esa época Edgar Fagonet hizo serios esfuerzos por conseguir un empleo estable, primero en Lille y después en Roubaix. Por desgracia, la interrupción frecuente de sus estudios se lo dificultó. Por otra parte, aunque estaba ya restablecido, su constitución no le permite acceder a trabajos que requieran grandes esfuerzos.

Llega entonces a París, donde unas semanas después se le encuentra, con un uniforme azul celeste, contratado como acomodador en el cine Imperia, que fue el primero en suprimir las acomodadoras y contratar a jóvenes, entre ellos a cierto número de estudiantes necesitados. Es difícil conseguir datos precisos a ese respecto porque los informantes se muestran discretos, pero parece claro que varios de esos jóvenes, favorecidos por el uniforme, hicieron en el Imperia conquistas *fructuosas*.

Maigret sonrió porque Torrence se había creído en la obligación de subrayar con tinta roja la última palabra.

«El caso es que la primera preocupación de Fagonet, a quien sus compañeros comenzaban a llamar Zebio a causa de su aspecto latinoamericano, fue traerse a París a su madre y a su hermana, y las instaló

en un piso de tres habitaciones situado en la Rue Caulaincourt. La portera y los vecinos del inmueble lo consideran un hijo especialmente ejemplar, y muchas veces es él quien, por las mañanas, se encarga de hacer la compra en el barrio.

»Hace un año, por mediación de los compañeros del Imperia, se entera de que el Majestic busca un bailarín profesional para su salón de baile. Se presenta y es aceptado tras unos días de prueba; adopta entonces el nombre de Eusebio Fualdès. La dirección del hotel no tiene quejas de él. En opinión del personal, es un muchacho más bien tímido, sentimental y bastante huraño. Hay quienes lo califican de “femenino”. Habla poco, aseguran, y procura no agotarse, porque sufre recaídas; en varias ocasiones se ha visto obligado a echarse en una cama del sótano, sobre todo cuando algunas veladas especiales lo retienen hasta muy avanzada la noche. Si bien mantiene buenas relaciones con todo el mundo, no se le conocen amigos y es poco dado a las confidencias. Se supone que sus ganancias mensuales, contando las propinas, van de los dos mil a los dos mil quinientos francos. Esta cantidad se corresponde con el tren de vida que lleva la familia en la Rue Caulaincourt.

»Edgar Fagonet no bebe alcohol, fuma poco y no toma ninguna droga; por otro lado, su mala salud se lo impediría.

»Su madre, una mujer del norte de Francia, es baja y vigorosa. Ha hablado en varias ocasiones —entre ellas con la portera— de su intención de buscar trabajo, pero, cada vez, los constantes cuidados que requiere su hija se lo han impedido.

»Hemos tratado de averiguar si Fagonet ha estado alguna vez en la Costa Azul. No hemos conseguido informaciones precisas a ese respecto. Algunos suponen que pasó algunos días allí hace unos tres o cuatro años, cuando trabajaba en el Imperia, en compañía de una dama de edad madura. De todos modos, los datos son demasiado imprecisos para que podamos afirmarlo». Maigret llenó lentamente la pipa número tres, cargó la estufa, fue a echar una miradita al Sena, que un pálido sol empezaba a dorar, y se sentó de nuevo dando un suspiro de satisfacción.

Informe del inspector Lucas sobre Ramuel, Jean, Oscar, Aldebert, de 48 años, domiciliado en un piso situado en el número 14 de la Rue Delambre, distrito XIV.

Ramuel nació en Niza, de padre francés, ya fallecido, y madre italiana, cuya pista se ha perdido y que parece haber regresado hace tiempo a su país. Su padre ejercía la profesión de transportista de verduras.

A los dieciocho años Jean Ramuel trabaja como empleado de un comisionista de Les Halles, en París, pero no hemos podido conseguir información detallada a ese respecto, porque el comisionista falleció hace diez años.

Alistado como voluntario a los diecinueve años, a los veinticuatro abandona el ejército con el grado de sargento primero; entra al servicio de un agente de cambio y bolsa al que abandona casi inmediatamente para trabajar de ayudante de contabilidad en una refinería de azúcar, en Egipto. Permanece en ese puesto tres años. Regresa a Francia, desempeña diferentes empleos en el sector de los negocios, en París, y empieza a invertir en la Bolsa.

A los treinta y dos años se embarca para Guayaquil, en la República del Ecuador, por cuenta de una compañía minera anglofrancesa. Su trabajo consiste en poner al día la contabilidad, al parecer muy embrollada. Se queda en Guayaquil seis años, y allí conoce a Marie Deligeard, sobre la que disponemos de escasa información y que probablemente tenía en Centroamérica un empleo poco brillante. Regresa con ella a Europa.

Dado que el domicilio social de la compañía ha sido trasladado a Londres, carecemos de datos con respecto a esa época. Durante cierto tiempo, la pareja lleva una vida bastante desahogada en Toulon, Cassis y Marsella. Ramuel intenta especular con terrenos y casas, negocio que no le sale demasiado bien.

Marie Deligeard, que se hace llamar Madame Ramuel aunque no se hayan casado, es una mujer llamativa y vulgar que no vacila en provocar escándalos en público y que experimenta un perverso placer en hacerse notar. Abundan las discusiones entre ellos. A veces Ramuel abandona a su compañera durante varios días; sin embargo, ella parece ejercer siempre gran influencia sobre Ramuel. Por entonces, Ramuel y Marie Deligeard se instalan en París, en un piso amueblado bastante confortable situado en la Rue Delambre (dormitorio, cocina, cuarto de baño y recibidor), por el que pagan un alquiler de ochocientos francos mensuales.

Ramuel entra a trabajar de contable en la Banque Atoum, de la Rue Caumartin. (La entidad está actualmente en quiebra, según nuestros informes, pero Monsieur Atoum ha montado un negocio de alfombras, en la Rue des Saints-Pères, bajo el nombre de uno de sus empleados). Antes de que se produjera la quiebra, Ramuel abandonó el banco y casi inmediatamente después, gracias a un anuncio, consiguió en el Majestic el puesto de contable. Lleva en el hotel tres años. La dirección no tiene ninguna queja de él. El personal no le aprecia mucho, porque es excesivamente severo.

En varias ocasiones, con motivo de sus peleas con su compañera, pasa días enteros en el hotel, durmiendo en un catre. Cuando eso ocurre, recibe llamadas telefónicas, o bien la mujer se presenta personalmente en el sótano. Estas situaciones son la comidilla del personal, pues ella parece inspirar auténtico terror al contable. Por último, hay que añadir que Jean Ramuel reanudó ayer la vida en común en el piso de la Rue Delambre.

Un cuarto de hora después, el viejo ordenanza de la Policía Judicial llamó suavemente a la puerta de Maigret. Al no recibir respuesta, la abrió sin hacer ruido y avanzó de puntillas.

Arrellanado en su sillón, con el chaleco desabrochado y una pipa apagada en la boca, el comisario parecía dormir.

El ordenanza estaba a punto de carraspear para advertirle de su presencia cuando Maigret murmuró sin abrir los ojos:

—¿Qué ocurre?

—Un caballero pregunta por usted. Aquí tiene su tarjeta.

Al parecer, Maigret todavía dudaba en salir de su sopor, y seguía con los ojos cerrados cuando estiró la mano. Al fin suspiró y dejó la tarjeta de visita cerca de sí, al tiempo que descolgaba el teléfono.

—¿Le hago pasar?

—Espere un momento. —Apenas había echado un vistazo a la tarjeta: «Etienne Jolivet, Subdirector del Crédit Lyonnais, Agencia O»—. ¡Sí!... ¿Quiere pedirle a Monsieur Bonneau, juez de instrucción, que tenga la amabilidad de darme el nombre y las señas del *solicitor* de Mister Clark?... *Solicitor*, sí. Se pronuncia así. Llame después a ese caballero y pásame la comunicación. Es urgente.

Durante más de un cuarto de hora, Monsieur Jolivet —atildadísimo, pantalón a rayas, chaqueta negra ribeteada, sombrero tan tieso como si fuera de cemento armado— permaneció sentado, muy digno, en el borde de la silla, en la lúgubre sala de espera de la Policía Judicial. Otras personas aguardaban en la sala: un individuo de muy mal cariz y una prostituta que contaba lo que le había ocurrido con voz cascada:

—En primer lugar, ¿cómo pude birlarle la cartera sin que él se diera cuenta? Estos provincianos siempre hacen lo mismo: como no se atreven a confesarle a su mujer cuánto se han gastado en París, dicen que les han robado. En fin, menos mal que el comisario me conoce; la prueba está en que...

—¿Sí? ¿Mister Davidson?... Encantado, Mister Davidson. Aquí el comisario Maigret... Sí. Ayer tuve el gusto de hablar con su cliente, Mister Clark. Estuvo muy amable... ¿Qué dice?... ¡Claro que no! ¡Claro que no! No me acuerdo absolutamente de nada. Le llamo porque tuve la impresión de que Mister Clark estaba dispuesto a ayudarnos en la medida de sus posibilidades... ¿Dice que en este momento está con usted? Entonces pregúntele... ¡Sí!... Sé que en su medio, y especialmente en Estados Unidos, la vida de cada uno de los cónyuges es bastante independiente. De todos modos, habría podido fijarse... No cuelgue. Espere, Mister Davidson. Ya se

lo traducirá después. Sabemos que Mistress Clark recibió al menos tres cartas de París en estos últimos años. Me gustaría saber si Mister Clark vio esas cartas y, sobre todo, si ella recibió más cartas del mismo tipo... Sí, espero. Gracias.

Oyó un murmullo al otro lado del hilo.

—¡Sí!... ¿Cómo dice? ¿No las abrió?... ¿Tampoco preguntó a su esposa por su contenido?... ¡Evidentemente! Es una manera de ver las... —¡Jamás habría permitido, en lo que a él se refería, que Madame Maigret recibiera cartas sin enseñárselas!—. ¿Alrededor de una por trimestre? ¿Y siempre la misma letra?... Sí. ¿Procedentes de París?...

Espere un momento, Mister Davidson. —Se levantó para abrir la puerta del despacho de los inspectores, porque armaban un alboroto de mil demonios—. ¡Cerrad el pico de una vez! —Después regresó—. ¿Diga? ¿Numerosas cartas?... Mister Davidson, ¿sería usted tan amable de anotar estas declaraciones y transmitir las al juez de instrucción?... ¡No!, todavía nada... Le ruego que me excuse. No sé cómo se han enterado los periódicos, pero puedo asegurarle que yo no tengo nada que ver. Esta misma mañana he despedido a cuatro periodistas y dos fotógrafos que me esperaban en el pasillo de la Policía Judicial. Por favor, salude a Mister Clark de mi parte.

Frunció el ceño. Hacía un instante, al abrir la puerta que daba al despacho de los inspectores, ¿no había creído reconocer...? La abrió de nuevo y, en efecto, había un reportero, acompañado de su fotógrafo, sentado sobre una mesa.

—Escuche, jovencito. Creo que acabo de gritar lo suficiente como para que me haya oído. Si una sola palabra de lo que he dicho aparece en su periodicucho, a partir de ahora dejaré de pasarle información, ¿entendido?

Eso no impidió que, al volver a su despacho y llamar al ordenanza, una vaga sonrisa le flotara en los labios.

—Haga pasar a Monsieur..., a Monsieur Jolivet.

—Buenos días, señor comisario. Discúlpeme por molestarle. Creí que era mi deber, al leer el diario vespertino...

—Siéntese, por favor.

—Le confieso, además, que no he venido por iniciativa propia, sino que actué de acuerdo con nuestro director general, a quien he telefonado a

primera hora de esta mañana. Verá, el nombre de Prosper Donge me llamó la atención porque precisamente acababa de tenerlo ante mis ojos. Tengo que decirle que en la agencia O yo me ocupé de dar la conformidad a los cheques. Una tarea maquinal, sin duda, ya que el estado de la cuenta del cliente ha sido comprobado antes. Echo una mirada y pongo mi rúbrica. Sin embargo, como se trataba de una suma importante...

—Un momento. ¿Está usted diciendo que Prosper Donge era cliente suyo?

—Desde hace cinco años, comisario. E incluso antes, pues su cuenta nos fue enviada en aquella época por nuestra agencia de Cannes.

—Permítame que le haga unas preguntas, así después me resultará más fácil poner orden en mis ideas. Prosper Donge era cliente de la agencia del banco en Cannes, ¿no es así? ¿Puede usted decirme la envergadura de su cuenta en esa época?

—Una cuenta muy modesta, como la de la mayoría de los empleados de hotel que tenemos por clientes. De todos modos, hay que considerar que, dado que tienen la comida y el alojamiento cubiertos, si son serios pueden ahorrar casi la totalidad de sus ganancias. Ése era el caso de Donge, que ingresaba cada mes en su cuenta de mil a mil quinientos francos. Además, una obligación que nos había hecho comprar acababa de salir a veinte mil francos. En resumen, al llegar a París poseía unos cincuenta mil francos.

—¿Y siguió ingresando pequeñas cantidades?

—Espere. He traído conmigo un extracto de sus operaciones. Verá que se produce algo muy extraño. En el primer año, Donge, que vive en un piso de alquiler de la Rue Brey, cerca de L'Etoile, sigue ingresando unos doce mil francos. El segundo año, hizo reintegros y no ingresos. Cambia de dirección y vive en Saint-Cloud, donde, por lo que deduje a partir de los cheques que firmó, hizo construir una casita; así pues, extendió cheques al corredor de fincas, al carpintero, a los pintores, a la empresa de albañilería, etcétera. De ese modo, al término de aquel año, como puede verse en el extracto, sólo tenía en el banco ochocientos treinta y tres francos y unos céntimos. Pues bien, hace tres años, o sea, pocos meses después...

—Perdone. Usted ha dicho exactamente «hace tres años»...

—Eso es. Dentro de un momento le daré las fechas exactas. Hace tres años nos advirtió por carta de que había cambiado de domicilio y nos rogaba que anotáramos su nueva dirección: Rue Réaumur, número ciento diecisiete *ter*.

—¿Un momento! ¿Ha visto usted alguna vez a Donge en persona?

—Es posible, pero no me acuerdo. Yo no estoy en las ventanillas, porque trabajo en un despacho desde el que sólo veo al público por una especie de mirilla.

—¿Le han visto alguna vez sus empleados?

—Eso mismo les he preguntado esta mañana a varios de ellos. Uno se acuerda de Donge, precisamente porque él también se ha hecho construir una casita en las afueras. Mi empleado me ha dicho que Donge le comentó que había abandonado la casa de Saint-Cloud en cuanto estuvo terminada.

—¿Le importaría llamar por teléfono a ese empleado?

Llamada telefónica. Maigret la aprovechó para desperezarse como un hombre que se cae de sueño, pero sus pupilas chispeaban.

—Decía usted... ¡Veamos! Donge cambia de dirección y se traslada a la Rue Réaumur, número ciento diecisiete *ter*. ¿Me permite un instante? —Desapareció tras la puerta del despacho de los inspectores—. Lucas, toma un taxi. Rue Réaumur, ciento diecisiete *ter*. Infórmate sobre un tal Monsieur Donge. Después te lo explicaré. —Regresó para atender al subdirector de banco—. ¿Cuáles son las operaciones de Donge desde ese momento?

—De eso quería hablarle. Esta mañana me he quedado estupefacto al examinar su cuenta, y más estupefacto aún al enterarme de su última operación. El primer cheque procedente de Estados Unidos...

—Perdón, ¿cómo ha dicho?

—¡Oh! Hay varios. El primero de esos cheques, expedido por un banco de Detroit a favor de Prosper Donge, data del mes de marzo, de hace tres años, claro, y por un importe de quinientos dólares. Puedo decirle exactamente lo que eso significaba en aquel momento.

—¡Da igual!

—Ese cheque fue ingresado en su cuenta. Seis meses después Donge nos hizo llegar un nuevo cheque del mismo importe con la orden de cobrarlo e ingresarlo en su cuenta.

De repente, el subdirector se inquietó al ver la expresión beatífica del comisario, que parecía que ya no le escuchaba. En efecto, Maigret padecía una especie de ausencia. Súbitamente, el comisario pensó que, si no hubiera telefonado al *solicitor* antes de recibir a su visitante, si no hubiera hecho por teléfono unas preguntas precisas, siempre pretenderían que sólo el azar...

—Le escucho, Monsieur..., Monsieur Jolivet, eso es. —Cada vez que quería mencionar su nombre, se veía obligado a echar una mirada a la tarjeta de visita—. En realidad, ya sé qué va a contarme. Donge siguió recibiendo cheques desde Detroit, aproximadamente a un ritmo de uno cada tres meses.

—Exacto, pero...

—¿Qué cantidad suman todos esos cheques?

—Trescientos mil francos...

—... que siguen intactos en el banco y con los que Donge jamás ha efectuado ningún pago, ¿verdad?

—Sí. Aunque en los últimos ocho meses no ha llegado ningún cheque.

¡Claro! Mistress Clark, antes de ir a Francia, realizó un crucero por el Pacífico con su hijo.

—Durante todo ese tiempo, ¿siguió Donge ingresando mensualmente pequeñas cantidades?

—Si lo hizo, no aparecen reflejadas en su cuenta. Es evidente que esos ingresos habrían sido ridículos en comparación con los cheques procedentes de Estados Unidos. Pero ahora viene lo más desconcertante: la carta de anteayer. Yo no me ocupé de ella, sino el jefe del servicio de extranjería, y ahora entenderá por qué. Anteayer recibimos una carta de Donge. En lugar de contener un cheque, como de costumbre, pedía que se le extendiera uno, al portador, sobre un banco de Bruselas. Es una operación muy corriente; las personas que viajan nos piden a menudo que les extendamos un cheque de banco a banco, porque así se evitan las complicaciones de la tarjeta de crédito y el tener que llevar encima grandes cantidades en efectivo.

—¿De cuánto era el cheque?

—Doscientos ochenta mil francos franceses, es decir, casi la totalidad del dinero de la cuenta. En fin, ahora en la cuenta de Donge queda poco menos de veinte mil francos.

—¿Extendieron el cheque?

—Lo enviamos por correo a la dirección convenida, sí.

—¿O sea?

—Monsieur Prosper Donge, Rue Réaumur, ciento diecisiete *ter*, como de costumbre.

—Por tanto, la carta con el cheque llegó a su destino ayer por la mañana.

—Es probable. Pero, si así fue, ¡Donge no la tiene en su poder! — exclamó el subdirector, y agitó el periódico—. No puede tenerla porque anteayer, más o menos a la misma hora en que nosotros extendíamos el cheque, ¡Donge fue detenido!

Maigret hojeó rápidamente la guía telefónica, y descubrió que en el ciento diecisiete *ter* de la Rue Réaumur, donde había numerosos abonados, también la portería tenía teléfono. Llamó. Lucas llevaba allí unos minutos. Le dio unas breves instrucciones.

—Una carta, sí, dirigida a Donge. El sobre lleva el membrete del Crédit Lyonnais, agencia O. Corre, muchacho, y llámame por teléfono.

—Creo, comisario —concluyó el subdirector con cierta solemnidad—, que he hecho bien en...

—¡Claro que sí! ¡Claro que sí!

Sólo que ya no veía al buen hombre. No le prestaba ninguna atención. Estaba muy lejos, Dios sabe dónde. Sentía la necesidad de cambiar cosas de sitio, de atizar la estufa, de ir y venir.

—Ha llegado un empleado del Crédit Lyonnais, señor comisario.

—Que pase.

En ese mismo instante sonó el teléfono. El empleado se quedó de pie en el umbral de la puerta, esperando, y miraba aterrorizado a su subdirector, preguntándose qué había podido hacer para que le citaran en el Quai des Orfèvres.

—¿Lucas?

—Jefe, el edificio donde estoy no es un inmueble de viviendas. Sólo hay oficinas, la mayoría de una sola habitación. Varias oficinas están alquiladas por comerciantes de provincias a los que les es muy útil disponer de una dirección en París. Algunos apenas ponen los pies aquí y se hacen reenviar la correspondencia. En otras oficinas sólo hay una mecanógrafa para contestar al teléfono. ¿Me oye?

—¡Adelante!

—Hace tres años, y sólo durante dos meses, Donge tuvo una oficina aquí, por la que pagaba un alquiler de seiscientos francos mensuales. Vino apenas dos o tres veces. A partir de entonces pasa cada mes cien francos al portero para que le remita su correspondencia.

—¿Adónde?

—Oficina de Correo Privado, Agencia Jem, Boulevard Haussmann, número cuarenta y dos.

—¿A qué nombre?

—Los sobres están ya preparados, escritos a máquina. Donge se los envía al portero. Espere, en la portería no hay mucha luz... Sí, encienda la luz, por favor... Ya está. «J. M. D., Correo privado, Jem, Boulevard Haussmann, cuarenta y dos». Eso es todo. Ya sabe que los correos privados son los únicos que aceptan iniciales.

—¿Dijiste al taxista que esperara?... ¿No? ¡Idiota! Busca otro. ¿Qué hora es? Las once. Corre al Boulevard Haussmann. Pregúntale al portero si remitió una carta ayer por la mañana... ¿Sí? Pues ve lo más rápido que puedas.

Se había olvidado de los dos hombres; éstos, sin saber qué hacer, le escuchaban aturridos. La mente del comisario estaba ya tan lejos que éste estuvo a punto de preguntarles: «¿Qué hacen aquí ustedes dos?». Después, de repente, se tranquilizó.

—¿De qué se encarga usted en el banco? —preguntó al empleado, que se sobresaltó.

—Estoy en la sección de cuentas corrientes.

—¿Conoce a Prosper Donge?

—Sí. Quiero decir que le he visto varias veces. En aquella época estaba construyéndose una casita en las afueras, y yo también. Sin embargo, yo había elegido una parcela que...

—Lo sé. Siga.

—Donge venía de vez en cuando a retirar pequeñas cantidades para los proveedores que no tenían cuenta bancaria y que no aceptaban cheques. Eso le fastidiaba, y recuerdo que lo comentamos. Todo el mundo debería tener, como en Estados Unidos, una cuenta bancaria. Le resultaba difícil venir, porque su trabajo le retenía en el Majestic desde las seis de la mañana a las

seis de la tarde, y cuando salía del hotel el banco ya había cerrado. Le dije... El señor subdirector no se lo tomará a mal, porque lo hacemos con algunos clientes. Le dije que bastaba con que me telefonara, y yo le mandaría el dinero junto con el recibo que debía firmar. Le mandé dinero de ese modo al Majestic en dos o tres ocasiones.

—¿Volvió a verle desde entonces?

—No, no lo recuerdo. Pero tenga en cuenta que durante dos veranos consecutivos me trasladaron a la agencia de Etretat como director de sucursal. Es posible que viniera entonces.

Maigret abrió bruscamente un cajón de su escritorio, sacó una fotografía de Donge y la puso encima de la mesa sin decir palabra.

—¡Es él! —exclamó el empleado—. Tiene una cara muy peculiar. Parece, él me lo contó, que de muy niño tuvo la viruela, y los granjeros que lo criaban ni siquiera avisaron al médico.

—¿Está seguro de que es él?

—¡Tanto como de mí mismo!

—¿Y reconoce su letra?

—Yo mismo la reconocería —intervino el subdirector, molesto por haber pasado a un segundo plano.

Maigret le ofreció varios papeles escritos por personas diferentes.

—¡No! ¡No! Ésta no se parece... ¡Ah! ¡Mire! Aquí está uno de sus sietes. Tenía una manera especial de escribir el número siete. Las «efes» también. Esto es una «efe» suya.

El hombre señalaba un papel escrito por Donge, porque se trataba de una de las papeletas que garrapateaba cuando le pedían cafés solos, cafés con leche, té, tostadas o chocolates.

El teléfono seguía mudo. Acababan de dar las doce.

—¡No me queda más que darles las gracias, caballeros!

¿Qué podía estar haciendo Lucas en la agencia Jem? Por ahorrar seis francos, ¡era capaz de haber ido allí en autobús!

El periódico de Charles

Tomadas por separado, es posible que hubieran podido pasar inadvertidas. Pero juntas, de pie al lado del portal de la Policía Judicial, como a la salida de una fábrica, formaban una pareja grotesca y digna de lástima:

Gigi, encaramada sobre sus flacas piernas, vestida con su piel de conejo raída, ojo avizor, desafiando al agente de guardia apostado en la puerta, asomándose en cuanto oía pasos para ver quién llegaba.

Y la pobre Charlotte, que no había tenido ánimos de peinarse ni de maquillarse, y cuyo ancho rostro mofletudo, por haber llorado y seguir lloriqueando, mostraba manchas rojas. La nariz, también coloreada, era como una bolita en medio de la cara. Vestía un abrigo muy digno, de paño negro, adornado con cuello y ribete de astracán. Sostenía maquinalmente un práctico bolso de piel glaseada. Sin la presencia de Gigi, que parecía un estirado cuervo, y sin esa naricita colorada en medio de la cara, habría podido pasar por una burguesa.

—¡Es él!

Charlotte no se había movido, pero Gigi iba y venía sin cesar. Y, en efecto, Maigret llegaba acompañado de un colega. Descubrió demasiado tarde a las dos mujeres. En la avenida había un poco de sol, y en el aire, una pequeña primicia de primavera.

—Perdone, señor comisario...

Maigret estrechó la mano de su colega.

—Que aproveche, amigo mío.

—¿Podemos hablar un momento con usted, señor comisario? —le dijo Charlotte, y rompió a llorar, hundiendo su pañuelo, hecho una bola, casi entero en la boca.

Los transeúntes se volvían. Maigret esperaba pacientemente. Gigi, como para disculpar a su amiga, murmuró:

—Sale de ver al juez, que la ha mandado llamar.

—¡Vaya con Monsieur Bonneau! Está en su derecho, evidentemente, pero de todos modos...

—¿Es cierto, señor comisario, que Prosper ha..., ha confesado todo?

Esta vez Maigret sonrió abiertamente. ¿Eso era cuanto se le había ocurrido al juez de instrucción? ¿El viejo truquito de policías novatos? ¡Y la tonta de Charlotte caía de lleno en la trampa!

—No es cierto, ¿verdad? ¡Ya me lo imaginaba! ¡Si supiera todo lo que me ha dicho! Para él, soy lo peor de lo peor.

El agente apostado delante del portal les observaba con una pizca de ironía. Y el espectáculo era curioso: Maigret frente a dos mujeres, una que lloraba y otra que le espiaba sin ocultar su desconfianza.

—¡Como si yo fuera capaz de escribir un anónimo para acusar a Prosper, cuando estoy segura de que no ha matado a nadie! Mire, de haber sido con una pistola, aún podría creerlo. Pero estrangular a alguien, ¡no! Y menos aún repetirlo al día siguiente con un pobre hombre inocente. ¿Ha descubierto usted algo nuevo, señor comisario? ¿Cree que seguirá en la cárcel?

Maigret hizo una seña a un taxi que pasaba.

—¡Suban! —dijo a las dos mujeres—. Tengo que hacer algo, acompañenme.

Era cierto. Había recibido finalmente la llamada de Lucas, que no había conseguido nada en la agencia Jem. Había citado a Lucas en el Boulevard Haussmann. Y se le había ocurrido la idea de...

Las dos querían sentarse en el asiento abatible, pero Maigret las obligó a ocupar el asiento trasero y él dio la espalda al taxista. Era uno de los primeros días soleados del año. Las calles de París desfilaban, vistosas, y a los transeúntes se los veía más alegres.

—Dígame, Charlotte, ¿sigue ingresando Donge sus ahorros en el banco?

El comisario estuvo a punto de enfadarse con Gigi porque, cada vez que él abría la boca, ella fruncía el ceño, como si se oliera una trampa. Se notaba que tenía que reprimirse para no decir a su amiga: «¡Cuidado! Piénsalo bien antes de contestar».

Charlotte, sin embargo, se explayó:

—¿Ahorros, el pobre? ¡Si llevamos mucho tiempo sin ahorrar nada! Eso desde que nos liamos con lo de la casa, todo hay que decirlo. Según los presupuestos, debía costar cuarenta mil francos como máximo. Primero fueron los cimientos, que costaron el triple de lo previsto, porque tropezaron con una corriente de agua subterránea. Después, cuando empezaron a levantar las paredes, una huelga de la construcción paró las obras hasta el comienzo del invierno. Cinco mil francos por aquí, tres mil francos por allá... ¡Menuda pandilla de ladrones! ¡Si le dijera cuánto nos ha costado la casa! No sé la cifra exacta, pero seguramente más de ochenta mil, y hay cosas que todavía no están pagadas.

—Así que Donge ya no tiene dinero en el banco.

—Ni siquiera tiene cuenta. ¡Espere! Desde..., desde hace unos tres años... Lo recuerdo porque un día vino el cartero a pagarnos un giro de ochocientos y pico francos. Yo no sabía de qué se trataba y, cuando llegó Donge, me explicó que había escrito al banco para liquidar su cuenta.

—¿Se acuerda de la fecha exacta?

—¿Y a usted qué le importa? —preguntó Gigi, que no podía dejar de aportar su chorrito de vinagre.

—Sé que era invierno, porque cuando llegó el cartero yo estaba ocupada en romper el hielo de las cañerías. Espere, sí, ese día fui al mercado de Saint-Cloud. Compré una oca, de modo que debía de ser unos días antes de Navidad.

—¿Adónde vamos? —preguntó Gigi mirando por la ventanilla.

Justo en ese momento el taxi se detuvo. Estaban en el Boulevard Haussmann, poco antes del Faubourg Saint-Honoré. El brigada Lucas, que esperaba en la acera, se quedó boquiabierto al ver que Maigret bajaba del taxi precedido de las dos mujeres.

—Un momento —les dijo el comisario. Llevó a Lucas aparte—. ¿Qué hay?

—Mire. ¿Ve esa especie de tienda estrecha, entre el comercio de maletas y la peluquería de señoras? Pues eso es la agencia Jem. La lleva un viejecito repugnante al que no he conseguido sacar la menor información. Quería cerrar la tienda e irse a almorzar con el pretexto de que ya era la hora, pero le

he obligado a quedarse. Está furioso; sostiene que, sin orden judicial, no tengo derecho a...

Maigret entró en la tienda, escasamente iluminada y dividida en dos por un mostrador de madera negra. Un casillero, también de madera negra, cubría las paredes, y las pequeñas casillas estaban llenas de cartas.

—Me gustaría saber... —empezó a decir el viejo.

—Si no le importa —gruñó Maigret—, soy yo quien hace las preguntas. Al parecer recibe usted cartas con iniciales, cosa que está prohibida en las listas de correos. Deduzco de ello que debe de tener usted una clientela bastante especial, ¿no?

—¡Pago mi licencia! —se limitó a contestar el viejo.

Llevaba unas gruesas gafas tras las que se ocultaban unos ojos lacrimosos. Su chaqueta estaba sucia, y el cuello de la camisa, raído y mugriento. Su cuerpo desprendía un olor rancio que impregnaba toda la tienda.

—Deseo saber si lleva un registro donde, al lado de las iniciales, anota el verdadero nombre del cliente.

El viejo soltó una risita.

—¿Cree que mis clientes seguirían viniendo aquí si tuvieran que darme su nombre? ¿Por qué no pedirles también la documentación?

Pensar que algunas mujeres bonitas pudieran entrar de manera furtiva en ese lugar —que habían utilizado como intermediario para tantos adulterios y negocios sucios— a Maigret le produjo cierto asco.

—¿Recibió ayer por la mañana una carta dirigida a las iniciales J. M. D.?

—Es muy posible, ya se lo he dicho a su compañero. Y él se ha empeñado incluso en comprobar que la carta ya no estaba aquí.

—De modo que han venido a retirarla. ¿Puede usted precisar cuándo?

—No sé absolutamente nada, y aunque lo supiera, no creo que se lo dijera.

—¿Sabe que tal vez uno de estos días haga cerrar su negocio?

—Otros me han dicho lo mismo y mi negocio, como usted dice, lleva cuarenta y dos años en el mismo sitio. Si llevara la cuenta de los maridos que han venido aquí a armar jaleo e incluso a amenazarme con su bastón...

Lucas no se había equivocado al afirmar que el hombre era repugnante.

—Si no tiene inconveniente, voy a cerrar e irme a comer.

¿Dónde podía almorzar ese gusano? ¿Era posible que tuviera familia, mujer, hijos? ¿O era más bien un solterón que a buen seguro tenía su asiento reservado, y su servilleta en un aro, en algún miserable restaurante de los alrededores?

—¿Ha visto alguna vez a este hombre?

Maigret, impertérrito, mostró una vez más la fotografía de Donge, y la curiosidad del viejo pudo más que su mal humor. Se inclinó y tuvo que acercarse la cartulina a menos de veinte centímetros del rostro. Su expresión no se alteró. Se encogió de hombros.

—Hum... No me dice nada —murmuró como a su pesar.

Las dos mujeres se habían quedado fuera, delante del pequeño escaparate. Maigret llamó a Charlotte.

—¿Reconoce a esta persona?

Si Charlotte interpretaba un papel, lo hacía con una energía impresionante, porque miraba a su alrededor a la vez con asombro y malestar, dos sensaciones que, ciertamente, el lugar inspiraba.

—Pero ¿qué significa...? —empezó a decir.

Contrariada, se preguntaba por qué la habrían llevado allí. De manera instintiva, se volvió hacia Gigi como pidiéndole ayuda, y ésta entró en el cuchitril.

—¿Tiene la intención de hacer entrar aquí a mucha más gente?

—¿No reconoce a ninguna de las dos? ¿No puede decirme si fue un hombre o una mujer quien reclamó la carta dirigida a J. M. D., ni cuándo recogió esa carta?

Sin contestar, el viejo agarró una tabla de madera y la colocó delante de la puerta. No quedaba más remedio que irse. El comisario, Lucas y las dos mujeres se encontraron en la acera, debajo de los castaños, cuyas yemas estaban a punto de reventar.

—¡Ya pueden irse las dos!

Las vio alejarse. Gigi no había recorrido diez metros cuando empezó a hablar con vehemencia a su compañera, y la arrastraba a un paso que a la regordeta Charlotte le costaba seguir.

—¿Hay novedades, jefe?

¿Qué podía contestar Maigret? Estaba preocupado y molesto. Diríase que el día primaveral le irritaba en lugar de alegrarle.

—No lo sé. Lucas, vete a comer. Por la tarde ve al despacho y no te muevas de allí. Avisa a los bancos, tanto en Francia como en Bruselas, de que si les presentan un cheque de doscientos ochenta mil francos...

Estaba a dos pasos del Majestic. Tomó la Rue de Ponthieu y entró en el bar cercano a la puerta de servicio del hotel. Allí se podía comer algo, y pidió *cassoulet* de lata, que comió solo, taciturno, en una mesita del fondo, cerca de dos clientes que almorzaban a toda velocidad para llegar a las carreras y que hablaban de caballos.

A cualquiera que lo hubiera seguido le habría sido difícil contar lo que Maigret hizo esa tarde. Finalizado el almuerzo, tomó café y compró tabaco para llenar su petaca. Después salió del bar y se quedó un buen rato en la acera, mirando a su alrededor.

Sin duda no tenía un plan muy claro. Entró por la puerta de servicio del Majestic con paso indeciso y se detuvo ante el reloj de control de entradas. Parecía un viajero que, con horas de espera por delante en una estación, se entretiene con las máquinas expendedoras de golosinas.

Los empleados pasaban por detrás de él —sobre todo cocineros, con la servilleta alrededor del cuello— para ir a tomar a toda prisa una copita en el bar de al lado.

A medida que avanzaba por el pasillo, el calor se hacía más denso y recibía en plena cara las tufaradas, cada vez más penetrantes, de las cocinas.

El vestuario estaba desierto. Se lavó las manos en el lavabo, sin necesidad, por matar el tiempo, y tardó diez minutos largos en limpiarse las uñas. Después, como hacía demasiado calor, se quitó el abrigo y lo colgó en el armario 89.

Jean Ramuel lo dominaba todo desde su jaula acristalada. Frente a él, en la cafetería, las tres mujeres se movían a un ritmo acelerado, al igual que un nuevo empleado, vestido con chaquetilla blanca, que sustituía a Prosper.

—¿Quién es? —preguntó Maigret a Ramuel.

—Un suplente que han contratado mientras encuentran a alguien. Se llama Charles. ¿Qué, señor comisario, ha venido a darse una vueltecita por aquí? ¿Me disculpa?

Era la hora en que había más trabajo. La clientela de los hoteles de lujo suele almorzar tarde, y las papeletas se amontonaban delante de Ramuel, los camareros desfilaban, todos los teléfonos sonaban a la vez y los montaplatos funcionaban sin descanso.

Maigret, que no se había quitado el sombrero, iba y venía con las manos en los bolsillos; se detenía detrás de un cocinero que ligaba una salsa, como si eso le interesara sobremanera, y después aparecía en los fregaderos, o con la cara pegada a los cristales del comedor de los empleados.

Al igual que en las primeras investigaciones del caso, se metió por la escalera de servicio, y esta vez subió hasta el último piso, sin apresurarse, siempre con aire gruñón.

Mientras bajaba, lo alcanzó el director, que jadeaba.

—Acaban de decirme que estaba usted aquí, señor comisario. Supongo que todavía no ha almorzado. Si me permite...

—Ya he comido, gracias.

—¿Puedo preguntarle si tienen noticias? Me impresioné mucho cuando detuvieron a Prosper Donge. Vamos, ¿de veras no quiere tomar nada? ¿Ni una copita, por lo menos?

El director se sentía especialmente molesto por encontrarse en esa estrecha escalera y en compañía de un Maigret que se mostraba impertérrito. En esos momentos, el comisario tenía la inercia de un paquidermo.

—Confiaba en que la prensa no se enterara del caso, ya sabe lo que eso significa para un hotel. En cuanto a Donge...

Era desesperante. Maigret no ofrecía ningún asidero al que agarrarse. Había reanudado el descenso de la escalera y ya estaba en el sótano.

—Un empleado que, hasta hace pocos días, habría calificado de ejemplar... Porque, como usted puede imaginarse, por un lugar como éste pasan tipos de todas las clases.

La mirada de Maigret iba de un tabique al otro, de un acuario al otro, como él los llamaba. Por último, se detuvo a contemplar el vestuario, el ahora famoso armario 89, donde habían terminado dos vidas humanas.

—En cuanto al pobre Colleboeuf... Discúlpeme si le molesto, pero he estado pensando sobre ello. ¿No cree usted que se necesita una fuerza extraordinaria para estrangular a un hombre en pleno día, a pocos metros de

numerosas personas, sin que la víctima pueda gritar o defenderse? A esta hora podría ocurrir, porque todo el mundo va de un lado a otro y hay un auténtico estruendo. Pero a las cuatro y media o cinco de la tarde...

—Señor director, estaba usted comiendo cuando yo llegué, ¿verdad? —murmuró Maigret.

—Bueno, no tiene importancia. Estamos acostumbrados a comer a cualquier hora.

—Hágame el favor de ir a terminar su almuerzo. Como ve, yo voy de un lado a otro. Discúlpeme.

Y recorrió de nuevo los pasillos, abrió puertas, las cerró, encendió una pipa que no tardó en dejar que se apagara. A menudo sus pasos le llevaban a la cafetería, y empezaba a conocer todos los movimientos de los que trabajaban en ella.

«Bien. Donge está ahí. Está ahí cada día a partir de las seis de la mañana. Bien. En su casa se ha tomado ya una taza de café; Charlotte se la ha recalentado al entrar. Bien. Supongo que aquí se sirve una de las primeras tazas de la cafetera. Bien». Pero ¿adónde llevaba todo eso?

«Tiene la costumbre de servir una taza de café al portero de noche. Bien. En realidad, como aquel día eran más de las seis y diez y Donge todavía no había subido, Justin Colleboeuf bajó. Bien... En fin, por esa o por cualquier otra razón... ¡Hum!». De hecho, ahora no llenaban las cafeteras de plata del desayuno, sino unas cafeteritas de loza esmaltada, y encima de cada una de ellas ponían un filtro minúsculo.

«Durante toda la mañana, los desayunos se suceden a un ritmo acelerado. Bien. Después Donge come algo, un tentempié que le sirven en una bandeja». —¿Le importaría apartarse un poco a la izquierda o a la derecha, señor comisario? No me deja contar las tazas.

Era Ramuel, quien, desde su jaula acristalada, tenía que vigilarlo todo. ¡Vaya! Contaba además las tazas de la cafetería.

—Discúlpeme por habérselo dicho, ¿eh?

—¡Faltaría más! ¡Faltaría más!

Las tres. El ritmo disminuía. Uno de los cocineros acababa de cambiarse para salir.

—Si preguntan por mí, Ramuel, estaré de vuelta hacia las cinco. Tengo que ir a pagar los impuestos.

Casi todas las pequeñas cafeteras marrones habían vuelto a bajar. Charles salió de la cafetería y se metió por el pasillo que llevaba a la calle, no sin mirar con curiosidad al comisario. Las mujeres debían de haberle explicado quién era.

Regresó instantes después con la edición vespertina de un periódico. Eran poco más de las tres. Las mujeres, con los brazos metidos hasta los codos en el agua caliente, fregaban platos.

Charles, por su parte, se sentó lo más cómodamente posible ante la mesita de la cafetería. Extendió el periódico frente a él, se puso las gafas y, encendiendo un cigarrillo, empezó a leer.

No tenía nada de extraño y, sin embargo, Maigret abrió desmesuradamente los ojos.

—En una palabra —preguntó sonriendo a Ramuel, que clasificaba sus papeletas—, ¿es un descanso?

—Sí, desde ahora hasta las cuatro y media, más o menos, en que abren la sala de baile...

Transcurrieron unos minutos más, y Maigret seguía sin abandonar el sótano. De repente sonó un timbrado en la cafetería; Charles se levantó, habló brevemente por teléfono, abandonó, a su pesar, el periódico, y se alejó por unos pasillos.

—¿Adónde va?

—¿Qué hora es? ¿Las tres y media? Sin duda le ha llamado el administrador para entregarle las provisiones de café y té.

—¿Ocurre lo mismo todos los días?

—Todos los días.

Ramuel siguió con la mirada a Maigret, quien, sin perder la calma, entró en la cafetería para hacer algo nimio: se limitó a abrir el cajón de la mesita, una mesa vulgar de madera blanca. Encontró allí un pequeño tintero, un portaplumas y un paquete con papel de cartas. Había también algunos lápices y dos o tres impresos de giro postal.

Ya cerraba el cajón cuando Charles regresó con unos paquetes. Sin saber qué buscaba Maigret inclinado sobre la mesa, le dijo:

—Puede llevárselo. —Se refería al periódico—. ¡Para lo que dice! Yo sólo leo el folletín y los anuncios económicos.

¡Lo había descubierto!

«¡Ya está! Prosper Donge está tranquilamente sentado ante esta mesa. Las tres mujeres, a su lado, se mueven en el vaho del fregoteo. Y él...». El comisario perdía por momentos su pesadez y su aspecto adormilado. Pareció recordar súbitamente que debía realizar un trabajo urgente. Sin despedirse de nadie, se dirigió con paso rápido al vestuario, se apoderó de su abrigo, se lo puso mientras salía y un instante después se dejaba caer en el asiento de un taxi.

—¡A la sección financiera del Palacio de Justicia! —indicó al taxista.

Las cuatro menos cuarto. ¿Encontraría todavía a alguien? Si todo iba bien, confiaba en que antes de que anocheciera...

Se volvió: el taxi acababa de cruzarse con Edgar Fagonet, *alias* Zebio, que se dirigía a pie al Majestic.

Cena en La Coupole

La operación se realizó con tal brutalidad que incluso un viejo anticuario, que se dejaba morir lentamente como un topo en el fondo de su oscura tienda, se acercó a la puerta arrastrando sus pies sobre el parquet.

Faltaba poco para las seis. Las miserables tiendas de la Rue des Saints-Pères estaban débilmente iluminadas y los resplandores violeta se proyectaban en la calle.

El coche de la Prefectura de Policía entró en la bocacalle dando bocinazos tan escandalosos que todos los dueños de las tiendas de antigüedades y de libros de lance se sobresaltaron. Después, con un chirrido de frenos, se detuvo junto a la acera, mientras tres hombres saltaban al suelo con expresión decidida, como si respondieran a una llamada de socorro.

Maigret, solo, se dirigió hacia la puerta en el momento en que acababa de pegarse a ella, como una calcomanía, la cara pálida y asustada del dependiente. Un inspector entró en la callejuela para asegurarse de que la tienda no tenía una segunda salida; el agente que se apostó en la acera parecía la caricatura de un inspector, con grandes mostachos y sombría mirada suspicaz; Maigret lo había elegido con toda intención.

En el almacén, donde las paredes estaban cubiertas de alfombras orientales y reinaba una tranquilidad afelpada, el empleado intentaba reponerse de su emoción.

—¿Desea ver a Monsieur Atoum? Voy a comprobar si está aquí.

El comisario ya había apartado al personaje de su camino. Había descubierto una rendija en las alfombras del fondo, un resplandor más rojizo, y oía un murmullo de voz. Al instante se encontró en el umbral de una pequeña habitación que parecía formada por cuatro alfombras, amueblada

con un diván con cojines de cuero multicolor y un velador con incrustaciones de nácar en el que humeaba un café turco.

Un hombre, de pie, tan nervioso como el dependiente, se disponía a salir. Otro, sentado en el diván, fumaba un cigarrillo de filtro dorado y hablaba en un idioma extranjero.

—Monsieur Atoum, ¿me equivoco? Comisario Maigret, de la Policía Judicial.

El visitante se apresuró a marcharse, y se oyó cómo la puerta de entrada se cerraba a sus espaldas mientras Maigret se sentaba tranquilamente en el borde del diván y examinaba, lleno de curiosidad, las tacitas del juego de café turco.

—¿No me reconoce, Monsieur Atoum? Sin embargo, hemos pasado más de medio día juntos, hace..., bueno, hace unos ocho años. Fue un bonito viaje: los Vosgos, Alsacia... Si no recuerdo mal, nos separamos cerca de un puesto fronterizo.

Atoum estaba gordo, pero tenía una cara juvenil y unos ojos espléndidos. Vestido con refinamiento, perfumado, los dedos ensortijados, permanecía más bien acurrucado que sentado en el fondo del diván, y la pequeña habitación, iluminada por una lámpara de falso alabastro, sugería más una escena de bazar oriental que una escena parisiense.

—¿Qué había hecho aquella vez? Poca cosa, si no recuerdo mal. No obstante, como no tenía usted la documentación en regla, el gobierno francés prefirió ofrecerle un viaje hasta la frontera. La verdad es que regresó usted esa misma noche, pero las apariencias quedaban a salvo, y creo que encontró alguna protección.

Atoum, sin perder en absoluto la calma, miraba a los ojos de Maigret con la inmovilidad de un gato.

—Después se convirtió usted en banquero, porque las leyes francesas no exigen estar libre de antecedentes penales a los que manejan el dinero de los ciudadanos. Se metió de nuevo en problemas, Monsieur Atoum...

—¿Me permite que le pregunte, señor comisario...?

—... qué he venido a hacer aquí, ¿verdad? Pues bien, para serle sincero, ¡todavía no lo sé! Tengo un coche y unos hombres en la puerta. Es posible que nos vayamos todos juntos.

La mano de Atoum no tembló mientras encendía un nuevo cigarrillo, no sin antes ofrecerle otro a Maigret, quien lo rechazó.

—Aunque también podría irme tranquilamente y dejarle a usted aquí.

—Y eso, ¿de qué dependerá?

—De la respuesta que usted me dé a una preguntita. Estoy tan convencido de su discreción que, como puede ver, he tomado de antemano ciertas precauciones para combatirla. Cuando usted era banquero, tenía un contable que era su brazo derecho, su hombre de confianza, fíjese en que no digo su cómplice, y que se llamaba Jean Ramuel. ¡Pues bien! Me gustaría saber por qué se «separó» usted de un ayudante tan valioso; por qué, para ser más preciso, le despidió.

Siguió un silencio bastante prolongado. Atoum reflexionaba.

—Se equivoca, señor comisario. Yo no despedí a Ramuel, sino que él me abandonó por su propia voluntad; por motivos de salud, si no recuerdo mal.

Maigret se levantó.

—Lo siento. En ese caso, se impone la primera solución. ¿Quiere usted seguirme, Monsieur Atoum?

—¿Adónde piensa llevarme?

—De nuevo a la frontera.

Una leve sonrisa flotó en los labios del oriental.

—Sólo que cambiaremos de frontera. Resulta que tengo muchas ganas de viajar a Italia. Me han asegurado que en ese país, que usted abandonó precipitadamente, dejó sin cumplir una condena de cinco años de prisión por estafa y por extender cheques sin fondos. De modo que...

—Siéntese, señor comisario.

—¿Está seguro de que no tendré que volver a levantarme en seguida?

—¿Qué quiere hacerle a Ramuel?

—Quizá meterlo en el lugar que le corresponde, ¿qué le parece? — contestó y, cambiando bruscamente de tono, añadió—: ¡Vamos, Atoum! Hoy no tengo tiempo que perder. ¡Ya me figuraba yo que Ramuel poseía datos comprometidos para usted!

—Confieso que, si Ramuel se explayara, podría ocasionarme muchos problemas. Los negocios de un banco son complejos, y él tenía la manía de fisgonear en todo. Me pregunto si no sería preferible para mí elegir Italia... A

no ser que usted me dé ciertas seguridades. Por ejemplo, si él mencionara ciertas cosas, espero que usted no las tome en consideración, dado que se refieren al pasado y ahora me he convertido en un comerciante honrado.

—Bueno, es una posibilidad...

—En ese caso, puedo decirle que Ramuel y yo nos separamos después de una discusión bastante violenta. Yo había descubierto que utilizaba en beneficio propio su puesto de trabajo y había cometido cierto número de falsificaciones.

—Conservará usted los documentos, ¿no?

Atoum parpadeó y confesó en voz muy baja:

—Sí. Pero él, por su parte, ha conservado otros que...

—... que les obligan a los dos a controlarse mutuamente. Pues bien, Atoum, deseo que me entregue inmediatamente esos documentos.

El otro seguía dudoso. ¿Prisión italiana o prisión francesa? Acabó por levantarse. Alzó un tapiz situado detrás del diván y abrió una pequeña caja fuerte que estaba empotrada en la pared.

—Aquí tiene unas letras de cambio en las que Ramuel imitó no sólo mi firma, sino la de dos clientes míos. Si encontrara en casa de Ramuel un cuadernillo rojo en el que yo anotaba algunas operaciones, le agradecería que... —Pasó por detrás de Maigret y se movió por la tienda. Después de algún titubeo, señaló una magnífica alfombra de Karamani y murmuró—: Me pregunto si a Madame Maigret le gustará este dibujo...

Eran las ocho y media de la noche cuando Maigret entró en La Coupole y se dirigió a la vasta sala donde servían la cena. Iba solo, con el sombrero hongo echado hacia atrás y las manos, como de costumbre, en los bolsillos. Sólo parecía preocuparle encontrar una mesa libre.

De repente descubrió a un hombrecito instalado ante un plato de fiambres y una cerveza.

—¡Vaya, Lucas! ¿Me haces un sitio a tu lado?

Se sentó, con la alegría de un hombre dispuesto a saborear una buena cena, y se levantó de nuevo para darle su abrigo a un empleado. Junto a él,

una mujer de una vulgaridad agresiva, sentada frente a media langosta de considerables dimensiones, gritó con voz desagradable:

—¡Camarero, tráigame otra mayonesa! Esta huele a jabón.

Maigret se volvió hacia ella, después hacia el hombre sentado a su lado, y pareció sincera y verdaderamente asombrado.

—¡Vaya, Monsieur Ramuel! ¡Qué coincidencia! ¿Quiere ser tan amable de presentarme a...?

—Mi mujer. Comisario Maigret, de la Policía Judicial.

—Encantada, señor comisario.

—¡Un bistec, patatas fritas y una cerveza doble, camarero! —Su mirada se posó en el plato de Ramuel, que contenía unos espaguetis sin mantequilla ni queso—. ¿Sabe qué pienso? —dijo de repente en tono cordial—. Pienso, Monsieur Ramuel, que usted nunca ha tenido suerte. Es algo que me sorprendió la primera vez que le vi. He observado que las personas como usted, a las que nada les sale bien, son las mismas que, para colmo, atrapan las enfermedades o dolencias más molestas.

—¡Ramuel utilizará lo que usted le está diciendo para excusar su mal carácter! —intervino Marie Deligeard, olisqueando la mayonesa que acababan de traerle.

—Con lo inteligente, instruido y trabajador que es usted —continuó el comisario—, tendría que haberse enriquecido diez veces más. Y lo curioso es que en diferentes ocasiones ha estado a punto de alcanzar una posición magnífica. En El Cairo, para empezar; luego en Ecuador. Pero cada vez, después de un rápido ascenso, volvía a encontrarse en la misma situación de antes. ¿Que consigue un excelente empleo en un banco? Pues tropieza como por casualidad con un turbio banquero, un tal Atoum, y se ve obligado a abandonarle.

Los comensales que les rodeaban estaban lejos de imaginar las consecuencias de esa conversación. Maigret adoptaba un ligero tono de buena educación, y se lanzó sobre su bistec con apetito, mientras Lucas mantenía la nariz pegada al plato y Ramuel parecía concentrarse en sus espaguetis.

—En realidad, me ha sorprendido encontrarle aquí, en el Boulevard Montparnasse, porque le suponía ya en el tren de Bruselas.

Ramuel no se inmutó, pero su tez se puso más amarilla y sus dedos se crisparon sobre el tenedor. Su compañera exclamó:

—¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Querías irte a Bruselas sin decirme nada? ¿Qué significa esto, Jean? Otra vez una mujer, ¿no?

Maigret, bonachón, repuso:

—Puedo asegurarle, señora, que no se trata de una mujer. Tranquilícese. Sin embargo, su marido..., quiero decir, su amigo...

—Puede usted decir mi marido. No sé qué le habrán contado sobre eso, pero estamos casados con todas las de la ley, y para demostrárselo... —Hurgó febrilmente en su bolso y sacó de él un papel muy doblado, amarillento, roto—. ¡Mire! Nuestro certificado de matrimonio. —Estaba escrito en español y tenía numerosos sellos y tampones de la República del Ecuador—. Contesta, Jean. ¿Qué pensabas hacer en Bruselas?

—Pero si... nunca he tenido la intención...

—Vamos, Ramuel... Y discúlpeme, señora, no quería provocar una discusión matrimonial. Cuando supe que había sacado casi todo su dinero del banco y que había pedido que enviaran un cheque de doscientos ochenta mil francos a Bruselas...

Maigret se apresuró a meterse en la boca una cantidad descomunal de crujientes patatas fritas, porque le entraron unas ganas terribles de sonreír: un pie, el de Ramuel, se había posado sobre el suyo para suplicarle que se callara.

Demasiado tarde. Olvidando su langosta, olvidando las decenas de personas que cenaban a su alrededor, Marie Deligeard, o mejor dicho Marie Ramuel, si había que creer el certificado, se embaló.

—¿Ha dicho doscientos ochenta mil francos? ¿Tenía doscientos ochenta mil francos en el banco y me negaba lo imprescindible?

Mirada de Maigret a la langosta y a la media botella de Riesling, que costaba veinticinco francos.

—¡Contesta, Jean! ¿Es cierto?

—No sé absolutamente nada de lo que el comisario está diciendo.

—¿Tienes una cuenta en un banco?

—Te aseguro que no tengo ninguna cuenta y que si poseyera doscientos ochenta mil francos...

—Y usted, señor comisario, ¿qué dice ahora a esto?

—Señora, lamento mucho haberla alterado de este modo. Creía que usted lo sabía, que su marido no le ocultaba nada.

—¡Ahora entiendo!

—¿Qué entiende usted?

—Su actitud en los últimos tiempos: era demasiado amable, accedía a todo. Pero yo no me daba cuenta de que no era natural. Claro, ¡preparaba su escapada!

Unos clientes se giraron sonriendo, pues la conversación se oía a tres mesas de distancia.

—¡Marie! —suplicó Ramuel.

—De modo que, mientras yo pasaba mil estrecheces, tú ahorrabas a escondidas y te preparabas para marcharte, ¿eh? Y un buen día, ¡zas!, yo me encontraría sola en casa y probablemente con el alquiler sin pagar. ¡Ni se te ocurra, cariño! Ya trataste de abandonarme en dos ocasiones, pero sabes muy bien que no volverás a intentarlo. ¿Está usted seguro de que no es un asunto de faldas, señor comisario?

—Dígame, señor comisario, ¿no cree que sería preferible continuar esta conversación en otro lugar?

—No, en absoluto —murmuró Maigret—. Y, mire por dónde, ahora me apetecería... *Maître!* —Señaló el carrito de plata que pasaban entre las mesas, donde había una fuente cubierta con una tapa abombada—. ¿Qué lleva en el carrito?

—Chuletón de buey.

—Está bien, deme una tajada. ¿Un poco de chuletón de buey, Lucas? ¡Y patatas fritas, *maître!*

—Llévese esta langosta, ¡no está fresca! —intervino la esposa de Ramuel—. Póngame lo mismo que al comisario. De manera que este sinvergüenza tenía dinero ahorrado y...

Estaba tan nerviosa que se vio obligada a retocarse el maquillaje, sacudiendo encima del mantel una borla de polvos de un rosa dudoso.

Debajo de la mesa se adivinaban movimientos imprevistos: Ramuel daba pataditas a su mujer para hacerla callar, y ella, que no quería entender nada, contestaba con taconazos rabiosos.

—¡Me las pagarás, canalla! Espera un poco...

—Verás como todo se aclara en un momento. No sé por qué el comisario cree que...

—Comisario, ¿está usted seguro de que no se equivoca? Ya conocemos a los polis: cuando no saben nada y se atascan, inventan cualquier cosa para engañar a la gente. ¿No se tratará de algo semejante?

Maigret miró la hora. Eran las nueve y media. Dirigió un guiño a Lucas, que sintió la necesidad de toser. Después, finalmente, se inclinó hacia Ramuel y su compañera como para hacerles una confidencia.

—No se mueva, Ramuel. No provoque ningún escándalo, no le serviría de nada. Su vecino de la derecha es uno de nuestros agentes. En cuanto al brigada Lucas, le ha seguido a usted toda la tarde y me ha telefoneado informándome de que estaban aquí.

—¿Qué quiere decir? —balbució Marie Deligeard.

—Quiero decir, señora, que primero he querido dejarles comer. Me veo obligado a detener a su marido, y vamos a hacerlo educadamente, será lo mejor para todos. Ahora acaben de cenar. Dentro de un momento saldremos juntos, como buenos amigos. Tomaremos un taxi y nos iremos a dar un paseo al Quai des Orfèvres. No pueden imaginarse qué tranquilos están de noche los despachos. ¡Mostaza, camarero! Y pepinillos, si tiene.

Con la frente surcada por una gran arruga, que no contribuía a hacerla más bonita ni más atractiva, Marie Deligeard comía vorazmente, dirigiendo a veces a su marido una mirada terrible. Maigret pidió una tercera cerveza y se inclinó de nuevo sobre Ramuel para decirle en tono de confidencia:

—Resulta que esta tarde, hacia las cuatro, de repente me he acordado de que usted había sido sargento mayor.

—¡Tú siempre me contaste que habías sido subteniente! —graznó la desagradable criatura, que no perdonaba una.

—Señora, ser sargento mayor es algo importante. Es el que redacta todos los documentos de la compañía. Y, precisamente, me he acordado entonces de mi servicio militar, algo muy lejano, como puede figurarse. —Nada le impedía saborear sus patatas fritas, que estaban sensacionales, crujientes por fuera y blandísimas por dentro—. Como nuestro capitán iba lo menos que podía por el cuartel, el sargento mayor firmaba los permisos y, en general,

todos los documentos, con el nombre del capitán, claro está. Pues bien el sargento imitaba tan bien la firma que el oficial jamás consiguió descubrir qué había firmado él y qué era obra del sargento mayor. ¿Qué me dice a eso, Ramuel?

—No le entiendo. Y, como supongo que usted no piensa detenerme sin una orden oficial, me gustaría saber...

—Sepa, pues, que he conseguido una orden de la sección financiera de los juzgados. Le sorprende, ¿eh? Sin embargo, ocurre a menudo. Investigamos un caso y, sin darnos cuenta, nos tropezamos con otro caso ya antiguo y que todo el mundo creía olvidado. Tengo en mi bolsillo unas cuantas letras de cambio que me ha entregado un tal Atoum. Vaya, ¿no come más? Y usted, señora, ¿no quiere postre? ¡Camarero, por favor! Cada cual paga lo suyo, ¿verdad? ¿Qué le debo, camarero? Tengo un bistec, una cosa del carrito..., una chuleta de buey, eso es, tres raciones de patatas fritas y tres cervezas. ¿Tienes fuego, Lucas?

Velada de gala en la policía judicial

El portal siempre oscuro, a continuación la amplia escalera, con la débil luz de una bombilla de vez en cuando, y, por último, el inmenso pasillo con infinidad de puertas.

Maigret dijo amablemente a Marie Deligeard, que jadeaba:

—Ya hemos llegado, señora. Recupere el aliento.

Había una única bombilla encendida en el pasillo, y dos hombres, Oswald J. Clark y su *solicitor*, recorriéndolo a grandes zancadas mientras charlaban. Al final de ese pasillo, la sala de espera, con un lado acristalado, lo que permitía a los policías, en determinadas circunstancias, observar a sus visitantes. Una mesa con tapete verde. Sillones de terciopelo verde. Sobre la chimenea, un reloj estilo Luis Felipe, idéntico al del despacho de Maigret y que, como aquél, tampoco funcionaba. En las paredes, marcos negros con las fotografías de los policías caídos en acto de servicio.

En los sillones, en un rincón oscuro, dos mujeres, Charlotte y Gigi.

En el pasillo, en un banco, Prosper Donge, todavía sin corbata ni cordones de los zapatos, sentado entre dos gendarmes.

—¡Por aquí, Ramuel! Entre en mi despacho. Usted, señora, si no le importa, aguarde un momento en la sala de espera. ¿La acompañas, Lucas?

Abrió la puerta de su despacho. Sonrió pensando en las tres mujeres, sentadas frente a frente en la sala de espera, y en las miradas angustiadas o llenas de veneno que sin duda iban a intercambiarse.

—Entre, Ramuel —indicó al contable, y añadió—: Le aconsejo que se quite el abrigo; creo que tenemos para rato.

Pantalla verde encima de la mesa. Maigret se quitó el abrigo y el sombrero, eligió una pipa de las que tenía en la mesa y abrió la puerta de los inspectores.

Daba la impresión de que toda la Policía Judicial, tan vacía habitualmente durante la noche, había sido trucada, como «rellenada», para esa circunstancia. Torrence estaba sentado ante un escritorio del despacho, con el sombrero flexible en la cabeza. Fumaba un cigarrillo, y, delante de él, en una silla, un menudo anciano con la barba mugrienta contemplaba con fijeza sus botines con elásticos.

También estaba Janvier, que aprovechaba para poner al día su informe, y que vigilaba con un ojo a un hombre de edad madura, con el aspecto de antiguo suboficial.

—¿Es usted el portero? —le preguntó Maigret—. ¿Le importaría venir un momento?

Le dejó pasar ante él. El hombre llevaba su gorra en la mano y al principio no vio a Ramuel, que se mantenía lo más lejos posible de la luz.

—Usted es el portero del edificio del número ciento diecisiete *ter* de la Rue Réaumur, ¿verdad? En determinado momento, un tal Prosper Donge alquiló una de las oficinas del inmueble, y a partir de entonces usted le envió su correspondencia, ¿no es eso? Bien, ahora mire. ¿Reconoce a Donge?

El portero se volvió hacia el rincón en que estaba Ramuel, movió la cabeza y masculló:

—Hum... Pues, francamente... No, no puedo afirmarlo. ¡Pasan tantos! Y hace más de tres años de eso, ¿no?... No sé si me equivoco, pero tengo la vaga idea de que llevaba barba. En fin, puede que el de la barba fuera otro.

—Muchas gracias. Ya puede irse. Por aquí. —Bruscamente, Maigret abrió de nuevo la puerta y llamó—: Monsieur Jem. Bueno, no sé cómo se llama usted. Entre, por favor, y dígame...

Esta vez no necesitó esperar la respuesta. El viejecito, al ver a Ramuel, se había sobresaltado.

—¿Qué? —insistió el comisario.

—¿Qué de qué?

—¿Le reconoce?

El anciano se enfureció.

—Tendré que ir a declarar ante el tribunal, ¿no es cierto? Dejarán que me pudra dos o tres días en la sala de los testigos y, durante ese tiempo, ¿quién se ocupará de mis cartas? Después, cuando esté ante el tribunal, me harán

montones de preguntas molestas y los abogados dirán de mí esto y aquello para ensuciarme. ¡Muchas gracias, señor comisario! —exclamó y, de repente, preguntó—: ¿Qué ha hecho?

—Bueno, entre otras cosas ha asesinado a dos personas, un hombre y una mujer. La mujer era una rica estadounidense.

—¿Ofrecen una recompensa?

—Bastante elevada, sí.

—En tal caso, escriba: «El abajo firmante, Jean-Baptiste Isaac Meyer, comerciante...». ¿Hay muchos testigos entre los que habrá que repartir la recompensa? Sé cómo van estas cosas: la policía hace muchas promesas y después, en el momento de...

—Escribo: «reconoce en la persona que le ha sido presentada como Jean Ramuel al individuo que se abonó a su agencia de correspondencia privada bajo las iniciales J. M. D.». ¿No es así, Monsieur Meyer?

—¿Dónde tengo que firmar?

—¡Espere! Añado: «Y afirma que ese individuo acudió a retirar una última carta con fecha del...». Ahora ya puede firmar. Es usted muy listo, Monsieur Meyer; no ignora que este caso le dará publicidad, y, créame, todos los que todavía desconocían la correspondencia privada se precipitarán a su agencia. ¡Torrence! Monsieur Meyer ya puede irse.

Una vez cerrada la puerta, el comisario releyó con satisfacción el testimonio del repulsivo hombrecillo. Una voz le sobresaltó. Procedía de la penumbra, porque sólo estaba encendida la lámpara de encima del escritorio.

—Comisario, protesto por...

De repente, Maigret pareció recordar algo. Empezó por acercarse a la ventana para correr la cortinilla de tela cruda. Después se miró las manos. Era un Maigret que pocas personas conocían, y las que le conocían no solían vanagloriarse de ello.

—Ven aquí, mi pequeño Ramuel. ¡Ven aquí, te digo! ¡Adelante! ¡No tengas miedo!

—¿Qué quiere?

—Resulta que, desde que descubrí la verdad, me muero de ganas de...

En ese instante, el puño de Maigret salió disparado y golpeó la nariz del contable, que había alzado los brazos demasiado tarde.

—¡Ya está! En fin, reconozco que no es muy correcto, pero sienta bien. Mañana, el juez te interrogará cortésmente y todo el mundo será amable contigo, porque te convertirás en una estrella de los tribunales. A esos señores siempre les han impresionado las estrellas, ¿entiendes? Ahí hay un lavabo, detrás de esa puertecita. Lávate, da grima verte.

Ramuel, lleno de sangre, se limpió lo mejor que pudo.

—¿A ver? Mucho mejor así. Estás casi presentable. ¡Torrence, Lucas, Janvier! Venid, muchachos. Haced pasar a esas damas y a esos caballeros.

Sus propios colaboradores estaban asombrados, pues, aunque el comisario estuviera concluyendo una penosa investigación, lo encontraban mucho más excitado que de costumbre. Había encendido otra pipa. El primero que entró, flanqueado por dos gendarmes, fue Donge, que levantó torpemente sus manos esposadas.

—¿Tienes la llave? —preguntó Maigret a uno de los gendarmes.

La metió en la cerradura y, al instante, las mismas esposas sonaron alrededor de las muñecas de Ramuel, mientras Donge lo miraba con un estupor casi cómico.

El comisario se dio cuenta entonces de que Donge iba sin corbata y sin cordones de los zapatos, y ordenó que le quitaran los cordones y la pajarita de seda negra a Ramuel.

—Pasen, señoras. Pase, Mister Clark. Vaya, usted no entenderá nada, pero Mister Davidson tendrá la amabilidad de traducírselo, ¿no es así? ¿Hay sillas para todos? Claro que sí, Charlotte, claro que puede ponerse al lado de Prosper; no obstante, por el momento le pido que evite las efusiones. ¿Ya estamos todos? ¡Cierra la puerta, Torrence!

—¿Qué ha hecho? —preguntó la voz cascada de Madame Ramuel.

—¡Siéntese usted también, señora! Me horroriza hablar con gente que está de pie. No, Lucas, no vale la pena que enciendas la luz del techo. Así es más íntimo. ¿Qué ha hecho, me pregunta? Lo mismo que durante toda su vida: *falsificaciones*. Es más, apuesto a que, si se ha casado con usted y ha pasado tantos años con un mal bicho de su clase, dicho sea con todo el respeto, es porque usted ejercía cierto poder sobre él. Y tenía ese poder porque usted sabía lo de sus estafas en Guayaquil. Hoy hemos enviado un

cable hacia allí y otro a la sede central de la compañía, en Londres. Imagino la respuesta.

Se oyó la voz de la espantosa Marie:

—¿No dices nada, Jean? O sea, ¿qué tanto lo de los doscientos ochenta mil francos como lo del viaje a Bruselas era cierto? —Se levantó como una endemoniada. Se precipitó sobre Jean Ramuel—: ¡Gusano! ¡Ladrón! ¡Canalla! Cuando pienso...

—Tranquílese, señora. Ha tenido usted mucha suerte de que él no le dijera nada, pues en caso contrario me vería obligado a detenerla como cómplice, no ya solamente de falsificación de documentos, sino de un doble asesinato.

A partir de ese momento la escena tuvo a cada instante una nota casi cómica. Mister Clark, que no apartaba los ojos de Maigret, se volvía sin cesar hacia su *solicitor* y le decía unas palabras en inglés. En cada ocasión, el comisario le dirigía una mirada, convencido de que el estadounidense se limitaba a repetir en su idioma: «¿Qué dice?».

Entretanto, Maigret proseguía:

—En cuanto a usted, mi pobre Charlotte, tengo que confesarle algo que Prosper quizá le confesara a su vez la última noche que pasó con usted. Cuando, creyéndole ya curado de su amor por Mimi, le habló usted de la carta de ésta y le contó la historia del hijo, él no estaba curado en absoluto. No le dijo a usted nada pero, una vez en su cafetería, no tardó, más o menos a las tres de la tarde, durante la pausa, según las palabras de Ramuel, en escribir una larga carta a su antigua amante. ¿No se acuerda, Donge? ¿No recuerda ningún detalle?

Donge nada sabía. No entendía nada de lo que ocurría y miraba a su alrededor con sus grandes ojos glaucos.

—No sé qué quiere decir, señor comisario.

—¿Cuántas cartas le escribió?

—Tres.

—Y, al menos una de las tres veces, ¿no le interrumpió una llamada telefónica? ¿No le llamó el administrador para ir a recoger las provisiones del día siguiente?

—Es posible, sí. Incluso es probable que...

—Y la carta se quedó encima de su mesa, justo frente a la garita de Ramuel, ¡de Ramuel «el Desafortunado»! Ese Ramuel que durante toda su vida se ha dedicado a hacer falsificaciones sin conseguir ninguna fortuna. Donge, ¿a quién confiaba usted la tarea de echar sus cartas?

—Al botones del hotel. Él las subía al vestíbulo, donde hay un buzón.

—De manera que Ramuel podía interceptarlas con toda facilidad. Mimi... Discúlpeme, Mister Clark; para nosotros sigue siendo Mimi... Supongamos que Mistress Clark, en Detroit, después de recibir cartas de su antiguo amante, que le hablaban sobre todo de su hijo, recibiera otras más amenazadoras, siempre con la misma caligrafía y siempre firmadas Donge. Sólo que éstas reclamaban dinero. El nuevo Donge pretendía exigir dinero por su silencio.

—¡Señor comisario! —exclamó Prosper.

—¡Cállese! ¡E intente comprenderlo, por el amor de Dios! Puede creerme si le digo que Ramuel hizo un buen trabajo; lo cual, una vez más, prueba que Ramuel jamás ha tenido la suerte a su favor. Tuvo que empezar por escribirle a Mimi que usted había cambiado de dirección, cosa que era fácil, pues en sus cartas usted no había sido muy comunicativo con respecto a su vida actual. De ahí que Ramuel alquilara la oficina en la Rue Réaumur con el nombre de Prosper Donge.

—Pero...

—Para alquilar una oficina no se exige el documento de identidad, y se le entrega sin problemas el correo que llega a su nombre. Por desgracia, el cheque que Mimi manda va a nombre de Prosper Donge, y los bancos sí exigen la documentación. Le repito que Ramuel es un artista en su género. Sólo que, para descubrirlo, era preciso saber que usted, Donge, disponía de treinta a cuarenta y cinco minutos de tranquilidad, en la cafetería, delante de su garita de cristal, bajo la mirada de Ramuel, en cierto modo, y que usted aprovechaba esa pausa para despachar su correo.

»He aquí que, de repente, usted escribe una carta a su banco para liquidar su cuenta y pedir que le manden el saldo a Saint-Cloud. Ahora bien, esa carta no llega al Crédit Lyonnais, sino otra, escrita por Ramuel, como siempre con su letra, informando de un simple cambio de domicilio. A partir de ese momento la correspondencia de Donge deberá ser dirigida al número ciento

diecisiete *ter*, Rue Réaumur. Sólo hay que mandar el cheque al banco y hacerlo ingresar en la cuenta. En cuanto a los ochocientos francos y pico que usted recibió en Saint-Cloud, fue Ramuel quien se los mandó por correo en nombre del banco. Como ven, ¡una canallada cuidadosamente preparada! Tan cuidadosamente que Ramuel, al poco, desconfía de la dirección de la Rue Réaumur y, el colmo de la precaución, se hace enviar la correspondencia a una oficina de correos privada. ¿Quién, en esas circunstancias, puede seguir sus pasos?

»Ahora bien, de repente sucede algo imprevisto. Mimi está en Francia, Mimi está en el Majestic. De un momento a otro, Donge, el auténtico Donge, puede encontrarse con ella, asegurarle que jamás le ha hecho chantaje y...

Charlotte ya no podía más. Lloraba, sin saber muy bien por qué, como hubiera llorado leyendo una novela triste o viendo una película sentimental. Gigi le decía al oído:

—Cállate, cállate.

Y, sin duda, Clark seguía preguntándole a su *solicitor*: «¿Qué dice?».

—En cuanto a la muerte de Mistress Clark —prosiguió Maigret—, ha sido sin duda accidental. Ramuel, que podía estar al corriente del registro del hotel, sabía que se alojaba en el Majestic. Prosper Donge, en cambio, lo ignoraba; se enteró casualmente, por una conversación sorprendida en el comedor de los sirvientes. Y le escribió. La citó a las seis de la mañana, sin duda para reclamar a su hijo, llorar, suplicar. Estoy seguro de que, si se hubieran visto, Mimi le habría engatusado una vez más. Pero Donge no podía ni imaginar que, convencida de que trataba con un chantajista, ella había comprado una pistola.

»Ramuel está preocupado. No abandona los sótanos del Majestic. Se le ha pasado por alto la notita que Donge ha hecho llegar a Mimi mediante un botones. Esto es todo: una rueda pinchada y Donge aparece con casi un cuarto de hora de retraso. Ramuel, que ve pasearse a la joven por los pasillos del sótano, imagina lo que ha ocurrido y prevé que todo puede descubrirse. La estrangula. La mete en un armario. No tarda en comprender que todo recaerá sobre Donge y que nada, por el contrario, puede hacer sospechar de él. Para redondearlo, escribe un anónimo con la letra de Charlotte; porque hay varias notas de Charlotte en el cajón de la cafetería.

»¡Repito que es un artista! ¡Un miniaturista! ¡Se esmera mucho! Y de pronto descubre que el pobre Justin Colleboeuf le ha visto. Cuando Colleboeuf va a verle para decirle que, siguiendo la voz de su conciencia, se siente obligado a denunciarle a la justicia, se produce un nuevo crimen, fácil y claramente imputable a Donge.

»¡Eso es todo! Torrence, dale una toalla húmeda a ese canalla; vuelve a sangrarle la nariz. Hace un momento resbaló y se golpeó la cara con el canto de la mesa. ¿Tiene algo que añadir, Ramuel?

Silencio. Sólo el estadounidense seguía preguntando: «¿Qué dice?».

—En cuanto a usted, señora... Por cierto, ¿cómo debo llamarla? ¿Marie Deligeard? ¿Madame Ramuel?

—Prefiero Marie Deligeard.

—Ya lo suponía. No se equivocaba usted al creer que él planeaba abandonarla en breve. Sólo esperaba sin duda a que el dinero de la cuenta sumara algo más. El hombre pensaba ir a tratarse su hígado a solas, en el extranjero, lejos de sus chillidos.

—¡Oiga!

—¡Con todos mis respetos, señora, con todos mis respetos! —De repente, ordenó—: Agentes, llévense al detenido a la prisión preventiva. Confío en que mañana el juez de instrucción Bonneau tendrá la amabilidad de firmar una orden definitiva que...

Gigi estaba de pie en un rincón, encaramada en sus zancas, y las emociones, sin duda, le producían tal necesidad de droga que sentía vértigo y las aletas de la nariz le palpitaban como un pájaro herido.

—Perdón, señor comisario...

Era el *solicitor*. Mister Clark se hallaba detrás de él.

—Mi cliente desearía que usted y Monsieur Donge se entrevistaran con él, lo antes posible, en mi despacho, para tratar del..., del asunto del niño que...

—¿Oyes, Prosper? —gritó con voz triunfal Gigi, desde su rincón.

—¿Le parece bien mañana por la mañana? ¿Estará usted ya libre mañana por la mañana, Monsieur Donge?

Pero Donge no pudo contestar. De repente se había derrumbado. Se arrojó sobre el opulento pecho de Charlotte y lloraba, lloraba, como suele decirse,

todas las lágrimas que tenía en su cuerpo, y ella, algo confusa, lo tranquilizaba como a un niño.

—¡Pórtate bien, Prosper! ¡Educaremos al niño entre los dos! Le enseñaremos a hablar francés. Le...

Maigret, Dios sabe por qué, abrió casi todos los cajones de su escritorio. Recordaba que, en uno de ellos, había metido unas bolsitas requisadas en el curso de un reciente registro. Tomó una bolsita, vaciló un instante y se encogió de hombros. Después, cuando vio que Gigi estaba casi a punto de desfallecer, pasó junto a ella y le rozó la mano con la suya.

—Señoras y señores, es la una de la madrugada. Si me lo permiten...

«¿Qué dice?», parecía seguir preguntando Mister Clark después de su primera experiencia con la policía francesa.

A la mañana siguiente supieron que el cheque de doscientos ochenta mil francos había sido presentado a la Société Générale, de Bruselas, por un tal Jaminet, corredor de apuestas.

Jaminet lo había recibido por correo aéreo, directamente de Ramuel, bajo cuyas órdenes había prestado tiempo atrás el servicio militar en calidad de cabo.

Eso no impidió que Ramuel lo negara todo hasta el final. Sin embargo, no cabe duda de que tuvo suerte, pues debido a su delicada salud —se desmay  tres veces durante la última sesión del proceso— la pena de muerte le fue conmutada por trabajos forzados a perpetuidad.

Fin

Última revisión por UMDN: 30 de mayo de 2022

